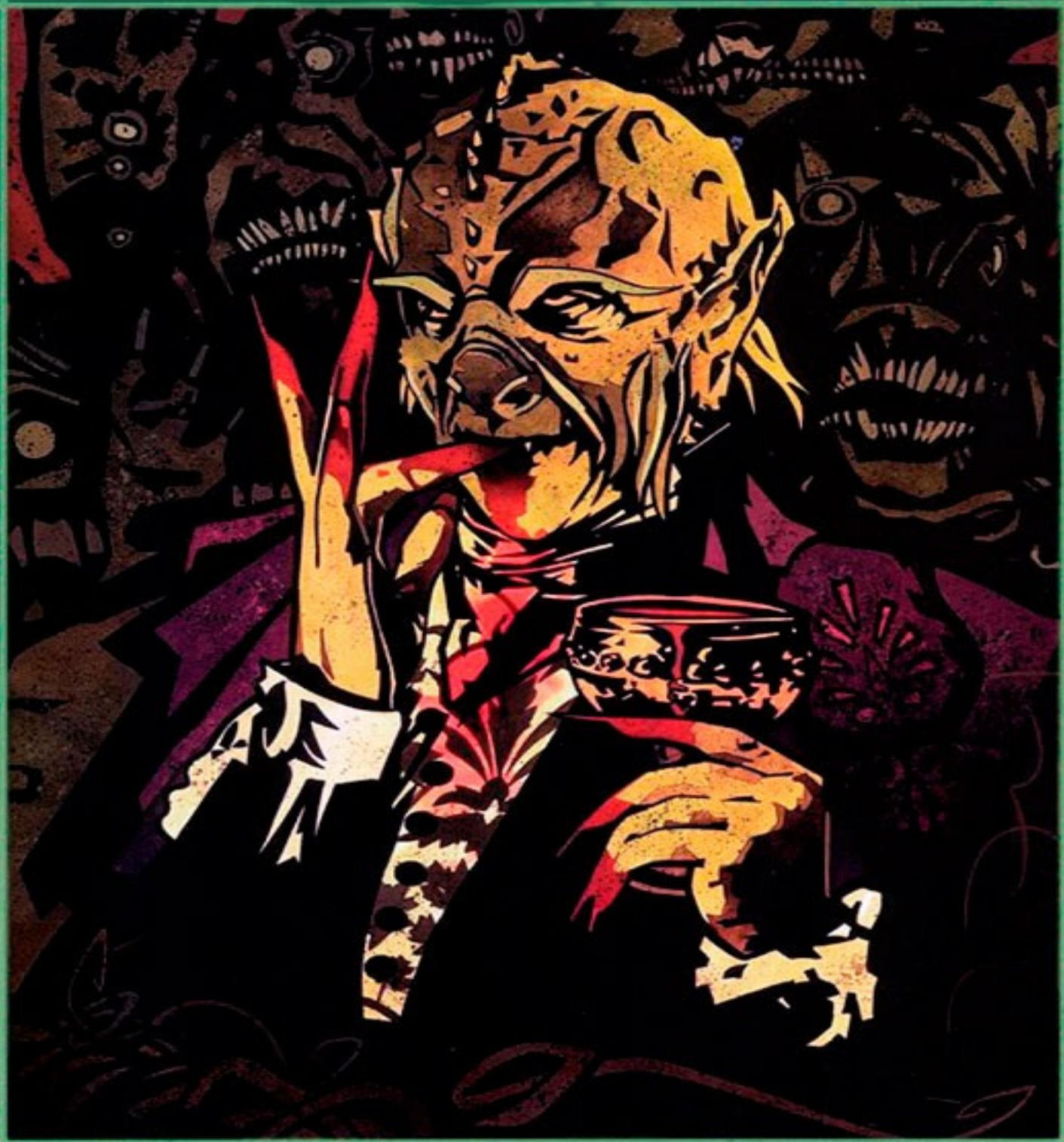
NOVELA DEL CLAN

Ezmisce

ERIC GRIFFIN



VAMPIRO
LA MASCARADA

Durante siglos los vampiros de la Camarilla han preservado la Mascarada, una compleja danza de engaños, mentiras y manipulaciones que oculta sus actividades nocturnas a los ojos mortales.

Ahora el Sabbat está a punto de reventarles la fiesta.

El desarrollo de los acontecimientos toma un siniestro giro cuando los temibles Tzimisce emergen de sus macabras mazmorras y laboratorios para asumir un inquietante interés en los acontecimientos.

En medio de esta pesadilla, Sascha Vykos, una poderosa figura del Viejo Continente con planes para el Nuevo Mundo, emplea su furia y su guante de terciopelo para unir a las fraccionadas fuerzas del Sabbat. Un gran desastre aguarda a la complaciente Camarilla… pero solo si Vykos logra salvar la frágil alianza e impide que la serpiente devore su propia cola.

Esta serie es una monumental exploración en trece novelas autoconclusivas, con historias independientes, cada una de ellas, del mundo prohibido de los Vástagos. Lo que comenzó en la Novela del Clan Toreador continua en esta nueva entrega, cuyo final determinará el destino de todos los seres humanos (e inhumanos) del mundo.

Eric Griffin

Tzimisce

Novelas de clan - 02

ePub r1.2

Piolin 04.12.15

Título original: *Clan Novel: Tzimisce*
Eric Griffin, 1999
Traducción: David Alabor
Ilustración de la portada: John Van Fleet
Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: Piolin

Primer editor: TaliZorah (r1.0 a 1.1)
ePub base r1.2



PRIMERA PARTE:
«EL CONSEJO DE GUERRA»



Mi querida Vykos,

¿Cómo puedo describirte mis sentimientos al tener noticias tuyas después de tantos años? Las palabras son toscas vasijas de barro que tienden a romperse si se llenan con tales emociones… emociones profundas y que se prolongan durante vidas enteras. Pensaba que te había perdido para siempre.

¡Saber que no solo estás viva, sino aquí! Es demasiado para creerlo. Casi prefiero pensar que es una broma cruel o quizá alguna astuta trampa. Entre la Verdad y la Traición, la segunda es una amante mucho más fiel: nunca se aleja de mi lado estas noches.

Pero tu carta me da razones para tener esperanzas. Casi había olvidado lo feroz y terrible que es eso. Es otra deuda que tendré que pagarte cuando nos encontremos.

Ah, ¿pero qué estoy diciendo? Los dos sabemos que tal encuentro es imposible. Como has señalado, tu mera proximidad me pone en una situación bastante precaria. No puedo dejar la ciudad sin atraer la suficiente atención inoportuna como para destruirnos a ambos. Y tú no puedes aventurarte tan profundamente en territorio hostil: si lo intentases, toda mi influencia no bastaría para protegerte.

No, por ahora debes encerrar todo pensamiento sobre mí en los lugares más secretos de tu corazón y asegurar la puerta. Si mantienes la fe un poco más, conseguiré llegar a ti, sea cual sea el precio. Puedes contar con ello.

Pero no soy tan vanidoso como para creer que has recorrido toda esta distancia —a través de los océanos y los siglos— simplemente para ver a un viejo amigo. Temo que tu misma presencia es un mal presagio para las palomas entre nosotros.

No tengas miedo, tus secretos están a salvo conmigo. Menciono esto solo

con la necia y sentimental esperanza de que quizá, cuando hayas soltado a tus halcones, podamos acordar un encuentro bajo bandera de parlamento. Ya ves con cuánta ansia abrazo cualquier posibilidad de reunirme contigo una vez más. Casi me avergüenza la fiereza de mi deseo de tener tu delicada garganta entre las manos.

Ah, pronto, querida. Mantén a salvo tus secretos un poco más. ¿Qué son unas semanas para nosotros, que medimos nuestra pérdida y añoranza en siglos? A cada día que pasa, la anticipación de nuestro encuentro me consume.

Tuyo en inmortal devoción,

~ Lucius

Sábado, 19 de junio de 1999, 9:12 pm[1]
Sala Chandler del hotel Omni en el centro CNN, Atlanta, Georgia

Polonia inspeccionó la sala de conferencias con mirada crítica. *Perfecto*.

Aun así, parecía algo preocupado cuando emprendió su ritual, cambiando una tarjeta de lugar aquí, sustituyendo una pieza agrietada de cristal allá, sacando un micrófono mal escondido… De manera ausente, corrigió una media docena de sutiles pero potencialmente desastrosas violaciones de las reglas de etiqueta y protocolo. Era dolorosamente consciente de lo poco que hacía falta para transformar un consejo de guerra del Sabbat en un incontrolable torbellino de destrucción.

Dio una vuelta completa a la prodigiosa mesa de conferencias y empezó de nuevo. Las yemas de los dedos de su mano derecha recorrieron la áspera superficie de la mesa mientras caminaba. El contacto era reconfortante.

La ennegrecida mesa de roble era una presencia notable en la habitación. Polonia repasó aprobador sus virtudes. Para empezar, era enorme: su mero tamaño hacía improbable que aun la más fuerte monstruosidad Tzimisce pudiese romperla, o (como eran propensos a hacer) aplastar a alguien más *con* ella. Eso ya sería una apreciable ventaja cuando la discusión se acalorase, como haría inevitablemente.

La gran mesa circular tenía el peso adicional de la tradición y la historia. La pieza había sido llevada, a un coste considerable, de una colección privada en la Región de los Lagos de Inglaterra. Sin duda era una falsificación, pero se trataba de una falsificación con historia. Y aquello suponía toda la diferencia. Como su legendaria predecesora, la mesa debía impedir las interminables disputas y juegos de poder que surgiesen en tal asamblea de orgullosos y temperamentales señores de la guerra, cuando todos compitiesen por un lugar de honor cerca de la cabecera.

Polonia sonrió ante la idea. No era solo la mesa lo que no tenía cabecera, sino toda

aquella condenada asamblea. Era demasiado consciente de que nada obligaba a los divididos líderes de manada del Sabbat a seguirle. Había dedicado buena parte de sus esfuerzos al planear aquello solo para asegurarse de que no sería despedazado durante las discusiones iniciales.

Como Arzobispo Sabbat de Nueva York, Francisco Domingo de Polonia era innegablemente uno de los más prominentes líderes Cainitas de Norteamérica. Después de todo, la ciudad había sido una de las primeras bases del Sabbat en el Nuevo Mundo y seguía siendo la joya de la corona, a pesar de una débil presencia de la Camarilla. Polonia sospechaba que el hecho de que siguiese pensando en América como el «Nuevo Mundo» era quizá demasiado revelador respecto a su edad. Pero era precisamente aquel paciente cuidado lo que había hecho crecer a Nueva York desde la simple materia de la pesadilla preindustrial al desarrollado campo de batalla de la Gehena que era en la actualidad.

Era apropiado que, incluso allí en Atlanta, lejos de su esfera de control, recayese sobre Polonia la responsabilidad de organizar aquella pequeña reunión.

En la geografía de los no muertos, solo Miami osaba rivalizar con la preeminencia de Nueva York. Entre ambas ciudades había solo una franja ininterrumpida de territorio enemigo que abarcaba casi toda la Costa Este. Polonia sabía que su poder e influencia estaban embotados, entorpecidos, en Atlanta. La ciudad había sido un baluarte de la Camarilla desde su fundación: había poco con lo que él pudiese contar allí. Ciertamente, podía estar seguro de la lealtad de las fuerzas escogidas que había llevado consigo al consejo… suponiendo, por supuesto, que no surgiese ninguna oportunidad más atractiva para ellas. Podía asegurar que no se desarrollase ninguna: era una arena en la que tenía experiencia.

Pero los señores de la guerra Sabbat reunidos eran una incertidumbre todavía mayor. Procedentes de las bandas merodeadoras que asolaban las zonas rurales americanas, aquellos grupos autónomos no daban su lealtad a nadie, y su respeto solo a unos pocos escogidos… que se lo habían ganado en pruebas de fuego y espada.

En menos de una hora, pensó Polonia, aquella sala de conferencias se llenaría con una ruidosa horda de los más despiadados tiranos, depredadores, fanáticos, mafiosos, asesinos en serie, salteadores, pandilleros y anarquistas reunidos en un mismo lugar desde… bueno, probablemente desde la Primera Cruzada.

Los pensamientos de Polonia volvieron a regañadientes al siglo actual. Aquella asamblea sería el orgullo del Sabbat, la élite de la élite, los líderes de manada, los prelados, los señores de la guerra. Todo el que estuviera al mando de al menos una docena de Cainitas sería útil para atacar a la odiada Camarilla.

Polonia completó un nuevo circuito en torno a la mesa hasta su asiento y el cuerpo que colgaba tras él, como un tapiz. Estaba ideado como una muestra visible de la proximidad de la Camarilla: un joven Toreador, relamido, exangüe, inmaculado. No parecía molesto por el tosco dogal o el improbable ángulo de su cuello. Como el resto de la habitación, era perfecto.

Polonia quería mantener su atención centrada en la Camarilla: en sus disputas, sus debilidades, su vulnerabilidad. No hubiese podido estar más complacido con la presa de sus cazadores. Las manos de la víctima estaban crispadas ante ella, en actitud de súplica. Aferraban una vela negra de aspecto viscoso. Polonia encendió la mecha, y largas sombras se proyectaron en todas direcciones.

A la luz de la vela, Polonia estudió más atentamente las facciones de la víctima. Inestimable. Incluso los colmillos del Toreador eran vestigiales, inofensivos… lo que, sin duda, explicaba el curioso artefacto que Polonia había encontrado antes.

Volvió a sacar el pañuelo de seda cuidadosamente plegado y con un ligero toque de perfume. Al abrirlo, descubrió un juguetito de plata con complejos grabados, un largo dedal de exquisita artesanía con una afilada lanceta saliendo de su punta. Rápidamente, Polonia pinchó a la víctima bajo la barbilla, retirando la lanceta antes de que cayese la primera gota de sangre. Volvió a envolver cuidadosamente la delicada aguja de plata mientras oía el sonido de las gotas siseando sobre la aceitosa vela.

Estaba completamente entregado al ritual. A regañadientes, dio la espalda a la sala de conferencias. Sus dedos anhelaban el consuelo táctil de la gran mesa, hacer un último recorrido por la sala, para prepararse ante los imprevistos de la noche.

Suficiente. No había nada más que pudiera hacer. Resignado, Polonia dio un suave impulso al cadáver, haciendo que oscilase lentamente. La sangre y la cera derramadas formaron una intrincada espiral sobre los azulejos.

Él se preguntó qué señales y augurios podrían leerse en el curioso patrón de gotas caídas. Allí, en unas pequeñas salpicaduras de sangre, un influyente señor de la guerra yacía muerto. Allá, en un grumo de cera, vio un sello puesto sobre un pacto que uniría a los líderes de manada enfrentados y daría a la Camarilla entera razones para temblar.

La respuesta estaba en alguna parte, oculta en el enigma de las gotas caídas. ¿Pero qué imágenes eran atisbos de cosas venideras, y cuáles fantasmas conjurados por un deseo o por su opuesto, un temor? Polonia, enfrentado solo a mayores incertidumbres, abandonó sus meditaciones.

No pudo resistirse a lanzar una última mirada por la sala. Después, con una mezcla de satisfacción y resignación, alargó una mano segura hacia el cadáver oscilante y entró en la sombra.

Polonia atravesó la barrera, entrando en el reino tenebroso solo conocido por los mejores guerreros de la sombra de su clan. La sala ante él era muy parecida a la que acababa de abandonar. Una mesa de conferencias redonda y áspera al tacto dominaba la estancia. A la incierta media luz, los agujeros de carcoma que salpicaban la superficie eran claramente visibles.

El juego de luces y sombras creaba todavía más confusión en el salón cuidadosamente preparado, pareciendo exagerar de alguna forma la silla de Polonia: más que a cualquier otra cosa, ahora se parecía a un trono vacío cubierto lánguidamente con los adornos de la tumba. El sitial funerario presidía un gran banquete de plata empañada, copas rebosantes de polvo, telarañas delicadamente tejidas. Polonia inspeccionó la mesa con indicios de satisfacción. Una atrapó su mirada inmediatamente: aparte de la llama de la vela, era la única mancha de color en el cuarto. Todo lo demás estaba envuelto en sutiles y variados matices de gris.

—Lo pasé por alto —se dijo Polonia en voz alta.

—Envenenada, quizás —llegó la respuesta—. Muy romántico, pero no lo bastante para ser efectivo. Ciertamente, tus invitados no necesitarán fingir que comen en tan magna ocasión.

No importaba cuántas veces pasase, Polonia siempre se sentía un poco sobresaltado ante la aparición inmediata de los enviados. Un momento no estaban allí, y al siguiente estaban hablando, o tomando, o tocando.

Polonia se giró rápidamente, pero no tanto como para que el otro no le hubiese tomado del codo para llevarle hacia su silla. La sensación no era muy distinta a la de serrar a través de hueso. Se desasió tan educadamente como pudo y ocupó su lugar a la mesa.

—No, es más probable que la manzana oculte un arma, o quizá incluso un artefacto explosivo.

—Ah… —replicó el enviado con creciente interés. Hubo una ráfaga de brisa, y una sombra pareció separarse y alargarse hacia la manzana. De repente, un brillante destello iluminó el cuarto. Jirones de sombra salieron despedidos en todas las direcciones y cayeron al suelo en una suave lluvia de confeti chamuscado. La explosión de luz y sus efectos estuvieron acompañados de un completo e inquietante silencio.

Polonia se echó hacia atrás en su silla. No había ninguna agitación, ninguna señal de color, de vibración. Se resignó a esperar.

—Un ingenio incendiario de verdad excelente. Sí, bastante satisfactorio. ¿Borges?

Polonia había esperado que la voz surgiese de uno de los rincones de la sala a los que habían huido las sombras. Quedó defraudado cuando la forma se materializó directamente ante él, de pie sobre la mesa, y saludando con una suave inclinación.

—Seguramente. Tiene su marca —contestó Polonia, intentando parecer impasible —. Creo que en Miami están de moda estas invenciones modernas: armas de fuego, granadas, lanzallamas.

La forma ante él tembló agitadamente a la mera mención del lanzallamas.

—¿Asistirá Borges, entonces?

—Sí, claro. Podrás verle: su sitio es el que está justo frente al tuyo. Ahí. —Polonia señaló con un gesto el extremo más alejado de la mesa, donde un tosco taburete de madera se apoyaba a medias contra la pata. Había un pedazo de pan duro y una taza de estaño ante el taburete. El arzobispo sonrió ante aquella invención del reino de la sombra: estaba familiarizado con las sutiles alteraciones que creaban tales entornos en el ojo del observador, imágenes cuidadosamente ideadas para adular, para tentar, para engatusar.

Se encontró pensando de nuevo en las extrañas profecías reveladas en sangre y cera de vela en el umbral de aquel reino del crepúsculo: reflejos de deseos y temores manifestados. Emanaciones visibles de cosas que estaban ocultas o, con más precisión, disimuladas.

—Pensaba que Borges había jurado que nunca pondría el pie en Atlanta.

Polonia sonrió.

—Montó un gran espectáculo diciendo que no vendría, por supuesto. Creo que mi colega arzobispo se tomó como una especie de desaire que el honor de dirigir el asedio no recayese en él.

—Es posible que tenga más que decir sobre ello antes de que termine vuestra reunión.

—Sí, yo opino lo mismo —dijo Polonia—. Después de todo, Atlanta está verdaderamente en su patio trasero.

—Y a bastante distancia de tu propio territorio. Creo que te entiendo. Seguramente Borges ya había extendido su ambición, si no su mano, hasta la ciudad.

Polonia se rio en alto.

—Sí, sus agentes estaban entre los primeros enviados para explorar y, después, alterar el funcionamiento y disposición de la Camarilla. Pero nunca hubo una posibilidad real de que Borges superase este consejo de guerra. El Asedio de Atlanta será algo de lo que se hablará durante generaciones. Es un acontecimiento demasiado

grande para perdérselo, sombra.

Un incómodo silencio cayó sobre el tenebroso salón del trono. Fue el enviado quien rompió el silencio.

—¿Y qué hay de la regente? ¿No envía ningún representante al consejo?

—¿La regente? —Polonia bajó la voz—. Nuestra Distinguida excelencia tiene bastante con permanecer ineludiblemente comprometida en Ciudad de México. No, ha dejado bastante claro que no va a tomar partido en tales «disputas regionales».

—Ah, pero no podría permanecer indiferente ante alguien capaz de unir a las bandas guerreras enfrentadas y expulsar a la Camarilla de Atlanta… Ese alguien estaría ciertamente encaminado al trono de cardenal.

Polonia pudo sentir el asiento cambiando bajo él, extendiéndose, llevándole hacia arriba. Hizo un gesto de negación con la mano y el movimiento cesó.

—La Vicaria de Caín se limita a ejercer su misterioso sentido de cuándo es probable alguna disputa entre sus arzobispos. Es lo bastante sagaz como para permanecer notablemente ausente en tales ocasiones. No hay regente, ni legado para defender su causa, ni siquiera un nuncio para proclamar su voluntad.

Polonia se interrumpió: cuánto podía o no decirse ante los enviados era una cuestión algo delicada. Sería tonto creer que el dominio de la regente sobre las sombras no era tan grande como el de Polonia. Era muy posible que la regente fuese tan experta en extraer testimonios perjudiciales de los enviados sombríos como de los Cainitas que caían bajo su poder.

El enviado interrumpió sus meditaciones:

—Temes que no dejen a un lado sus diferencias, que no sigan su liderazgo.

—Temo —dijo Polonia— que hagamos caer sobre nosotros mismos la guerra interna más sangrienta que haya asolado al Sabbat alguna vez.

—Pero te has tomado grandes molestias para asegurar que eso no ocurra —le tranquilizó el enviado—. Mira a tu alrededor. Todo está en orden, en su lugar apropiado.

El enviado pasó su admirativa mirada sobre los precisos arreglos. Hizo una pausa, su mano sombría eclipsando la tarjeta del sitio a la izquierda de Polonia.

—¿Vykos? No creo que conozcamos a…

—No, no podrías. Una Tzimisce. De la Vieja Patria. Es la emisaria especial del Cardenal Monçada de Madrid. —El tono de Polonia traicionó su resentimiento ante lo que muchos verían como una intrusión extranjera en un asunto completamente doméstico.

—Ah, Monçada, un nombre que conozco. ¿Pero qué interés puede tener el gran

cardenal en esta empresa? Ha pasado bastante desde la última vez que volvió su atención a estas lejanas costas.

—Monçada es un estratega astuto y peligroso —rumió Polonia, jugando distraídamente con un cáliz oxidado—. Hace menos de un año, el miembro más reciente del Colegio Cardenalicio aseguró su cargo acabando con la voraz Maldición de la Sangre, la peste que había diezmado a las manadas Sabbat a ambos lados del Atlántico. En Nueva York, al menos uno de cada tres miembros de las manadas fue víctima de ella, una pérdida de la que no nos recuperaremos pronto. Se rumorea que Madrid fue todavía más castigada por la epidemia, contagiando a tres de cada cuatro según algunos informes.

—Morir por la peste… —comentó con tristeza el enviado—. Qué innecesaria y derrochadora emanación final. —Hubo una súbita y húmeda ráfaga de frío en el aire que podría haber sido un suspiro.

—Ante lo desesperado de la situación, algunos dirían que no es ninguna coincidencia que Monçada hiciese el descubrimiento crítico. Si no lo hubiera hecho, él y todo su linaje estarían ya muertos y olvidados. No obstante —la voz de Polonia bajó a un cuchicheo conspirador—, hay quien llega al extremo de decir que el descubrimiento de Monçada no fue un mero acto de la Providencia. He oído decir que fueron los agentes de Monçada quienes difundieron la plaga en primer lugar, aunque no logro imaginar con qué fin. —Hizo una significativa pausa antes de continuar—. En todo caso, nadie puede discutir que la ambición de Monçada apunta muy alto… y que no se abstiene de recurrir a medidas extremas para conseguir sus objetivos. No sería irracional suponer que está tomando posiciones para competir por la misma regencia.

—¿Y qué precio sería demasiado alto para tal logro? —replicó el enviado con excitación, dejándose llevar por el curso de pensamiento—. ¿Las vidas de unos pocos seguidores escogidos? Desde luego, no retrocedería ante un coste tan modesto.

—No son las vidas de sus seguidores lo que me preocupa —replicó Polonia fríamente, acariciando el más cercano de los clavos de ataúd que atravesaban el brazo de su trono—. El mero hecho de tener fuerzas presentes en una victoria en Atlanta no acercará a Monçada a la regencia.

—De acuerdo, pero… oh, ya veo. Temes que quizá no sean solo sus propios seguidores lo que está dispuesto a sacrificar. Después de todo, ¿qué son las vidas de unas pocas docenas de advenedizos del Sabbat del Nuevo Mundo para el gran cardenal?

—Lo que más me preocupa es que Monçada puede estar dispuesto a sacrificarlo

todo, sus seguidores, sus aliados, la misma victoria en Atlanta, por alguna ventaja mayor. El cardenal sopesa cuidadosamente sus pérdidas y ganancias, pero yo no puedo ver sus balanzas en la sombra, y desconfío mucho de ellas. ¿Hasta qué punto podría una victoria en Atlanta reducir las posibilidades de desestabilizar el Sabbat en Norteamérica? ¿De debilitar la base de poder de la regente en el Nuevo Mundo? ¿De privarla de sus aliados más cercanos? Es muy posible que la emisaria de Monçada no venga para unirse a nuestros esfuerzos, sino para traicionarlos.

Si Polonia había esperado provocar alguna reacción de su tenebroso compañero, quedó defraudado. El enviado se limitó a asentir, aceptando la nueva información sin comentario ni censuras. Tras una pausa, preguntó casi distraídamente:

—Pero ¿por qué una Tzimisce como representante?

Polonia también estaba intrigado por aquella elección. Monçada era un Lasombra, un mago de las sombras como él y la regente, y como la mayoría de los demás líderes de alto rango del Sabbat. Hubiese sido más natural que enviase a uno de sus seguidores, un compañero de clan, a la reunión.

Pero un Tzimisce era otra cosa. Aunque los Tzimisce siempre se habían mostrado firmemente leales al Sabbat y formidables aliados para sus hermanos Lasombra, eran notablemente limitados como políticos, negociadores y consejeros. Pocos podían hacer frente a un Tzimisce en un combate cara a cara, pues eran temibles enemigos, proclives a inspirar fascinación y terror. Pero enviar a un representante Tzimisce a un consejo era equiparable a arrojar en guante en señal de desafío.

—Quizá espere reforzar su posición y apoyos entre el Sabbat del Nuevo Mundo —dijo—. Tras luchar codo con codo contra la Camarilla, Monçada podría usar el Asedio de Atlanta como un ejemplo de cómo sus fuerzas habían permanecido junto a Borges y yo mismo, sumergidos hasta la cintura en la sangre del enemigo, o alguna otra idea romántica por el estilo, mientras la regente, cuyas fuerzas estaban cerca y disponibles, no podía ser molestada para alzar un dedo en nuestra ayuda.

—Ah, y si algún nuevo cardenal saliese del conflicto —aduló el enviado—, él estaría naturalmente bien dispuesto hacia su hermano de armas. Desde luego, es una idea más agradable que la posibilidad de que envíe una Tzimisce porque nadie es más capaz de arruinar una frágil paz que un voraz monstruo cambiaformas de temperamento explosivo.

—No puedo sino temer que la intervención de Monçada suponga un peligro para nuestros planes. —Polonia lanzó al enviado una mirada que no admitía discusión—. Confío en ti para neutralizar esa amenaza.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Polonia deslió una pequeña y andrajosa pieza de tela. Hasta poco tiempo atrás, había sido un delicado y aromático pañuelo de seda. Ahora no parecía más que el trapo que podría usar un leproso como capucha para cubrir su deformidad.

Entre los pliegues brillaba un destello de luz plateada. El enviado se encogió, apartándose instintivamente.

Polonia alargó la mano, el rostro a medias alejado de la estrella recién nacida en su palma. A regañadientes el enviado tomó el paquete y volvió a envolverlo rápidamente.

—Te situarás aquí. —Polonia se levantó y se movió hacia el asiento de la izquierda. Sus manos descansaban sobre el respaldo de la silla en el lugar marcado Vykos. La estructura de la silla parecía consistir por entero en resplandecientes huesos blancos, astillados en lo alto. Polonia cerró los puños sobre los afilados extremos, y sus nudillos se pusieron blancos a causa de su intensa concentración—. La plata hará efecto, incluso a través de la barrera que separa ambas habitaciones. —Bajó una mano describiendo un ocioso arco hasta el lugar donde estaría la garganta de la invitada—. No vaciles en atacar si te hago la señal. El contacto de la plata no te causará ningún daño duradero. Nada, desde luego, comparado con mi ira si me falláis.

—No te fallaremos —replicó el enviado, manteniendo el letal paquete tan alejado de su cuerpo como se lo permitía el brazo.

—Nunca lo habéis hecho. Por favor, presenta mis respetos a tu señor y maestro y dile que Polonia tiene el honor de seguir siendo su buen y leal servidor.

Polonia se dio la vuelta, avanzando para tocar el cadáver que todavía oscilaba suavemente tras el trono. Un breve paso lateral y estuvo de vuelta al otro lado de la barrera, de nuevo en su propio mundo. Un mundo lleno de sombras y luz de luna y todos los adornos del sepulcro.

Sábado, 19 de junio de 1999, 11:35 pm
Sala Chandler del hotel Omni en el centro CNN, Atlanta, Georgia

—Y otra cosa: no me importa *cómo* se hagan las cosas allí en Nueva York. No estamos en Nueva York. No queremos estar en Nueva York. Y ya me estoy cansando un poco de oír hablar de Nueva York. Si quisiese hacer las cosas como en Nueva York, tú serías el primero en saberlo. —Caldwell remarcaba cada una de sus palabras alargando un dedo hacia el rostro del hombre ante él. Se inclinaba pronunciadamente sobre la mesa para hacerlo, como si el mueble fuese lo único que le impidiese atacar físicamente a su interlocutor. Viendo que este empezaba a perder la compostura, Caldwell mostró mayor agresividad—. Te llamaría yo mismo. Diría «¡Costello! He estado pensando, y creo que lo que necesitamos aquí es un poco más de, ya sabes, Nueva York. ¿Sería demasiada molestia bajar aquí a Atlanta y poner las pilas a estos paletos atrasados? ¿Lo harás? ¡Tope! Eres un tío legal». Pero hasta entonces, ¿por qué no llevas tu apestoso y viejo cadáver de vuelta al aeropuerto LaGuardia y te quedas allí junto a tu teléfono, justo en el centro del universo conocido, para esperar mi llamada? ¿Qué te parece la idea?

Costello echaba humo. Una oscuridad líquida se filtraba de sus puños, crispados en torno a los brazos de su silla. Desde sus hombros, su sombra se desplegó silenciosamente como un ave de presa amenazadoramente posada sobre el respaldo.

—Muy bien, ingrato desgraciado… —empezó a decir mientras se levantaba.

—¡Caballeros! —La voz de Borges cortó la creciente tensión—. No estamos aquí para enzarzarnos por nuestras diferencias, sino para dejarlas a un lado. Hay trabajo que hacer, ¡un glorioso trabajo!

Todos los ojos se volvieron hacia Borges desde su primera palabra. El vampiro mantuvo su atención no con su mirada, sino con su sonrisa inmaculada y depredadora. Era como la cara de un viejo y querido mastín. La parte superior de

aquel rostro estaba oculto en una sombra perpetua, que la luz no podía atravesar en ninguna dirección. Pero en la mitad inferior eran visibles las líneas de mejillas y mandíbula, que mostraban claramente el desgaste del tiempo. Poco a poco, y no sin un aparente esfuerzo, al arzobispo de Miami se puso en pie, haciendo gestos para que los demás permaneciesen sentados. Pasó una mano por el borde de la mesa, sintiendo su circunferencia.

—Habrá muchas oportunidades de demostrar nuestra valía frente al enemigo común —dijo. A regañadientes, Caldwell y Costello volvieron a sentarse—. Así, mucho mejor. Sentaos. Bebed. Pasadlo bien. Nos hemos reunido ante el umbral de una gloriosa victoria. Antes de separarnos, lanzaremos un poderoso golpe… un golpe del que ni la Camarilla ni sus titiriteros Antediluvianos se recuperarán pronto. No obstante —alzó un dedo en señal de advertencia—, seguimos en ese umbral. No puede haber muchas dudas sobre lo que os espera al otro lado de la puerta. —Hizo un gesto hacia la única salida de la sala, pero todos los ojos estaban puestos sobre el cadáver del joven Toreador que colgaba a su lado—. Estamos en territorio de la Camarilla, caballeros. No dudéis de lo que os ocurrirá si sois capturados al lado inconveniente de esta puerta. El juego, caballeros, se llama Asedio de Sangre. La apuesta es nada menos que el dominio indiscutido de la ciudad de Atlanta.

Un ghoul de guerra Tzimisce sentado al otro extremo de la mesa lanzó un aullido de entusiasmo. Quizá «sentado» no fuese la palabra más adecuada. El ghoul se *cernía*. Aquella enorme forma mediría fácilmente más de tres metros, y daba la impresión de estar inclinada bajo su propio peso. Se agitaba perturbadoramente de un lado a otro, haciendo un ruido parecido al de una piedra de afilar sobre unas tijeras. Los vasos de cristal sobre la vasta mesa de conferencias temblaban y cantaban ligeramente en respuesta a cada movimiento de la bestia.

Un hombre muy menudo, que no parecía más que un niño junto a la colosal máquina de guerra, se irguió y empezó a hablarle en tono tranquilizador. Las profundas vibraciones dejaron de oírse.

Los presentes fingieron no haber reparado en aquella oportuna intervención. De hecho, los demás líderes y consejeros del Sabbat mantenían una saludable distancia con respecto a la pareja. La verdad era que su aversión a la enorme aberración ni siquiera se acercaba a la intranquilidad que sentían en presencia de su pequeño compañero de las gafas, el hombre al que llamaban el Sastrecillo de Praga.

Había dos asientos vacíos a cada lado del Tzimisce y su ghoul de guerra. Nadie hacía el menor intento de ocultar un disgusto que tenía sus raíces en algo más que la mera xenofobia. Solo Caldwell fue tan incauto como para resaltar el hecho:

—¿Es necesario que este… Cristo, ni siquiera sé cómo llamarlo… que esta *cosa* esté aquí? Ni siquiera puedo pensar con eso ahí sentado. —Echó su silla hacia atrás e hizo ademán de levantarse.

El hombre sentado a su izquierda le puso una mano sobre el brazo para frenarle.

—Quédate en tu sitio, *Capitán*. —Su voz era baja, con apenas un murmullo de amenaza.

—Jeee-sús. —Caldwell volvió la cabeza con un bufido de disgusto. Su comandante no aflojó la presa sobre el brazo hasta que sintió que la resistencia desaparecía. Pero Caldwell no volvió a acercar la silla a su sitio para unirse a la conversación, sino que dejó caer ruidosamente un pie y luego el otro sobre la mesa, cruzándolos.

Averros optó por ignorar aquella ligera muestra de desafío. Elevó la voz para que llegase a toda la habitación:

—A pesar de todo, mi asociado pone de manifiesto una cuestión importante. Hemos respondido a esta urgente «llamada» a un consejo. No porque reconozcamos que esta asamblea tenga autoridad para «llamar» a nadie, pues no es así, que quede claro desde el principio. Y no porque nuestro estimado (aunque notablemente ausente) anfitrión, Polonia, y el resto de su sindicato de Nueva York, tenga ninguna jurisdicción aquí, porque no la tiene. Y no porque ninguno de vosotros tenga derecho sobre nosotros, o siquiera motivos para esperar nuestro apoyo, porque no es así. La Coalición Nómada está aquí, caballeros, porque se dice que Atlanta está lista para la lucha, y vosotros no tenéis la experiencia, la potencia de fuego ni las pelotas para hacer frente a esa lucha sin nosotros.

Un rugido y un tumulto surgió de entre los jefes de guerra nómadas, e incluso Caldwell se puso en pie. Un hombre a la izquierda de Averros alzó un puño en el que danzaban no menos de tres cuchillos-mariposa de aspecto cruel y vitriólico, cada hoja tan larga como su antebrazo.

El venerable Borges levantó una mano pidiendo silencio, y la congregación empezó a calmarse gradualmente, lo bastante como para poder oír las voces individuales. Incluso algunos de los Nómadas parecían inclinados a volver a la mesa, recogiendo las sillas que habían sobrevivido al estallido de exuberancia.

Una nueva voz atravesó el clamor.

—Honorable Borges. —Aquella voz femenina tuvo un efecto apreciable sobre el jaleo. La atención se volvió hacia ella—. Honorable Borges, nos alegra haber sido invitados a este consejo. Sabe que Montreal respalda firmemente las decisiones y actos de esta asamblea. Nos gustaría además disculparnos por que el arzobispo no haya

podido asistir personalmente pero confiamos en que comprenderás lo ineludible de las obligaciones de su cargo. —Animada por un elegante asentimiento del Arzobispo de Miami, la representante de Montreal continuó hablando—: Hemos venido a petición vuestra, para ofrecer el consejo que podamos. Hemos venido de buena fe y de acuerdo con las condiciones establecidas por el Arzobispo Polonia en su invitación. Hemos venido asumiendo que no se permitiría ningún tipo de arma en las cámaras del Consejo.

Un Tzimisce a alguna distancia en torno a la mesa realizó una particularmente vívida, aunque grosera, transformación de su *dedo* medio: un gesto destinado sin duda a expresar su opinión sobre la fiabilidad de tal prohibición en aquella compañía. La representante de Montreal fingió no haber visto el comentario.

—Ah, el sonido del acero desenvainado. Es inconfundible —dijo Borges. Su sonrisa de gato de Cheshire era lo único visible en las sombras de su cara—. Si alguno de los presentes lleva armas encima, que las entregue ahora.

Nadie se movió.

—Hardin… —advirtió Averros.

—Y una mierda. Nada de eso. No voy a dejarle mis hojas a algún…

—Hazlo.

—No. Así de claro. Me voy de aquí. Por lo que a mí respecta, podéis besar mi blanco y frío…

Averros se levantó.

Hardin soltó una maldición.

—¿Va a ser así? —intentó abrirse paso, pero Averros le puso una mano sobre el hombro.

Hardin tenía las manos a los costados, pero un inconfundible anillo de metal le dijo a Averros que ya no estaban vacías. La voz de Hardin sonó lenta y suave:

—¿Por qué no le haces un favor a toda esta gente y te apartas de mi jodido camino?

—No puedo hacerlo, colega. Demasiados compañeros de manada han sufrido la Muerte Final para que tú puedas estar aquí, moviendo la bocaza y haciendo el gilipollas. Ese contrato está escrito con sangre: nadie sale de la Coalición. Uno en sangre, uno en cuerpo. Ahora, deja los cuchillos sobre la mesa.

—Hablas mucho de la Coalición. —Los cuchillos empezaron a abrirse y cerrarse con nerviosa agitación—. Pero cuando empieza la acción… bueno, todos sabemos cómo es, ¿verdad? Todo es hermandad y todos para uno y esa mierda mientras te conviene. ¿Pero qué pasa cuando sube la presión? ¿Qué pasa cuando empiezan a

joderte?

Los demás líderes de la coalición se estaban levantando cautelosamente y formando un cordón en torno a ambos antagonistas. Averros ni siquiera miró a los lados para saber a quién apoyaban. Se limitó a sonreír.

—Los cuchillos.

Hardin parecía nervioso y distraído. Miró a su alrededor en busca de ánimo y debió de encontrar al menos algunas caras amistosas. Se volvió hacia Averros con renovada determinación.

—Ha llegado el gran momento, tipo duro. ¿Qué vas a hacer? Estos bastardos… —hizo un gesto hacia la mesa, donde el resto de la asamblea les miraba con una mezcla de disgusto, curiosidad y mal disimulada sed de sangre—. ¿Crees que van a estar contigo cuando vean cómo recompensas a la gente que te puso donde estás ahora? Venga ya. Esos tíos son algo serio. Demonios, son el Sabbat, y me refiero al verdadero Sabbat. Son los que hacen que se muevan las cosas. No estás tratando con una pandilla de pringados y vagabundos; nada de fugitivos, chalados ni sectarios. ¿Piensas que van a sentarse a esperar a que llegue alguien para decirles lo que tienen que hacer y a quién tienen que hacérselo? Mira a ese tipo —Hardin señaló enfadado al Sastrecillo—. ¿Crees que tu Coalición le importa un carajo? Es un degenerado, y apuesto lo que sea a que lleva haciendo esa misma mierda retorcida desde antes de que el doctor Frankenstein fuese un brillo en el ojo de Mary Shelley. Y *seguirá* haciéndolo mucho después de que tú y yo hayamos comprado la granja de gusanos… comprado *de verdad*, quiero decir. Para siempre.

—Para siempre —asintió Averros, ominosamente.

Hardin se movió en círculo, situándose contra la pared, de forma que Averros tuviese que dar la espalda a la traicionera asamblea para hacerle frente. Los cuchillos giraban libremente ahora, trazando una complicada serie de movimientos, demasiado rápidos para que el ojo los siguiera.

—No seas idiota. —El amenazador susurro de Hardin cortó la barrera de hojas giratorias entre los dos—. Estás desarmado. Te cortaré en pedazos ahí mismo antes de que puedas ponerme una mano encima.

—Mira, no quiero matarte, y supongo que tú no quieres morir —dijo Averros en el tono en que se le hablaría a un niño retrasado—, aunque, la verdad, no lo parece por cómo te has portado estos últimos minutos. Si quieres probar suerte, adelante. Pero si no, dame los cuchillos y siéntate, porque tengo una ciudad que arrasar y algunos bastardos de la Camarilla a los que dar caza y hacer que supliquen por sus patéticas vidas, y estás retrasando la diversión. ¿Qué vas a hacer, Destripador? Intenta

cortarme y no saldrás caminando de aquí, lo sabes. Mira a esos bastardos. Adelante, míralos. Esos tipos se comerían tu cadáver para almorzar… lo hubiesen hecho ya de no ser por mí, lo único que hay entre ellos y tú. ¿Crees que están jugando? Esto es para siempre, Destripador. Así son las cosas. Hagámoslo como tú quieres. Una sangre…

El brazo derecho de Hardin se puso en movimiento, liberando un silbante arco de acero.

Averros no hizo ningún intento de apartarse del camino de la hoja. Mantuvo la mirada fija en los ojos de Hardin.

El cuchillo golpeó fuertemente, clavándose en la mesa con un sonoro *chunk*. Se quedó allí, temblando.

—Un cuerpo. —Hardin cerró con un chasquido los demás cuchillos y mostró la espalda a Averros. Dio tres pasos hacia la mesa: con cada uno, sintió tensarse los músculos entre sus omóplatos, anticipando el ataque. Una vez. Dos. Tres.

Nada.

Dejó escapar un largo y lento suspiro mientras empujaba los cuchillos de forma ruidosa y despectiva a través la mesa: quedaron cerca del centro, fuera del alcance de cualquiera de los consejeros sentados. Sin mirar a los lados, Hardin volvió a sentarse.

—Perdón, venerable Borges. Creo que la encantadora dama de Canadá tenía la palabra.

Averros ocupó su asiento como si estuviera sumido en hondas meditaciones. Su mirada no se apartaba del espacio que Hardin había ocupado tan recientemente. No pudo sino agradecer la pausa ofrecida por su teatralidad.

Dejó que sus ojos se cerrasen por un momento mientras se calmaba. Con una parte de su mente, invocó el poder de la sangre para curar la nueva herida en su costado izquierdo, justo bajo el brazo. Con otra, atrapó un jirón de sombra para ocultar el corte que había hecho el cuchillo a través de su cazadora de cuero —sin frenarse apenas— antes de clavarse en la mesa.

Atrapando otra sombra, Averros se giró hacia la asamblea. Dedicó una encantadora sonrisa a quienes seguían observándole expectantes, y cogió el alto respaldo de su silla con ambas manos. Se apoyó sobre él, sintiendo su peso, su solidez. Le reconfortó.

El costado seguía ardiéndole como el infierno, pero no podía dedicarle mucha atención. Cuando los ojos alrededor de la mesa se volvieron de nuevo hacia la delegada de Montreal, Averros aprovechó la oportunidad para enviar el jirón de sombra a rastras hacia el cuchillo que seguía clavado en la madera, ocultando

cualquier revelador indicio de sangre que pudiese quedar en él. Solo entonces se permitió relajarse un poco.

Hardin lo pagaría, por supuesto. Y seguiría pagándolo, el presumido bastardo. Averros había visto el brillo de triunfo en sus ojos justo antes de que le diese la espalda. Procuraría recordar aquella expresión, para poder reproducirla en la cara de Hardin cuando se hubiese ocupado de su cuerpo.

No, desde luego no había duda. Hardin se había cobrado la primera sangre y lo *sabía*. No habría forma de trabajar con él mientras no fuese devuelto a su lugar.

Pero había que reconocerle a Hardin que había mantenido su pequeño alarde de rebeldía en privado, solo entre ellos dos. Para el resto del consejo, debía de haber dado la impresión de que Hardin retrocedía… de forma bastante pretenciosa, pero retrocedía. Aquello era un detalle.

Había permitido a su comandante, y por tanto a la Coalición, salvar la cara. Dios sabía que la Coalición tenía poca consideración allí, solo la poca que Averros pudiese arrancar de los voraces señores de los Condenados sentados a su alrededor. Era una especie de regla no escrita entre el Sabbat. Una regla de conservación y respeto. En aquella compañía, la estima no se creaba ni se destruía: tan solo se le arrebataba a alguien que ya la tuviera.

Sí, Hardin merecía algún crédito. Había llevado las cosas al límite, pero había sabido echarse atrás antes de malgastar su único tiro. Quizá solo lo había hecho porque no veía otra forma de salvar su miserable pellejo no muerto, pero aquello no era lo importante.

Demonios, Hardin sabía lo que estaba en juego. Una victoria en Atlanta daría a la Coalición la estima necesaria para jugar con los chicos mayores. Pero no conseguirían una jugosa pieza de la acción en Atlanta a menos que Averros pudiese convencer al consejo de que tenían lo que necesitaba desesperadamente: una horda sedienta de sangre de experimentados asesinos dispuestos (tanto como aquella indisciplinada banda podía ser dispuesta) a caer sobre la desprevenida Camarilla.

Averros era un líder justo, pero duro. Decidió que Hardin pagaría por aquello. Pero sería castigado de una forma que se adecuase a su falta… sufriría de manera personal y privada.

—Estamos satisfechos —dijo la representante de Montreal, haciendo un gesto despectivo hacia los cuchillos sobre la mesa, como si pudiese barrerlos de su vista.

—Pero nosotros no lo estamos todavía —repuso Averros. Docenas de ojos atentos volvieron a mirarle—. Me refiero, caballeros, a lo que el *Capitán* Caldwell ha manifestado tan francamente en sus anteriores comentarios: no todas las armas

presentes en esta cámara del consejo han sido entregadas. —Se volvió hacia el Sastrecillo de Praga.

El gesto no pasó inadvertido, e incluso el ghoul de guerra empezó a gruñir amenazadoramente en tono de protesta.

El acusado no hizo frente a la mirada de Averros. En lugar de ello, se quitó las gafas muy lentamente y las sostuvo ante la luz. Sacando de su bolsillo un pañuelo andrajoso y obviamente manchado de sangre, procedió a frotar las lentes, haciendo pausas de vez en cuando para mirar de nuevo los cristales a la luz. No pasó mucho tiempo antes de que todos los reunidos vieran que las lentes habían quedado cubiertas por una película roja. Satisfecho, el Sastrecillo volvió a ponerse las gafas y se dirigió al grupo:

—Caballeros, no me sorprende demasiado que muchos de ustedes se muestren algo aprensivos, incluso desconfiados, ante nuestra presencia aquí. Sabía que, como visitante de la Vieja Patria, podía esperar una acogida un tanto fría por parte de mis primos del Nuevo Mundo. No, no lo niego. Sé que es así.

El Sastrecillo alzó un dedo, como para acallar una protesta que no llegó. Todas las miradas fueron atraídas de inmediato por aquel dedo que se movía ominosamente. Como muchos de sus hermanos Tzimisce, el Sastrecillo no era cómodo de ver: cada uno de sus dedos había sido aparentemente despojado de carne y afilado hasta convertirse en una larga y delicada aguja de hueso. Movió el dedo de forma consciente hacia los reunidos, revelando largas y viscosas líneas de cuerdas de tripa ennegrecidas. Recorrían el interior de su palma, subiendo por el montículo de la muñeca y subiendo por su antebrazo hasta perderse bajo la manga. La primera e inquietante impresión de Averros fue que las manos y brazos del Sastrecillo habían sido despellejadas, revelando las venas y arterias. Pronto vio que no era así. La cuerda simplemente se enrollaba sobre sus brazos, como el hilo en un uso.

—Se muestran celosos de sus duramente ganadas libertades —continuó el Sastre —. Eso es bueno. Y para muchos de los presentes en esta asamblea, quizá, los excesos, incluso las crueldades de los antiguos de Europa no son leyendas remotas, sino recuerdos demasiado recientes. ¿Me equivoco?

Hubo algunos murmullos de asentimiento en torno a la mesa, pero el tono era más amenazador que afirmativo.

—No es nada que deba preocuparle, Maestro Sastre. —La voz era gélida. Pertenecía a un ambicioso joven Lasombra de la facción de Borges. Quizá incluso de su propia sangre, pensó el Sastrecillo. Siempre era difícil de decir entre los Lasombra. Tenían aquel molesto hábito de adular servilmente a sus mayores, incluso cuando no

tenían derecho a esperar que tales atenciones fuesen bien acogidas. En aquel aspecto, eran como cachorrillos, empujándose unos a otros, agolpándose hacia el centro de la atención y el afecto de su amo. Era, bueno, sencillamente no era correcto. Hacía que cualquier Tzimisce con algo de respeto por sí mismo sintiese náuseas.

El Sastre recordó el nombre del joven de un previo examen de las tarjetas de los asientos: Sebastian. Qué nombre tan encantador. Siempre le hacía pensar en hermosos jóvenes atravesados por flechas dentadas.

—El hecho es —siguió diciendo Sebastian— que nos sentimos justificadamente preocupados ante los enrevesados juegos de poder y dominio de nuestros «primos» al otro lado del Atlántico. ¿Cómo podemos esperar hacer algún progreso en acabar con la mortal telaraña de intrigas de los Antediluvianos, si al hacerlo nos metemos en una trampa no menos formidable puesta por nuestras contrapartidas europeas?

Hubo dispersas expresiones de asentimiento y un «amén» en voz alta de la facción de Nueva York. Quizá hubiese alguna historia allí, pensó el Sastre, pero sin duda se revelaría con el tiempo. Lo sabía por décadas de experiencia en las mazmorras de las más notables casas de Europa: todo acaba revelándose con el tiempo.

—Lo que pasan todos por alto —dijo una voz autoritaria, atravesando el alboroto con precisión militar— es que el caballero de Praga no es ningún buscador de poder. Por lo que he podido ver, él mismo tiene poco, si algo, que ganar en esta empresa.

—¡Salvo, por supuesto, el favor de tu amo! —respondió Sebastian, volviéndose airado hacia quien había intervenido—. No nos engañarás tan fácilmente, Vallejo. ¿Acaso niegas que el Carnicero de Praga está aquí por petición expresa de tu querido cardenal?

Alrededor de la mesa, rostros que no habían visto el sol en generaciones cobraron de pronto un matiz más pálido. Solo los más temerarios se atrevieron a volverse hacia el Sastrecillo para ver qué efecto habían tenido aquellas palabras sobre él. Varios de los presentes habían pasado la asamblea evitando muy cuidadosamente aquel antiguo y despectivo epíteto. Seguramente Sebastian reparó en el error en cuanto las palabras salieron de sus labios, pero se mantuvo firme, sin rehuir la confrontación con Vallejo.

—El carnicero. —El caballero de Praga repitió las palabras como si buscase algún significado en ellas. Sebastian dio un respingo al oír las silabas; se puso en tensión, esperando un golpe—. El panadero. El cerero —rumió el Sastrecillo—. Hay una moraleja en alguna parte. No, es una fábula. —Parecía perdido en sus pensamientos. Hizo entrechocar distraídamente las puntas de sus dedos. El chasquido de las agujas de hueso sonó como fuego de ametralladora en la silenciosa cámara.

La asamblea entera parecía estar conteniendo el aliento.

—¿Sabe alguien quién va a continuación…? —empezó a decir el Sastrecillo—. No, no importa, no podrían saberlo.

Sebastian estaba transpirando abiertamente. Pequeñas perlas de sombra y sangre le salían por los poros, quedando a la vista sobre su frente.

—Conserva la calma ahora, abuelo —dijo en tono tranquilizador otro Tzimisce, quizá el representante de Detroit—. Tienes mucho trabajo por delante esta noche y no debemos distraerte. —Tomó del brazo al antiguo y le ayudó a ponerse en pie.

El ghoul de guerra lanzó un desafío, quebrando el incómodo silencio que había caído sobre la sala. El Tzimisce se apresuró a soltar el brazo del Sastre y retrocedió algunos pasos.

—Muy bien —dijo el Sastre con una risita indulgente—. Uno más, pero luego os iréis todos a la cama. Veamos… es uno de mis favoritos, Humpty Dumpty. Humpty Dumpty estaba sentado sobre un… —Su voz se perdió en un suave murmullo que, al rato, podría haber sido el comienzo de un ronquido.

Los presentes exhalaron aliviados al unísono. Pero pronto oyeron una suave risita nacida en el pecho del Sastre que creció en tono e intensidad hasta llenar la sala.

—No, está bien. No pudieron juntar sus pedazos, ¿verdad? —Sus ojos permanecieron cerrados mientras hablaba y sonreía alegremente—. Bueno, era como un rompecabezas. Sí, un rompecabezas a tamaño natural. Primero tendrían que reunir todas las piececitas. Y no era probable que las encontrasen todas, ¿cierto? No, no si las has escondido bien. Nunca encontrarán las piezas. Nunca las encontrarán. Nunca… —El Sastre empezó a canturrear en un provocador tono infantil.

Pronto, el inconfundible sonido de los ronquidos pudo oírse a través de la mesa.

—Creo —dijo el venerable Borges— que deberíamos dejarlo por esta noche. Si alguien quiere continuar con los asuntos tratados aquí, estaré en cantado de recibiros a todos en mi *suite* en el piso superior de este hotel. Al resto de nuestros apreciados huéspedes, os deseo buenas noches y espero veros de nuevo mañana a la misma hora.

Los asistentes no llegaron a salir de puntillas, pero sí lo hicieron en orden y silencio, dejando al antiguo y su ghoul de guerra en posesión del campo.

Domingo, 20 de junio de 1999, 2:37 am
Suite ático del hotel Omni en el centro CNN, Atlanta, Georgia

—Te digo que no me gusta —insistió Sebastian. Colgaba lánguidamente de las pesadas cortinas que circundaban la lujosa *suite* del ático. Aquellas cortinas tenían la misma función que los tapices de los grandes castillos de Europa: mantener fuera los peores excesos de un clima poco amistoso. En el Atlántico Norte barrido por el viento, los extremos no deseados eran los del frío y la corriente, mientras que allí en Atlanta era preciso mantener a raya los letales rayos del sol inmisericorde.

Borges alzó una mano para acallar a Sebastian.

—Es suficiente. Ya lo has dejado muy claro en el consejo. Y al hacerlo, has conseguido evitar la principal amenaza… que era, por cierto, la posibilidad de que Vallejo acabase contigo allí mismo. Pero como suele decirse, mañana será otro día.

—¿Vallejo? ¿Crees que tenía tiempo para preocuparme por Vallejo? ¡Me pusiste a merced del Carnicero!

—¿Yo? —Borges se hundió en la cómoda silla parecida a un trono ante la chimenea.

Las llamas incomodaban a Sebastian. No era solo que la noche ya fuese opresivamente calurosa, ni el temor instintivo al fuego profundamente arraigado en todos los Hijos de Caín. Era que, bueno, ni siquiera cuando su maestro se enfrentaba directamente a la luz (como en aquel mismo momento), podía captar un atisbo de las facciones de Borges que no fuera aquella brillante sonrisa depredadora.

Le recordaba que, aunque él y Borges eran de la misma sangre, no pertenecían a la misma especie.

—Perdona, Borges, no sé qué me pasa. Solo pensar en esa monstruosidad me hace sentir enfermo.

—Tonterías. Se trataba de un riesgo calculado. La probabilidad de que te

descuartizasen en la misma cámara del consejo, aunque difícil de determinar con exactitud con todas esas incógnitas Tzimisce en la ecuación, era bastante remota.

—Es muy reconfortante —replicó Sebastian. Cogió el atizador y lo alineó ante su ojo. Comprobó su equilibrio y adoptó la posición *en garde*. Borges siguió encarado hacia al fuego—. Podías haberme dicho que «Carnicero de Praga» era algo más que una pequeña broma. —Adoptó una postura más informal y, tomando el atizador con las dos manos, lo flexionó experimentalmente un par de veces—. Creí por un momento que iba a perder el control. Perderlo *de verdad*. ¿Qué hubieses hecho si hubiese enloquecido allí mismo?

Borges agitó la mano despectivamente.

—No llegó a ocurrir. Y solo por eso ya tenemos motivos para estar agradecidos. Sí, en general debo admitir que estoy bastante satisfecho con los acontecimientos de esta noche.

—No has respondido a mi pregunta —rumió Sebastian. Entonces, con un giro repentino y teatral, plantó el atizador como un bastón y empezó a caminar garbosamente por la estancia. Se detuvo, intentando que pareciese casual, justo tras la silla de Borges—. Pero no me parece que el consejo sea haya *sido* una victoria tan decisiva. Los Nómadas, por ejemplo, monopolizaron gran parte de los procedimientos: yo estaba preparado para echar una reprimenda a una chusma desorganizada de rufianes de sangre débil, pero me pareció que hicieron un número bastante impresionante.

Borges no varió su postura ante las llamas.

—Muy pocas bajas para la sesión de apertura: mala cosa para la sesión de mañana.

—Muy agudo. —Sebastian alzó la punta del atizador y la estudió críticamente—. Pero hace un momento, decías que había sido una gran victoria para nosotros.

—Bueno, considera lo que hemos ganado. —Sin volverse, Borges empezó a enumerar con las puntas de sus uñas inmaculadamente cuidadas—. Uno. Con Polonia ausente, no hubo oposición a que asumiésemos el papel y los poderes del presidente de la asamblea. No puedo exagerar la importancia de esta preeminencia. Los privilegios de tal posición nos han permitido establecer la agenda, guiar el debate, definir los términos de la confrontación con la Camarilla y resolver cuestiones urgentes o bloquearlas indefinidamente. El juego seguirá nuestras reglas.

—Bien jugado —admitió Sebastian, haciendo un giro de prueba con el atizador—. ¿Punto dos?

—Dos. Todas las partes presentes, incluyendo la Coalición y los del Viejo Mundo, reconocieron nuestra precedencia en los procedimientos y la prioridad de nuestras

pretensiones, las de Miami, sobre los territorios en disputa. ¿Viste cómo se agitaban contra nuestro ausente «anfitrión» mientras aceptaban mi autoridad? Nuestra línea de batalla es firme. El sudeste entero es nuestro patio trasero, punto. No importa que algunas de esas bandas de Nómadas renegados lleven años operando en la región. La ventaja de jugar en casa, como suele decirse, es nuestra.

—Bravo. Recordaré especialmente este punto, pues me gustaría seguir discutiendo nuestros planes para Atlanta una vez conquistada. Pero no dejes que te distraiga; ¿punto tres?

—Tres. Ese Averros está desesperado por ser uno de los actores principales en este teatro. Y está fuera de su elemento. Podemos aprovechar eso. Dale algo de ánimo: dile que podría haber otro arzobispado que ganar en la Costa Este. ¡Un gran triunvirato! Polonia en el norte, Borges en el sur y Averros, a la cabeza de su gloriosa Coalición Nómada, en el Atlántico. Una formidable línea de batalla desde la que el Sabbat podría aplastar los territorios bajo el blando vientre de la Camarilla. Pero puede que me esté anticipando.

—No tanto. Eres un visionario, señor. Y los visionarios deben tener sus sueños. ¿Hay un punto cuatro?

—Cuatro. Ninguno de nosotros ha muerto aún.

Sebastian puso el atizador sobre el respaldo del sillón, apoyándose en él para hablar directamente sobre la cabeza de su maestro.

—Algunos podrían discutirlo, pero daré por bueno ese punto. Muy bien, entonces: es una noche de celebración. Pero dime, ¿qué tendremos que hacer mañana para mantener nuestra duramente ganada ventaja? Ese monstruo Tzimisce no estará allí otra vez, ¿verdad? Debo admitir que me pone bastante nervioso. ¿No tiene que coser algún ghoul de batalla?

—Eso, chiquillo mío, está por ver. Pero coge ese taburete y siéntate aquí a mis pies un rato para que podamos preparar nuestros planes para el consejo de mañana. Tus paseos me distraen.

—De eso se trata —dijo Sebastian. Se puso de nuevo ante la silla y dejó ruidosamente el atizador en su sitio. Obediente, puso el taburete cerca del fuego—. Ahora, veamos. Supongo que la primera orden de batalla es preparar algún plan para llevar el asedio hasta sus últimas fases, acelerar los estertores de muerte de la Camarilla. Déjame ver: si la memoria no me engaña, cuando el Asedio de Miami se acercaba a su glorioso final…

—Despacio, hijo mío. Eres muy impaciente. El primer paso es terminar de poner la cuña entre los Cainitas del Nuevo Mundo… nuestra facción, por supuesto, apoya

firmemente este punto, pero los seguidores de Polonia y la Coalición también deben ser llevados a la luz… poner la cuña entre nosotros y los intrusos enviados por Monçada desde Madrid.

—Ah, tienes razón. Veamos, eso significa el Carnicero y su monstruosa horda de ghouls de guerra. Y Vallejo y sus condenadas legiones del cardenal. ¿Y no hay una hechicera koldúnica entre ellos? No recuerdo haberla visto hoy, pero me fijé en ella. Es bastante inconfundible, toda tatuajes tribales y sangre como pintura corporal y *piercings* de hueso. De lo más siniestro. Y, por supuesto, también está esa Vykos, la emisaria elegida por Monçada. Es otra cosa que no me hace ninguna gracia. Vykos. Realmente, no sé nada de ella —dijo Sebastian, acercándose una gran pipa de agua de color opaco—. Nada, salvo por supuesto lo que murmuran los demás miembros del consejo.

Dio una larga y lenta calada y exhaló un perfecto anillo de la más pura sombra. Hubo una larga pausa, pero Borges no parecía dispuesto a dar más información.

—Es una Tzimisce, por supuesto —continuó Sebastian, pero su cebo no obtuvo réplica alguna—, y un demonio especialmente viejo si es verdad eso que dicen de que procede de Bizancio o Constantinopla o un sitio por el estilo. Una auténtica pesadilla del Viejo Mundo. No has tenido la oportunidad de conocer a la dama en cuestión, ¿verdad, Borges?

—Tómatelo con calma. No dejan mucha rienda suelta a los de su clase. Prefieren mantenerlos donde pueden estar vigilados, no hay duda. Ya conoces el viejo dicho, «mantén cerca a tus enemigos».

—Lo conozco. Te he oído citarlo muchas veces, y creo que es «mantén cerca a tus enemigos y a tus chiquillos».

—Así es —dijo Borges acariciando el pelo de Sebastian sin demasiada suavidad —. Y yo que pensaba que no atendías a la palabrería de un viejo senil…

Sebastian se apartó instintivamente de la sonrisa de mastín, liberándose de la presa del viejo.

—No te preocupes por esa Vykos —dijo Borges en tono neutro—. Si te ocupas de la tarea que tienes señalada, si pones bien tu cuña, no tendrá terreno firme.

—¿Pero y si es otra lunática enloquecida?

—¿Y qué si lo es? Tenemos montones de Tzimisce lunáticos; uno más no amenazará nuestra posición. Lo que me preocupa es ¿y si *no* es una lunática enloquecida? Ahora escucha, y te describiré cómo vamos a actuar.

Y Sebastian miró fijamente a la oscura capucha de sombra sonde debían haber estado los ojos de su maestro, y grabó en su memoria cada palabra que salió de

aquellos labios.

Domingo, 20 de junio de 1999, 11:18 pm
Sala Chandler del hotel Omni en el centro CNN, Atlanta, Georgia

—¿Y negarás también —presionó Sebastian— que tu precioso cardenal se ha tomado un interés demasiado personal en el futuro de la ciudad de Atlanta?

Vallejo soportó las acusaciones, así como el estallido de risas que las acompañó desde el lado de la Coalición de la mesa, pero su capa de compostura se estaba desgastando.

—Su Eminencia el Cardenal no oculta el hecho de que está gravemente preocupado por los acontecimientos que tienen lugar en y alrededor de la ciudad de Atlanta.

—¿Ocultarlo? Desde luego que no —repuso Sebastian—. A estas alturas, seguramente hasta la Camarilla habrá reparado en tu presencia y la de tu «legión»… como creo que llamas a esa banda de refugiados sonámbulos y agusanados que te acompañó desde Madrid. Sinceramente, no sé qué hay en el estado de Georgia que inspira a Europa a abrir de par en par las puertas de sus prisiones a la menor provocación…

—Creo —contestó Vallejo con los dientes apretados— que se está extralimitando, señor.

—Puede que tengas razón. —Sebastian se tranquilizó y empezó a caminar por la sala. Una afectación teatral, o quizá una forma de disimular que quienes estaban sentados cerca de él habían empezado a apartarse cautelosamente—. Puede que ante todo deba decir lo que está en la mente de los aquí reunidos. Hablaré con claridad: como incluso tú debes de haber comprendido ya, vuestra mera presencia aquí compromete nuestra posición.

Vallejo bufó despectivamente en el silencio que siguió a aquella declaración.

—Aunque estoy dispuesto a reconocer su superior conocimiento por lo que se

refiere a posiciones comprometidas —empezó, aceptando el desafío y animado por una nueva ronda de silbidos de los Nómadas—, tendrá usted que admitir a cambio que, de nosotros dos, yo tengo algunas campañas más en mi crédito. Y, por cierto, aún no he visto el ejército que está esperando los oportunos refuerzos.

—No son los refuerzos lo que me preocupan —dijo casi gritando Sebastian para hacerse oír por encima del alboroto—, sino el coste de tales refuerzos. No somos tan ingenuos como te gustaría. ¿Crees que esta asamblea no reconoce el significado del «interés» de tu ambicioso cardenal?

La acalorada discusión fue interrumpida por tres fuertes golpes en la puerta de la cámara.

—¡Abrid! —gritó una voz autoritaria en el exterior—. ¡Abrid en nombre de Su Eminencia de Polonia, Arzobispo de Nueva York, Ostiario del Nuevo Mundo, Guardián de los Senderos de la Sombra!

El heraldo no esperó a que calase el efecto de sus palabras, irrumpiendo antes de que nadie pudiese hacer un movimiento hacia la puerta. En la entrada apareció una figura rota y contrahecha que sujetaba un zapapico con cabeza de plata. El instrumento había sufrido obviamente un uso duro, y estaba gastado y mellado, con un inconfundible aire de antigüedad. El mango de madera había sido afilado hasta acabar en una maligna punta endurecida al fuego. A nadie se le escapaba el siniestro propósito de aquella estaca artesanal… especialmente a la luz del hecho de que los últimos noventa centímetros del mango estuviese oscurecidos por sangre antigua.

La figura que empuñaba el zapapico no era menos perturbadora. Su cuerpo era torpe y abotagado, dando la impresión de un cadáver ahogado. Sus facciones parecían mohosas, como un hongo que pudiese esparcir sus esporas solo con ser tocado por la yema de un dedo. La cabeza de la criatura había sido modelada como una manzana pasada que hubiese empezado a desmoronarse bajo su propio peso.

El heraldo entró arrastrando una pierna que obviamente ya no era capaz de sostenerle. Invirtió el zapapico y golpeó su cabeza contra el suelo tres veces más.

La habitación quedó en silencio.

Un gusano, lo bastante largo como para rodear la muñeca de una dama, surgió de la mejilla del heraldo, cuya cabeza pareció a punto de caer por completo. El gusano se retorció como para saludar a la asamblea, revelando no menos de cinco segmentos de su viscoso cuerpo negro antes de ocultarse de nuevo despectivamente. El heraldo no dio muestras de ser consciente de la interrupción, ni mucho menos sentirse incómodo por ella.

—¡Todos en pie!

Alrededor de la mesa, los consejeros empezaron a levantarse… algunos mucho más rápido que otros. Costello y el contingente de Nueva York saltaron a la orden. Los dignatarios visitantes de lejanas ciudades del Sabbat que tenían escaso interés personal en la lucha de poder por Atlanta, como Montreal y Detroit, también se levantaron con prontitud para honrar a su anfitrión.

Hasta los representantes del Viejo Mundo —incluyendo a los servidores del Cardenal Monçada— se pusieron en pie. Cierto que muchos de ellos, como Vallejo, ya se habían levantado durante la agria disputa con Sebastian, aunque ninguno de ellos fue tan descortés como para volver a su asiento.

Pero el lado de la Coalición de la mesa era otra cosa. Algunos de los jefes de guerra Nómadas se removían incómodos en sus sillas, pero ninguno parecía ansioso de hacer un movimiento que pudiese interpretarse como un reconocimiento de la autoridad de Polonia. Muchos observaban discretamente a Averros… unos buscando su guía, y otros esperando pacientemente alguna muestra de debilidad.

Entre toda la incertidumbre y la tensión, Caldwell dejó caer lenta y deliberadamente un pie y después el otro sobre la mesa, cruzándolos con un exagerado suspiro.

Averros, que se había acomodado en su silla, se inclinó hacia delante. Le dijo algo a Caldwell, en un tono bajo para que los demás no lo oyesen. Caldwell resopló.

Con un murmullo de disgusto, Averros se levantó y agarró uno de los pies de Caldwell, quitando violentamente sus piernas de la superficie de la mesa.

—¿Qué demonios…? —protestó Caldwell. Giró sobre su silla y se alzó, quedando cara a cara con su líder.

—No vale la pena —advirtió Averros, viendo la furia y el desafío en el rostro de Caldwell. Gravitando instintivamente hacia la confrontación, los demás Nómadas se levantaron también, formando un círculo en torno a la pareja.

—No, no la vales —dijo Caldwell dándole la espalda, pero estaba enfadado y no pudo evitar otro disparo de despedida—. Pero si eres un buen chico y haces lo que te diga el maestro, puede que el amable arzobispo te deje dirigirnos en el himno nacional o el juramento de lealtad a la bandera. Demonios, puede que incluso te nombre vigilante de pasillos.

Caldwell sintió un envaramiento en la garganta cuando algo le agarró el cuello de la camisa por detrás. Se retorció en la presa, lanzando un golpe que clavaría las garras de su mano derecha en lo más profundo del pecho de su oponente, arrancándole el negro corazón.

Las garras quebradas cayeron al suelo. Caldwell maldijo y acercó a su cuerpo una

mano sangrante y posiblemente rota. Retrocedió algunos pasos, pero Averros no parecía inclinado a perseguirle y acabar el trabajo.

—Si vuelves a intentar algo así —siseó Averros justo lo bastante alto como para que le oyesen sus seguidores, que rodeaban a ambos—, morirás. ¿Queda claro? De manera que ve haciéndote a la idea de ser el mejor maldito vigilante de pasillos de toda la Coalición, porque la próxima vez que abras la bocaza estarás acabado. La próxima vez que tenga que recordarte quién dirige el espectáculo estarás acabado. Así que mejora tu número, *Capitán*. ¿Comprendido?

—Señor —reconoció Caldwell a regañadientes, sin levantar la mirada, ocupado en devolver ruidosamente los huesos de su mano a su lugar.

Por suerte para Averros, no había acudido a la sesión del consejo tan poco preparado como la noche anterior. Tras el incidente con Hardin, no iba a dejarse sorprender por otro alarde de fanfarronería. Se frotó el sensible punto en el que Hardin le había hecho sangrar. La maldita herida no se había cerrado bien: había visto manchas de sangre en las sábanas, y la llaga rosa seguía quemándole.

La noche anterior había ocultado la herida con un jirón de sombra. Aquella, había dedicado una considerable cantidad de tiempo a recoger hebras similares y probar su fuerza, entretejiéndolas en gruesos cables de sombra con los que envolver su cuerpo. El resultado era una coraza mucho más formidable que una cota de malla y más resistente que el Kevlar… una armadura capaz de soportar cualquier fuerza con la que pudiera encontrarse en los confines de la cámara, salvo el primer y suave toque de los rayos del sol.

Inadvertido entre la conmoción causada por el enfrentamiento de los Nómadas, el venerable Borges fue la única figura que permaneció en su asiento. El resto de la facción de Miami se había levantado para presentar sus respetos a Polonia, pero su propio arzobispo no sentía tal impulso.

Polonia entró engalanado con los símbolos formales de su cargo: la tradicional capa de armiño, la mitra y el báculo de arzobispo. Podía tratarse de un truco de la luz que llegaba del pasillo a sus espaldas, pero parecía proyectar no una, sino dos sombras ante él.

Cuando cruzó el umbral, las dos sombras se hicieron más conspicuas, pareciendo adquirir sustancia y dimensiones. Si antes habían estado extendidas en el suelo ante el arzobispo, ahora parecían ascender, como si subiesen por unas escaleras. Primero emergieron sus cabezas, rompiendo en plano del suelo en los ángulos rectos. Después aparecieron sus hombros, y pronto pudo verse que cada una llevaba un pequeño cojín de terciopelo negro. Sobre cada uno de ellos había un precioso artefacto fácilmente

reconocido por la asamblea. A la derecha estaba la manzana de oro de Nueva York, y a la izquierda el orbe del dominio sobre la sombra.

Los portadores depositaron sus cargas con reposada gracia ante el lugar de Polonia en la mesa. Después se giraron y descendieron hacia el suelo de la misma forma en que habían aparecido.

Polonia se detuvo para inspeccionar a los reunidos antes de tomar asiento. Todos se vieron forzados a permanecer en pie a su vez. Recibiendo el homenaje de los líderes del Sabbat, enmarcado por el joven Toreador que colgaba del techo a sus espaldas, Polonia estaba obviamente en su elemento.

—Gracias por venir, damas, caballeros, amigos, honorables invitados. Siento una cierta expectación nerviosa en el aire… una premonición, si queréis llamarla así, de que la grandeza y la gloria están cerca. Aprecio los sacrificios que muchos habéis tenido que hacer para estar con nosotros en esta especial ocasión. Habéis cruzado grandes distancias y arrostrado graves peligros para llegar hasta este punto de reunión, aislado tras las líneas enemigas. —Dio un suave impulso al cuerpo del Toreador, haciéndole trazar un lento arco—. Os aseguro, por tanto, que las decisiones que tomemos aquí, y los desafíos a los que nos enfrentemos en estas noches venideras, darán a la Camarilla razones para temblar. —Polonia hizo una pausa para dejar que aminorase el rugido de la asamblea—. Como sin duda ya sabéis, Atlanta ha sido un baluarte de la Camarilla casi desde su fundación. Quizá no sea una gran sorpresa que una ciudad bautizada inicialmente como Terminus atrajese la atención de nuestros rivales: es el tipo de cosa que encaja con sus afectaciones. —Clavó un dedo acusador en el sometido cuerpo del joven Toreador y fue recompensado con un chorro de sangre que manaba del pecho de su víctima. El tentador aroma recorrió la sala —.También deberíais saber que Atlanta es una ciudad madura para ser conquistada por el Sabbat. —Alzó la mano en un esfuerzo por frenar el entusiasmo de la audiencia y siguió hablando—. Desde hace algún tiempo, hemos estado dedicados a la preparación del Asedio de Atlanta. La Camarilla está vacilando, caballeros, y resquebrajándose en sus fallidos intentos de impedir su inevitable caída. Empezó con la Maldición de la Sangre. La Muerte Roja arrasó sus filas. Se rumorea que las pérdidas entre los elementos marginales y más vulnerables de su sociedad, los neonatos, los Caitiff sin clan y los Anarquistas, llegaron a un cuarenta por ciento en las primeras semanas de la epidemia. Y la peste corrió sin control durante casi seis meses. En un desesperado intento de detener los progresos de la maldición, el Príncipe Benison, gobernante de la ciudad, promulgó estrictos decretos destinados a poner en cuarentena a aquellos grupos de alto riesgo. Naturalmente, los afectados por

aquellas severas normas se resintieron por la pérdida de sus libertades. El curso exacto de los acontecimientos y represalias desde entonces es un poco difícil de seguir. Sabemos que los Anarquistas se rebelaron, incitados por los Brujah. No tardaron en surgir otros conflictos en las calles de Atlanta. Se dice incluso que los Brujah atentaron contra la vida del mismo Príncipe, un desdichado incidente que solo sirvió para acelerar su exilio.

Polonia aguardó pacientemente a que las noticias calasen en la audiencia. Sin duda, Borges y su facción estarían al tanto de todo. Habían tenido fuerzas sobre el terreno durante meses, explorando la ciudad, agitando a los Anarquistas, perturbando la querida Mascarada de la Camarilla.

Pero para los demás presentes, el hecho de que los Brujah hubiesen sido expulsados de la ciudad sería una gran noticia. Polonia se sintió complacido por el efecto de sus palabras. La asamblea parecía animada y había muchas discusiones secundarias.

—Los Brujah —bufó Caldwell despectivamente.

—Son un clan de duros luchadores —admitió Vallejo en animado debate con el delegado de Detroit—. El nudo más resistente en las líneas de batalla de la Camarilla.

—Bah, son esos malditos Gangrel quienes me preocupan. Quizá no sean tan malos en Madrid, pero en la frontera no puede darle la vuelta a un gato muerto sin alertar a un nido entero de ellos.

—Claro que tenemos Gangrel en Madrid. Bueno, no en Madrid, pero sí en España. En campo abierto, reconozco que no hay oponente más feroz que los bestiales Gangrel. ¿Pero en la lucha cerrada del combate urbano? No, aquí los Brujah son los enemigos más peligrosos.

—¿Los Gangrel? —dijo Hardin desde el otro lado de la mesa—. Se nota que no sois de por aquí. ¿Dónde vais a encontrar Gangrel en esta zona? Seguramente habrá algunas manadas dispersas, ocultas en las montañas del norte de Georgia o algo así, pero ni de coña va a venir una banda de Gangrel a defender la ciudad. Creedme, no hay amor entre Atlanta y el resto del estado. Y los Gangrel se mostrarán especialmente insociables con la principal fuente de contaminación y desechos industriales del estado.

—Bueno, si hay menos Gangrel, por mí estupendo. —Hubo palabras de asentimiento por toda la sala.

—Eso solo deja a los Tremere.

Aquella bomba interrumpió todas las conversaciones. Era una exageración, por supuesto: en realidad, eran siete los clanes que formaban la Camarilla. Pero cuando

las discusiones se centraban en la pura potencia de fuego, los Gangrel, los Brujah y los Tremere eran casi universalmente reconocidos como las tres mayores amenazas en el arsenal de la Camarilla.

Los Tremere no eran una facción militante. Al menos, no de la misma forma que los Brujah y los Gangrel. Pero eran temidos por sus capacidades y la amenaza que representaban. Los Tremere eran los maestros de la Taumaturgia, y sus poderosos encantamientos habían sido la perdición de muchas ofensivas del Sabbat.

—¿Es fuerte la capilla de Atlanta? —Madame Paula, la hechicera *Koldun*, se había avivado ante la mención de los temibles Tremere.

—Bastante fuerte —replicó uno de los Nómadas, cuya complexión era especialmente pálida incluso para ser uno de los condenados, y tenía unos inquietantes ojos rosas.

Qué hermosos ojos, pensó Madame Paula. No recordaba haber visto nunca un matiz tan perfecto en un Cainita, pero quizá fuese otra novedad del Nuevo Mundo. Decidió probarlo a la primera oportunidad.

Salió de su sueño cuando el albino dio más explicaciones:

—Es vieja… bueno, al menos para criterios americanos… más de un siglo. Eso quiere decir que podemos esperar unas defensas arcanas bastante complejas. Y hay como mínimo una docena de brujos.

—Me parece que ese cálculo es un poco exagerado —interrumpió Sebastian con tono autoritario.

—Vale, digamos media docena, aunque creo que es una idiotez no esperar lo peor. ¿Te gusta más así? Tendremos bastantes bajas en este punto.

—Y un asedio hace poco por debilitar la resolución de una capilla bien asentada —meditó Madame Paula—. No se les puede vencer por hambre, ya lo sabéis. Y mientras estéis ocupados estrujando poco a poco a la ciudad hasta someterla, ellos se dedicarán a hostigar a los sitiadores. Oh, sí. Cada noche. Uno aquí, unos pocos allá… y todo se va sumando. Muy descorazonador.

—Si se me permite intervenir… —La voz de Vallejo, con un timbre de mando adquirido tras una vida (en realidad, muchas) de servicio militar, cruzó la estancia—. En cuanto a este particular, he recibido instrucciones de transmitir un mensaje de mi señor.

Polonia se puso en guardia. Miró brevemente al otro extremo de la mesa, donde se sentaba Borges, pero el rostro de su rival era tan inescrutable como siempre tras su omnipresente máscara de sombra.

Las miradas de toda la asamblea estaban puestas sobre Polonia que no pudo sino

reconocer como tal al autoproclamado mensajero.

—Bien, bien —dijo haciendo un gesto de impaciencia con la mano—. Dámelo.

—Mi cardenal consideró poco prudente confiar el mensaje al papel, pero puedo repetirlo de palabra. Dice lo siguiente: «El consejo no tiene por qué temer a los Tremere. La embajadora del cardenal, Dama Sascha Vykos, neutralizará la amenaza Tremere».

Hubo algunos ladridos de risa burlona entre los Nómadas. La cara de Vallejo empezó a cobrar color.

—Deteneos ahora mismo —ordenó—. Son las palabras de Su Eminencia el Cardenal Monçada. Os burláis de ellas bajo vuestra responsabilidad.

Su tono aquietó a la mayoría de los ofensores, pero Sebastian se levantó de su asiento junto al Arzobispo Borges para encararse con el español.

—Quizá entonces puedas explicarnos cómo esa Vykos derrotará ella sola a las fuerzas de la capilla Tremere. Debes admitir que, a primera vista, suena bastante… ridículo.

—No se me ha informado de las instrucciones de mi señor a su enviada —respondió Vallejo con frialdad—. Ni las revelaría si las conociese. Solo sé que así será. Monçada ha dado su palabra, y será cumplida.

—¿Y dónde, exactamente, está esa embajadora? El consejo lleva ya dos noches de sesiones, ¿y ha aparecido para presentar sus credenciales? No. Todos sabemos del «interés» de tu amo en este asunto, y creo que estaríamos mucho mejor sin su intervención y la tuya.

—Muy bien, perro desagradecido —replicó Vallejo, llevándose una mano al costado, donde podía haber llevado una espada siglos atrás—. Ya te he avisado una vez, y no volveré a hacerlo. Si insistes en esas ridículas afirmaciones, tendrás que estar dispuesto a defenderlas con tu honor.

—*¿Desagradecido?* —repitió incrédulo Sebastian—. ¿Crees que deberíamos mostrar gratitud por esta intrusión? Tu cardenal es un hombre astuto y despiadado. Esto no es un insulto, sino la constatación de un hecho, nadie puede negarlo. Estoy familiarizado con ese carácter. Para él, «interés personal» es solo una forma educada de decir que ha firmado por la propiedad de algo, pero la tinta del contrato no está seca todavía.

Sebastian sabía que había otros, por supuesto, que harían cuanto estuviese a su alcance por impedir que el Cardenal Maledictus Sanguine —el Cardenal de la Maldición de la Sangre, como le llamaban sus detractores— extendiese su mano sobre Atlanta. Quizá el principal entre los opuestos a la intervención de Monçada en la

ciudad fuese el propio Borges, que, como se decía en el lenguaje de las luchas de poder entre los Lasombra, estaba «profundamente preocupado» por la actual situación en la ciudad. Por «profunda preocupación» se entendía que sus fuerzas estaban en disposición de caer sobre la ciudad.

Por supuesto, aquello era algo equiparable a arrojar el guante de desafío. Monçada había contraatacado «extendiendo sus simpatías» a la población de Atlanta, lo que significaba provocar una escala del conflicto enviando sus propias fuerzas… en particular, el siniestro creador de ghouls de guerra de Praga, una hechicera *Koldun*, y su representante personal, aquella tal Vykos.

Era un ejército variopinto y nada ortodoxo, sin duda improvisado en muy poco tiempo. Pero al comprobar Sebastian el temple de las cuatro garras del cardenal, cada una de ellas demostraba ser una fuerza digna de consideración. Juntas, podían ser formidables. Sin embargo, ni siquiera Monçada sería capaz de esgrimir aquella extraña e impredecible arma desde el otro lado del océano.

Sebastian oyó su nombre y se volvió hacia su maestro.

—Creo que Sebastian solo estaba expresando su admiración y quizás envidia por la astucia y falta de piedad del cardenal. Sería muy exagerado por tu parte tomar como una ofensa mortal comentarios tan inocuos. Tenía la impresión de que estabas hecho de un material más sufrido —dijo la sonrisa de mastín de Borges en dirección a Vallejo.

Evaluando la situación, Sebastian se apresuró a intervenir:

—Por supuesto, por supuesto. Siéntate, mi excitable amigo. No albergo sino el mayor de los respetos hacia tu Cardenal Maledi… ¿Te he contado alguna vez —comentó distraídamente— lo que siempre dice mi maestro sobre él? ¿No? Bueno, Borges opina no hay en toda Europa un Cainita con tan injustificable…

—… Humildad en cuanto a su persona —completó Borges lanzando una cortante mirada a su joven protegido—. Ahora, ¿podríamos volver a nuestros preparativos para el asedio?

—Pero eso es lo que he estado intentando deciros, caballeros —dijo Polonia en tono de cortés desacuerdo—. No va a haber ningún asedio.

Lunes, 21 de junio de 1999, 2:41 am
Una gruta subterránea

Una pequeña y sucia cadena colgaba de la lámpara del escritorio. La luz de la bombilla vacilaba sobre ella. Un preciso golpe remedió la situación, aunque la mancha de luz quedó considerablemente reducida. La oscuridad cayó sobre la figura sentada. Unos dedos terminados en garras volvieron una página, y después otra. Un rasposo suspiro insatisfecho acompañó al rumor del papel.

Silencio. Quietud.

Entonces, las retorcidas garras cogieron la pluma roja de la mesa y, con sorprendente destreza, empezaron a garabatear notas en la página[2].

20 de junio de 1999
Ref: Investigación

COPIA DE ARCHIVO

Breve charla con Rolph a través del enlace de SchreckNET. Informa incursión en la fiesta Toreador de Atlanta será en la medianoche 22/6. Alguna actividad Sabbat en la ciudad, confirmada por diversas fuentes, coincidente con el informe.

movimiento desde Miami

El golpe debería permitir a Rolph contactar c/hombre de Hesha -(ref: EoH); Emmett también planea de acuerdo con ello, informa acuerdos finalizados; puntos de investigación que resolver; cumplimiento depende llegada reunión Solsticio; anfitriona V. Ash.

Verger

Nota: asistencia Julius; obvio resultado probable interacción Julius-JBH, referencia cruzada y matriz de interacción,
ref: Julius-Victoria Ash;
Julius-Eleanor Hedge;
V.Ash-E.Hedge;
V.Ash-Thelonius/Kantabi;

actualizar archivo: Hazimel

actualizar archivo: Petrodon

*Nota: preguntar Rolph ref: General (Mal.)

Lunes, 21 de junio de 1999, 4:43 am
Planta 13.ª del hotel Buckhead Ritz-Carlton, Atlanta, Georgia

Tres golpes secos. Al oírlos, Sascha Vykos interrumpió su caminar y levantó la mirada con algo más que un ligero indicio de molestia. Volvió a doblar cuidadosamente la carta, que desapareció en un bolsillo interior del inmaculado traje de Chanel.

La puerta se abrió lo justo para permitir que Ravenna se escurriese por el hueco. No la cerró tras él, sino que puso la espalda contra ella, como para impedir que se abriese más.

—Lo siento, Vykos. Hay un… *caballero* que insiste en verte de inmediato. —El ghoul se las arregló para mantener el adecuado tono de disgusto, pero su ansiedad era obvia.

Vykos sonrió ante su incomodidad.

—¿Y cómo se llama ese caballero?

Una mirad próxima al terror cruzó las cuidadosamente controladas facciones del ghoul.

—¡Mi señora! Yo no he… no se… lo que quiero decir es… —Estaba claro que Vykos no iba a ayudarle a salir de aquello. La voz de Ravenna bajó a un susurro conspirador—. Es un As…

Hubo un golpe seco y Ravenna se desplomó sobre el suelo.

—*Asesino* es una palabra grosera —dijo el visitante, pasando por encima del cuerpo inerte del ghoul—. Mil bendiciones caigan sobre ti y tu casa. Puedes contar esto como la primera.

Vykos se mantuvo firme y contempló al desconocido. Sus movimientos eran como los de la miel vertida, fluidos y tentadores. Su silueta quedaba casi del todo oculta por una túnica de lino sin blanquear. *Una vestimenta inusual para un asesino*.

Había llegado a pensar que había una especie de código no escrito del vestir entre aquellos depredadores de alquiler. Todos parecían preferir la ropa ajustada que no estorbase sus movimientos a la hora de luchar o huir. Ya imaginaba cuatro o cinco formas de volver aquellas ropas en contra de su visitante si combatían. Pero también era probable que aquellos pliegues ocultasen un surtido de armas a distancia que anularían todas sus especulaciones.

También pensaba que vestir de negro era una especie de distintivo entre los practicantes del segundo oficio más viejo del mundo. Aquella túnica brillaría incluso a la luz de la luna, frustrando cualquier intento de ocultarse. Seguramente, ni siquiera un aficionado cometería tal error. No, estaba claro que al recién llegado no le preocupaba ocultarse. Sus palabras, sus actos, incluso su ropa, hablaban de una saludable confianza en sus aptitudes. Vykos lo encontró ligeramente irritante.

—¿Era realmente necesario? —Su tono traicionó solo un disgusto profesional… lo bastante para dejar claro que no consideraba la muerte del ghoul un servicio prestado.

El visitante levantó las palmas e inclinó ligeramente la cabeza. Sus manos eran largas y elegantes, las manos de un pianista, de un artista, de un cirujano. Su lánguida gracia hablaba de una energía apenas contenida. Flotaron suavemente como las alas de un delicado pájaro.

Los ojos de Vykos no se apartaron de ellas.

—Al menos, podrías llevarlo de vuelta al vestíbulo. Así no tendremos que verle mientras hablamos —dijo—. Me resulta difícil creer que te muestres siempre tan despreocupado sobre la eliminación de cadáveres y esas cosas. Y trae otra silla cuando vuelvas. Mis criados no han podido desembalar todavía.

Una sonrisa blanca como el hielo recorrió los cincelados rasgos de ébano del visitante.

—No acostumbro a ocultar mi trabajo. A menos, por supuesto, que se trate de eliminar testigos. Y no hace falta que te preocupes por mi comodidad: me quedaré de pie. ¿Estamos solos? Has hablado de criados.

—Sí, *ahora* lo estamos. Por supuesto, hoy he enviado lejos a mis asociados más valiosos. Algunos de mis invitados tienen reputación de ser un tanto… excitables.

La voz del desconocido se hizo más grave y amenazadora.

—¿Y no temes por tu seguridad? Hay muchos en esta ciudad que querrían hacerte daño.

—Esta noche, soy la persona más segura de toda Atlanta. —Vykos le dio la espalda intencionadamente y se acercó al desordenado escritorio—. Tus maestros no

son tan descuidados como para enviar un agente para matarme cuando todavía tenemos negocios que resolver. Sería muy poco profesional. Ni tampoco pueden permitir que sufra daño por parte de otros, pues la sospecha recaería con toda seguridad sobre ellos. —Se giró de nuevo hacia el visitante y siguió hablando antes de que pudiese interrumpir—. No, no te temo, aunque traes la muerte a mi casa. Esta noche eres mi ángel de la guarda, mi caballero protector. Lucharás hasta la muerte por impedir que sufra daño antes de que puedas terminar con tu tarea. ¿No es así?

—Esta noche —repuso el Assamita con otra sonrisa depredadora— soy tu póliza de seguros. Pero solo por esta noche, Señora.

Sacó una bolsa de arpillera de entre sus ropas, y barrió con el brazo libre el desorden que había sobre la mesa. Despejado el centro, depositó el paquete con un ruido sordo.

Bastardos melodramáticos, pensó Vykos. Pero no había mas opción que seguir el juego. No podría completar su tarea de otra forma. Con un suspiro de resignación, abrió la bolsa.

Reconoció los rasgos familiares de inmediato gracias a las fotos de los exploradores. Era Hannah, la líder de la capilla Tremere. Más exactamente, era su cabeza. Las manos de Hannah también habían sido cortadas y estaban pulcramente recogidas bajo su barbilla. *Bonito detalle*, pensó Vykos. La apropiada mezcla de tradición y superstición. Sabía que el odio de los Assamitas a los brujos era tan antiguo como el de su propio clan.

Por supuesto, no le dio al visitante la satisfacción de expresar en alto tal admiración.

—Está muerta, de acuerdo.

El Assamita hizo lo que pudo por no parecer defraudado.

Vykos siguió hablando antes de que pudiese responder, quizá con un poco de malicia:

—¿Seguro que es ella?

El orgullo del Assamita había sido herido, y pareció a punto de hacer una réplica mordaz. Pero hizo un visible esfuerzo por controlarse y recuperar la compostura:

—Ah, ahora veo que estás divirtiéndote a mi costa. Seguramente, está más que familiarizada con… la fallecida. —El tono del Assamita era suave y formal, como el del director de una funeraria, intentando expresar ideas desagradables en los términos más delicados que fuese posible.

—Nunca la había visto antes —respondió Vykos con frialdad, pronunciando cuidadosamente cada palabra—. Y si te he entendido bien, ni siquiera llegué al país

antes de su muerte.

—No te preocupes por ello. Todo ha sido realizado de acuerdo con tus instrucciones. Y en cuanto a la identidad de la bruja, no puede haber duda. Si me permites… —El Assamita agarró distraídamente el pelo de la cabeza cortada para mantenerla firme mientras cogía una de las blancas manos. La puso palma arriba sobre el escritorio—. La magia de la bruja está todavía en sus manos. El cuchillo no puede cortarla, la guadaña no puede segarla —recitó con reverencia, como si estuviese citando alguna antigua escritura.

Acarició la mano con suavidad, como un amante.

A su contacto, las delicadas líneas que cruzaban la palma se hicieron más oscuras y profundas. Mientras el Assamita seguía acariciándola, las líneas parecieron encogerse y rizarse en los extremos, como si se apartasen de una llama.

Ante la mirada de Vykos, las serpenteantes líneas se enlazaron en una serie de sellos complejos y sutilmente inquietantes.

El Assamita retrocedió con una sonrisa satisfecha, mientras los glifos seguían retorciéndose y entrecruzándose.

—¿Reconoces estos símbolos?

Vykos no dijo nada, pero sus ojos no se apartaron de la danza de los símbolos arcanos.

—No me es dado el conocimiento para interpretar los sellos —dijo el Assamita—, pero un adepto podría decir sus nombres. Cada uno es una firma mágica exclusiva… un recordatorio de algún vil encantamiento que ocupó los últimos días de la bruja. ¿Tienes necesidad de tal conocimiento?

Todavía mirando la mano, Vykos meneó despacio la cabeza. Después, como si volviese de una gran distancia, replicó:

—No. No, ya no importa. Con Hannah muerta, la capilla entera… —Cambió de tono súbitamente, sin detenerse—. ¿Pero qué modales tengo? No debo aburrirte con detalles de engorrosos problemas personales. De verdad, eres demasiado indulgente conmigo. ¿Qué me estabas diciendo sobre la prueba indiscutible de la identidad de Hannah?

El Assamita señaló los sellos con un suave gesto de la mano.

—Un ejercicio fascinante —dijo Vykos—, y supongamos por el momento que acepto sin reservas tu explicación de lo que he visto. —Levantó una mano para acallar las protestas—. Pero eso solo me dice que la mano perteneció a una bruja Tremere. No demuestra que se tratase de Hannah. Las apariencias pueden ser fatalmente engañosas.

Vykos se sentó ante el escritorio. Mientras hablaba, sus manos apartaron distraídamente algunos mechones del pelo de Hannah que caían sobre la pálida cara. Volvió a poner ambas manos hacia abajo, acariciando sin respuesta la carne de la mejilla y la garganta.

Cuando volvió a dirigirse a su visitante, su mirada no se apartó en ningún momento de la máscara mortuoria ante ella.

—La había visto, por supuesto, pero solo en fotografías. —Unió las yemas de sus dedos tras la nuca—. ¿No crees que es hermosa?

La pregunta pareció coger por sorpresa al Assamita, que resopló antes de recuperar la compostura.

—Señora, esas consideraciones no tienen lugar en mi trabajo.

Vykos sonrió. Sus pulgares subieron, cerrando con ternura los párpados de Hannah.

—No, por supuesto que no —dijo en voz baja, con la mirada gacha. Mantuvo los pulgares contra los ojos sellados de Hannah, presionando como si quisiese asegurarse de que nunca se abrirían de nuevo—. Pero estaba pidiendo tu opinión profesional. Seguramente tuviste ocasión de mirarla, de observarla. ¿Dirías que era hermosa?

El asesino se apartó, musitando una pocas sílabas en una lengua dura y extranjera.

—Espero que me disculpes si digo que eres la más exasperante de los clientes. Por supuesto, observé los movimientos de la bruja. ¿Cómo no iba a hacerlo? No hay lugar para el error, la vacilación ni la piedad cuando se trata con los de su especie. Ahora la tienes ante ti: ¡juzga por ti misma si es bella!

Vykos, aparentemente no afectada por aquel estallido, observó el rostro inmóvil con ojo crítico. Tras alguna deliberación, abrió un cajón del escritorio, sacó un cepillo de plata y empezó a arreglar el largo pelo castaño rojizo de Hannah.

—Sí, pero tú la viste animada por la sangre, cuando todavía estaba «viva», cuando había movimientos y gestos, expresión, emociones. Son las cosas que las fotografías, y este pequeño recuerdo, no pueden decirme.

El Assamita dio unos bruscos pasos por la estancia, dejando pasar un buen rato antes de contestar.

—Sí, vi a la bruja viva. Fui, como sabes, el último en verla así. —Su mirada se clavó en algún punto imaginario en la distancia como si viese, no por primera vez, cosas y personas que ya no estaban allí—. Sentí el arco de su espalda cuando mi mano se cerró en torno a su cintura. Vi el delicado latido en la línea de su garganta al tirar de su pelo. Vi cómo se abrían sus labios para formar unas palabras de poder que no llegarían a completar. Sí, fue tan hermosa al morir como lo es ahora en la muerte.

Vykos sonrió y siguió cepillando el pelo de Hannah, contando suavemente para sí.

Su visitante se removió, incómodo, pero no reemprendió su caminar.

Siguió un tenso silencio, solo interrumpido por el rumor del cepillo. Como golpeada por un súbito pensamiento, Vykos alzó la mirada y la fijó sobre él con los párpados medio cerrados.

—¿Cómo debo llamarte, mi sentimental asesino? Aún no me has dicho tu nombre.

Él ladeó la cabeza, observándola por un momento como para decidir si realmente esperaba una respuesta o solo estaba provocándole. Había un tono peculiar en su pregunta, algo subvocálico, casi felino, ciertamente peligroso, que traicionaba al inocente atractivo de su mirada. Sin ser consciente de ello, adoptó una postura más defensiva.

—Ni es probable que lo haga. Puedes llamarme Parménides.

—Ah, un filósofo entonces. Casi te había tomado por un poeta. No pareces griego, y desde luego no estás tan curtido como para haber caminado entre las luminarias de la escuela de Atenas. Así que debes de ser una especie de clasicista, un erudito… un romántico.

El Assamita se encogió casi visiblemente ante el último epíteto y empezó a protestar.

—No, no digas nada —le cortó Vykos—. La conclusión es inevitable, dadas las premisas. Pero no tengas miedo, tu secreto está a salvo conmigo. —Cogió de nuevo el cepillo y volvió a su tarea, aparentemente olvidado por completo de él.

El asesino la miró con abierta incredulidad, pero ella parecía absorta. Bajo el constante cepillado, el cabello de Hannah se desprendía en grandes mechones. La superficie del escritorio no tardó en quedar cubierta de pelo, pero Vykos no se detuvo.

—Mi señora, creo que tenemos asuntos que discutir.

Vykos siguió concentrada en su tarea. El cepillo empezó a rascar el cuero cabelludo expuesto entre el pelo que quedaba. El ruido parecía llegar directamente a los nervios sin pasar por el oído.

La carne empezó a ennegrecerse y estropearse. Tras un largo rato, Vykos dijo en tono ausente:

—Estabas dispuesto a demostrar que era Hannah, la bruja Tremere líder de la capilla de Atlanta. Pero cuanto más observo este espécimen, menos parecido le veo con ella. —Dejó el cepillo y se echó hacía atrás en la silla para estudiar el resultado de sus esfuerzos. Asintió, satisfecha—. Hay una cierta… pérdida de lustre. —Pellizcó suavemente las mejillas como para que cobrasen el color de la vida, pero pareció decepcionada por el resultado—. Un cierto desafío que ya no se ve en su línea de la

mandíbula —explicó pasando suavemente el dedo—. Y los ojos. Aun en las fotografías puede verse que los ojos de la bruja estaban hundidos… como si se apartasen de las cosas que habían presenciado en las horas oscuras. Estos ojos sobresalen notablemente, y sin mostrar el fuego que es el legado de la maldad Tzimisce.

Vykos enterró los pulgares en las cuencas como para corregir aquello. Parménides hizo un ruido de desaprobación o de disgusto y se dio la vuelta.

—Basta ya. Puedes reconocer esos signos como lo que son, mi Señora: son las marcas de la tumba, de la Muerte Final. Nada más. Si sigues haciendo eso, arruinarás los restos más allá de toda posible identificación.

Vykos echó su silla hacia atrás y se puso en pie. Su voz sonó conciliadora.

—He vuelto a herir tus sentimientos. Ven, joven romántico, mi *philosophe*. Si me dices que es la bruja, aceptaré tu palabra. —Sonó un chirrido cuando hizo girar la cabeza sobre el escritorio para que mirase al Assamita—. Mírala, ¿no la encuentras hermosa?

Él miró, casi en contra de su voluntad. El flotante pelo color caoba había desaparecido por completo. La carne de la cara y el cuero cabelludo estaba magullada hasta una uniforme negrura. La línea de la mandíbula se mostraba orgullosamente, pronunciada y masculina. Las mejillas habían perdido su redondez femenina, quedando tan tirantes que era posible distinguir la forma del cráneo bajo ellas. Sus ojos se habían vuelto cautos: pequeños, oscuros y hundidos.

Pero ninguno de aquellos cambios individuales causó la menor impresión al aturdido Parménides. Fue el conjunto de todas ellas lo que le afectó. Pues la cara que le miraba era sin lugar a dudas la suya propia.

La voz de Vykos le llegó desde muy cerca, a su espalda. Pudo sentir su aliento sobre su cuello y su oreja.

—… Por eso no confío en las fotografías. Las imágenes pueden ser alteradas.

Parménides sintió los labios de Vykos sobre su garganta y dejó que sus ojos se cerrasen.

Lunes, 21 de junio de 1999, 10:21 pm
Sala Chandler del hotel Omni en el centro CNN, Atlanta, Georgia

El anuncio de Polonia, en la reunión de la noche anterior, solo había conseguido aumentar la intensidad de las luchas internas entre los asistentes al consejo de guerra del Sabbat. Ya eran al menos tres las bajas ocurridas durante la sesión, y el ritmo no parecía decaer.

La noticia que Polonia había llevado al consejo era que todos sus planes habían cambiado de forma súbita e irrevocable. Habían invertido meses de esfuerzo y sumas de dinero que hubiesen avergonzado al producto interior bruto de muchas naciones en preparar al Sabbat para un Asedio de Sangre. Fuerzas de lugares tan lejanos como Miami, Nueva York y, lo más sorprendente, Madrid, habían sido dispuestas sigilosamente. Los agentes de avanzada habían empezado a socavar la infraestructura de la Camarilla, azuzando la revuelta Anarquista y perturbando la Mascarada. Habían llamado a los principales poderes, asesores y especialistas de dos continentes a aquel consejo de guerra. Habían discutido y amenazado y finalmente forjado una estrategia que, inexorablemente, pondría de rodillas a la ciudad de Atlanta.

Y todos sus esfuerzos se habían disipado en una sola noche, de un plumazo. No habría asedio.

Había llevado algún tiempo acallar la conmoción inicial (rayana en el tumulto) que acompañó a aquella declaración. Solo entonces pudo explicar Polonia su enigmática declaración:

—No habrá asedio, caballeros, porque la batalla por Atlanta se decidirá en un solo asalto incontenible. Saquearemos la ciudad, aplastando hasta la última muestra de resistencia en una ofensiva total. Esa ofensiva, señores, tendrá lugar mañana, exactamente a medianoche.

El aturdido silencio que recibió a aquella explicación fue un marcado contraste

con el caos desenfrenado que reinaba ahora en las cámaras del consejo. La noticia había tenido su oportunidad de filtrarse, de causar sus efectos. Si la reunión de la noche anterior había sido un sombrío consejo, la de aquella parecía una partida de guerra ansiando ser liberada para poder masacrar a sus desprevenidas víctimas.

Polonia no estaba del todo contento con el desarrollo de los acontecimientos. Para empezar, aquella indómita multitud estaba *reorganizando* las cosas, y no a su entera satisfacción.

Había dedicado muchos esfuerzos a asegurarse de que todo fuese de una cierta forma en la reunión. Reparó en el primero de los llamativos cambios al momento de entrar en las cámaras del consejo aquella noche. Parecía que, por alguna inexplicable razón, alguien se había colado en la sala para una travesura mañanera. La imponente mesa redonda que había dominado la sala, y que Polonia había llevado hasta allí a un precio considerable, había desparecido. Sin más. Una mesa de doscientos sesenta kilos.

Había sido reemplazada por una mesa de reuniones mucho más moderna. A los ojos de Polonia, la desventaja inmediata de aquel arreglo era que la gran mesa rectangular tenía una clara presidencia… un pequeño detalle que alteraba radicalmente las reglas de precedencia al distribuir los asientos de los dignatarios. Un pequeño detalle al que Polonia atribuía al menos una de las tres —cuatro ya, se corrigió— muertes de la noche.

Para empeorar las cosas, la mesa estaba hecha de un opaco cristal de color negro, pulido como un espejo. Aquello provocaba a muchos de los Lasombra una cierta incomodidad mal disimulada. Polonia observó que, más de una vez, su lugarteniente Costello daba un fuerte respingo al tocar accidentalmente con los antebrazos la superficie de la mesa.

Podía ver que los temperamentos ya caldeados empezaban a chocar. Por suerte, el mal humor de los Lasombra estaba compensado en cierto modo por las travesuras de los Tzimisce. Los demonios se encontraban en su elemento. Partidas de forrajeros llegaban de vez en cuando ante la asamblea, llevando macabros trofeos de sus expediciones por la ciudad, que colgaban por la habitación hasta que hubo varios cadáveres suspendidos del techo.

Algunos, como el joven Toreador, estaban colgados del cuello. Otros estaban invertidos y rajados hasta el esternón, su sangre derramándose en cubos de hielo. Otros estaban doblados y atados por cuerdas.

El resto de la estancia estaba en un estado similar de completo desorden. Planos cuidadosamente preparados y numerados para el ataque cubrían la mesa diseminados

de cualquier manera. *Dossiers* fotográficos de importantes objetivos de la Camarilla habían sido destrozados, y muchas de las fotos clavadas a la pared y hechas pedazos. Las tarjetas con nombres cuidadosamente dispuestas en cada lugar habían sido barridas al suelo para dejar espacio a improvisados torneos de pulso.

Presidiendo aquel reinado del caos, el pesado olor de la sangre llenaba la estancia. Los invitados la derramaban generosamente de jarras de cristal tallado, y hacían circular bandejas de plata con dulces de gelatina que daban toda la impresión de haberse coagulado solo recientemente.

Pero los nervios de Polonia estaban al límite y no sucumbió a la tentación de aquellas delicadezas. Aquella noche sería muy fácil dejarse llevar, beber profundamente hasta que la sangre cantase en sus oídos y tendiese una película roja ante sus ojos. Permitir a la Bestia que pusiese su temple a prueba.

Pero aquella noche debía mantenerse alerta… no solo frente a la desesperada Camarilla, cuyos miembros lucharían por sus no vidas, sino también ante sus hermanos del Sabbat que estarían buscando mejorar su parte del botín por cualquier medio.

Para muchos, aquello significaría la gloria en el campo de batalla. Polonia no dudaba que aquella noche serían cobrados muchos trofeos de caza y recuerdos… trofeos que servirían como diversión para pasar el rato alguna cruel y brutalmente corta noche de invierno después de unas décadas.

Para otros, el asalto marcaría la culminación de sus intrigas y juegos por el poder político. Al desplegarse el último acto, aquellos traficantes de poder empezarían a usar todos sus recursos. Y muy pocos sentirían escrúpulos a la hora de aplastar a quien fuese tan necio como para dejarse atrapar en sus oscuros pactos.

Y siempre estaban los oportunistas, que sabían muy bien que el ataque sería la perfecta cobertura para la desaparición de un rival descuidado, o para entregarse a alguno de los vicios que incluso el Sabbat veía con malos ojos.

Polonia se encontró esperando que fuesen bastantes los miembros del consejo que sobreviviesen a las dos horas que quedaban para poner el plan en práctica. Por suerte, los capitanes de las fuerzas principales que formaban la punta de lanza del ataque ya habían sido despachados a sus puestos en el campo en torno al Gran Museo de Arte.

Habían sido muchas las discusiones, por supuesto, sobre qué fuerzas debían tener el honor de encabezar el ataque y de paso asegurarse la parte del león de la gloria… discusiones a las que Polonia atribuía otras dos de las bajas de la noche.

La reunión de la alta sociedad aquella noche en el Gran Museo haría coincidir a los más notables líderes locales de la Camarilla bajo un mismo techo. Todo cuanto

tenía que hacer el Sabbat era derribar aquel techo.

Polonia estaba pensando en la mejor forma posible de conseguirlo, y contemplaba un altercado que probablemente causaría la baja número cinco, cuando le llamó la atención ruido de una puerta de la cámara al abrirse. Quizá estaba demasiado sensibilizado para ello, pues se encontraba sentado de espaldas a la dirección del ruido.

Había sido por elección propia, por supuesto. La opción era mucha más preferible a su única alternativa: tener que al menos uno de los demás consejeros sentado entre él y la única salida. Dada la naturaleza y disposición de sus invitados, Polonia había decidido que estaría mejor a la merced de cualquiera que acechase *fuera* de la sala.

Pareció la figura del propio heraldo de Polonia, que había estado apostado al otro lado de la puerta. Después de todo, Polonia no era tan idiota como para dejar su espalda sin vigilancia.

El heraldo se inclinó ante su amo, y después, en respuesta a una mirada interrogativa, puso los ojos en blanco. El gesto estuvo a punto de sacar de su cuenca uno de los ojos que se mantenían precariamente en su lugar. Invirtiendo su hacha, dio un seco golpe en el suelo.

—La Dama Vykos, legada, nuncio y embajadora extraordinaria de Su Eminencia el Cardenal Monçada.

Se apartó a un lado cuando avanzó la elegante figura. Vykos iba vestida al estilo de una noble del siglo dieciséis, con largo vestido flotante, mangas abombadas y abotonadas hasta el antebrazo y un rígido cuello en forma de lápida que sobresalía por encima de sus hombros, recto como una cuchilla por delante y gentilmente curvado por detrás.

Su aspecto no era excepcional. Su boca era tersa, quizá ligeramente delineada, con un revelador indicio de crueldad apenas distinguible en las comisuras. Sus grandes ojos oscuros estaban medio cerrados con afectada languidez, pero no se perdían detalle. Su pelo estaba recogido por encima de su cabeza y se mantenía en su lugar con cintas perfumadas.

Cuando la dama entró en la sala, los Tzimisce presentes se volvieron locos. Un coro de gritos se alzó de entre la alborotada multitud.

—¡La Condesa Sangrienta!

—Es ella, te lo digo yo. ¡Bathory!

—¡Mira allí, su escudo de armas! ¡Bordado en su cuello!

—Sí, el dragón tragándose su propia cola. ¡Es ella!

Sebastian se inclinó hacia su maestro.

—¿De qué hablan esos maníacos? —preguntó.

—Cuidado. —El venerable Borges exhaló la palabra más que pronunciarla—. Pisa con precaución: creo que dicen que hay una serpiente suelta entre nosotros.

—No, maestro. Lo que dicen es… —Sebastian guardó silencio de pronto. Sabía muy bien que el oído de Borges superaba al suyo. Décadas de vivir sin el beneficio de la vista habían aguzado el oído de su maestro a un nivel muy por encima incluso de lo que podía esperar un Cainita.

No, Borges no había oído mal. Más bien estaba dando a su protegido una información adicional que podría ser necesaria para su bienestar. Si Borges decía que había una víbora entre ellos, Sebastian no iba a dejar sus pies tranquilamente sobre el suelo.

Por supuesto, Borges estaba al tanto de las legendarias y sádicas hazañas de la Condesa Sangrienta. El mismo nombre de Bathory era como un familiar y no del todo agradable aliento de la Vieja Patria. Las sílabas estaban irremediablemente unidas a oscuras historias de metódica tortura, mutilación y asesinato de incontables muchachas. Lo que había empezado como un furioso temperamento con las doncellas de servicio de su casa, había progresado al diseño de elaborados e ingeniosos castigos, culminando en una predilección por bañarse en la sangre rejuvenecedora de jóvenes doncellas. Cuando Bathory fue finalmente llevada a juicio en 1610, los cálculos más moderados de sus acusadores ponían el número total de sus víctimas en torno a las 650 almas.

Era mucho más probable que Vykos estuviese explotando el mito en su beneficio que la otra alternativa… que fuese, de hecho, la santa patrona Tzimisce. Pero en cualquier caso, aquella Vykos parecía decidida a acrecentar el número de muertes achacables a la condesa. Llevaba en la mano un delicado pañuelo de seda, usado para transportar una carga de dudoso gusto: la cabeza cortada de un Assamita.

Con un encogimiento de hombros, dejó la cabeza sobre la mesa, donde rodó un poco antes de detenerse.

—Disculpad, señores y damas, la tardanza de mi llegada. Como podéis ver, he estado ocupada en demostrar que no hay fuerza, ni entre los vivos ni entre los muertos, que pueda negarnos la victoria esta noche. La cabeza del asesino enviado contra mí es solo el primero de los presentes que quiero poner ante vosotros esta noche. —Vykos se soltó el curioso colgante que llevaba, moldeado como un par de manos recogidas: el dedo meñique de cada una estaba alargado y se estiraba rodeando su cuello, uniéndose para mantener el colgante en su sitio. Vykos arrojó el colgante tras la cabeza. Cuando todas las miradas se volvieron hacia aquellas manos cortadas,

nadie dejó de observar la perturbadora danza de símbolos arcanos en sus palmas—. Esas manos pertenecieron a Hannah, la líder de la capilla Tremere. Como he dicho, nadie nos negará la victoria.

Gritos de «¡Bathory!» y «¡Muerte a los brujos!» surgieron en torno a la mesa. Distinguiéndose entre los ruidosos Tzimisce, el Carnicero de Praga atacó cruelmente los cadáveres que colgaban cerca de él. Sus malignas garras, tan afiladas y eficaces como cizallas, segaron una cosecha de miembros de alabastro, que puso a los pies de la Dama como ofrenda.

Espoleados por su ejemplo, los demonios se lanzaron sobre los cuerpos con despreocupado abandono. Muchas de las víctimas habían quedado inanimadas y más allá del alcance del dolor por los esfuerzos de las partidas de caza, pero los demonios se apropiaron de una buena parte la cosecha de los demás asistentes en la excitación del momento. Los Tzimisce se alinearon a lo largo del camino de Vykos.

Ella avanzó sin perder el equilibrio sobre la alfombra de miembros y sin tener que rebajarse a posar un pie en el suelo.

El camino así creado llegaba hasta un lugar de honor que había sido despejado en el centro de uno de los largos lados de la mesa. Allí, un embelesado Tzimisce había modelado su propio cuerpo como un imponente trono. Sus compañeros arrojaban grandes y húmedos pedazos de carne a la estructura, como un alfarero echaría arcilla a su rueda.

El trono aumentaba de tamaño bajo sus esfuerzos.

Vykos ascendió al trono viviente en medio de una escena de pandemonio que hubiese avergonzado a siete de los nueve infiernos.

Alzó una mano pidiendo silencio, pero no lo consiguió.

Intentó elevar su voz por encima del clamor, pero sus palabras quedaban ocultas bajo el entusiasmo de sus fieles.

Con un revuelo de faldas, bajó del trono en ascenso sobre la mesa de conferencias, avanzando osadamente hacia su centro. Aquel curioso desplazamiento de una persona caminando sobre la mesa pareció sorprender a los vociferantes demonios como ningún grito o derramamiento de sangre hubiese podido hacer. Todas las miradas estaban sobre ella.

—Gracias. Gracias a todos por vuestra… afectuosa bienvenida. —Siguió hablando rápidamente al comenzar de nuevo el clamor—. Sin duda sabéis que solo unas pocas horas nos separan de la devastadora conquista de la ciudad de Atlanta. Hace dos noches oísteis cómo el venerable Borges os hablaba de la gloria del Asedio de Sangre. Anoche, Polonia os presentó un atractivo plan para lanzar un ataque osado y decisivo.

Pero yo os digo que la conquista de Atlanta no llegará a través del asedio ni del asalto. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras calasen en la audiencia—. Esta noche, caballeros, nuestras fuerzas arrasarán a la desprevenida Camarilla. Tenemos sobre ellos la ventaja del número, la táctica, el poder y la sorpresa. Nuestra devoción a la causa no deja lugar para el fracaso. La Camarilla está debilitada por el desgaste, los desórdenes civiles, la revuelta Anarquista, el exilio de los Brujah, la ausencia de los Gangrel, y el desgraciado fallecimiento de la líder de la capilla Tremere. —Su labio se curvó en una mueca sonriente al barrer las manos de Hannah de la mesa con un movimiento del pie—. Pero no será una batalla, caballeros. Será un tumulto, una gloriosa Danza de Fuego. Es una de nuestras más antiguas y gloriosas tradiciones: es fiesta, ritual y salvaje festín báquico. Es la ocasión de acerar nuestro coraje y poner a prueba nuestra valía ante la misma cara de Dios, Cainita y hombre.

Polonia se echó hacia atrás en su silla en aturdido silencio. Aquella vergonzosa exhibición se había salido de control. Ya había perdido la cuenta de las bajas en el furioso caos. Afirmó su resolución de que aquella Vykos debía ser detenida, y detenida rápidamente, antes de que sus fanáticos conversos derribasen toda la cámara a su alrededor.

Polonia sabía que ni siquiera su voz, cuyas órdenes estaban acostumbrados a oír muchos de los presentes en medio de la batalla, tenía muchas posibilidades de acallar aquel frenético revuelo de Tzimisce enloquecidos. Sin duda, aquel no era momento para el debate y la negociación. La situación requería una respuesta más brutal y decisiva.

Por suerte, Polonia había previsto tal eventualidad. Deliberadamente, puso sus manos ante él sobre la mesa. Observó con cierto disgusto que la superficie enviaba una incómodo sensación de cosquilleo por sus brazos, como si los hubiese metido en un hormiguero.

Lentamente, hizo girar su anillo episcopal hasta darle una vuelta completa en sentido contrario a las agujas del reloj.

Incluso Polonia tuvo dificultades para seguir los acontecimientos que desencadenó aquella señal.

Vykos estaba atrapada en el fervor de sus propias exhortaciones:

—Y no acabará aquí, caballeros. Nuestras fuerzas de avanzada ya están en movimiento. Al final de la semana aplastaremos a la Camarilla en… —Se calló ante la aparición de la empuñadura de un delicado cuchillo de plata entre sus omóplatos.

Pudo oírse un suspiro colectivo de la asamblea, seguida por gritos de dolor y, casi inmediatamente, de furia.

Vykos dio un tambaleante paso hacia delante, a punto de caer de la mesa sobre sus seguidores. Muchos Lasombra cercanos se apartaron cautelosamente hacia los rincones en sombra de la sala. Una voz susurró al oído de Polonia, la voz del enviado del ritual del paseo por las sombras que había realizado dos noches antes:

—Está hecho, amo. Debo pedirte que vengas a nosotros en cuanto te sea oportuno. Tenemos muchas noticias que discutir, y un favor que pedirte a cambio. —Ante la falta de objeciones de Polonia, el enviado siguió hablando—. Piensa en tu pobre servidor y ten piedad. Sería realmente cruel por tu parte permanecer lejos más tiempo del que le llevaría curarse a esta herida, que he sufrido en tu servicio. He soportado el contacto de la plata por ti. Ven pronto a nosotros.

Polonia se frotó las sienes y asintió. La voz desapareció como había llegado. Sabía que nadie más la había oído, que nadie podía haberlo hecho. Lo que más le preocupaba en aquel momento era Vykos.

Ante sus ojos, la Tzimisce se giró dolorosa y lentamente para hacer frente a su atacante. Su mirada cayó de inmediato sobre Averros. El Nómada miró rápidamente a ambos lados, y encontrándose solo ante su escrutinio, alzó una mano a modo de protesta.

—No, mi señora. Estás equivocada —empezó a decir. La furiosa turba de Tzimisce le rodeó, ahogando sus negativas. Fue como si la ola de demonios se hubiese fusionado en una vasta entidad animada por una sola voluntad. El amorfo horror pareció llenar la sala, con no menos de veinte cabezas y unos cincuenta brazos. Algunos de los apéndices terminaban en crueles garras, otros en viscosos tentáculos, otros en fauces abiertas. Averros vio numerosas armas llevadas por la ola. Entre los restos flotantes había amenazadoras astillas de cristal de las jarras rotas. Numerosos miembros como mazas que habían marcado el camino de Vykos se cernían ahora sobre él. No pocas sillas en diversos estados de ruina surcaban la ola.

El irresistible muro de carne y escombros cayó sobre él. Averros se sintió arrastrado, sumergido por una corriente que le dejó con la clara impresión de docenas de manos aferrando sus piernas y tobillos, llevándole a la muerte. Quizá gritó de terror cuando la carne amorfa se cerró sobre su cabeza, pero el insignificante sonido se perdió en el rugido de la ola.

Vox populi, vox dei. La voz del pueblo es la voz de Dios.

Vykos se dobló como si soportase una enorme carga. Al parecer, el peso adicional de la delicada daga sobre su espalda era insoportable. Se tambaleó y hasta caer pesadamente sobre una rodilla.

La ola Tzimisce se movió de nuevo, hacia la mesa y su señora caída. Pero

retrocedió vacilante, como reacia a tocar a su patrona… como si hacerlo pudiese anular la magia de su encarnación, disipar la visión. No podían soportar la posibilidad de que su salvación resultase tan ligera e insustancial como la niebla de la mañana en la playa.

Al retirarse, la marea depositó su última victoria sobre la costa. Vykos ni siquiera miró el cuerpo mutilado.

Con un grito de intolerable agonía, hizo girar sus hombros como para crear alguna terrible forma con ellos. Al hacerlo, la empuñadura del cuchillo de plata se movió también, coronando su hombro como el mástil de un barco que surgiese en el horizonte. La hoja se movió dolorosamente sobre la clavícula. Pero fue suficiente. Vykos cerró los dedos de la mano derecha sobre la elegante empuñadura y sacó la hoja. Una fuente de sangre manó hacia el techo mientras la Tzimisce se encogía.

Polonia no pudo seguir viendo su pequeña forma entre el torbellino de fanáticos que rodeó a la Tzimisce. Era consciente de que estaba en pie, inclinándose hacia delante, aunque no recordaba haberse levantado.

Algo estaba ocurriendo. Había alguna conmoción, pero no podía ver los detalles. De pronto, un Tzimisce gritó en el borde de la mesa más cercano a la caída Vykos. Polonia se encogió instintivamente al oírlo. Sin duda, la desdichada víctima había sido aplastada entre el peso de sus compañeros y la inamovible superficie de la mesa.

Pero había un matiz de incertidumbre en la conjetura de Polonia. No podía decir con seguridad que el grito hubiera sido de dolor. Quizá de aflicción. Podía ser que el lastimero grito anunciase la muerte de Vykos, que el Señor tuviese piedad de su negro corazón.

Era una gran pérdida, pensó el arzobispo. Aquella Vykos había viajado miles de kilómetros para hacer su movimiento por el poder en la más importante reunión Sabbat del continente en más de un siglo. Había jugado sus cartas con valor y gran sentido dramático. Y casi había vencido.

Polonia no pudo sino pensar en lo temible de un adversario como Monçada, capaz de ganarse la lealtad de servidores tan poderosos e impredecibles. Decidió permanecer alejado de las maquinaciones del Cardenal Maledictus Sanguinus en el futuro cercano. Quizá después de una década o dos, podría intentar restablecer las relaciones invitando al cardenal a seguir el precedente creado en Atlanta, a enviar algunas fuerzas al asedio de Buffalo o Atlantic City, o alguna otra extensión lógica del dominio de Polonia.

Otro grito rasgó el solemne silencio de la cámara. Aquella vez Polonia estuvo todavía menos seguro de las señales y presagios que contenía. Si no estaba muy

equivocado, había sonado como un aullido de estremecido éxtasis.

¡Claro que no! No se atreverían. Enfurecido, el arzobispo empezó a abrirse paso entre el gentío, ondeando su báculo ante él en un intento de despejar el camino. La masa cambiante se resistía inconscientemente a sus deseos. Era como nadar en alquitrán, o melaza, o arenas movedizas.

—¡Alto! ¡Deteneos de inmediato, o sufrid mi extremo castigo! No profanaréis este consejo con vuestros impuros apetitos… con vuestra vil diablerie. ¡Deteneos, lo ordeno!

De pronto la multitud pareció dividirse ante él, que se tambaleó hacia delante. La visión que encontraron sus ojos le dejó helado.

El cuerpo de Averros estaba allí, en el suelo. Pero ya no era el cuerpo de Averros. Estaba retorcido, contorsionado, despojado de la forma original dada por Dios. Ahora no parecía más que un bajo altar de mármol.

El enfermizo mármol rosa estaba veteado de azul pálido. No era una piedra natural. Lo más inquietante, parecía latir lenta y rítmicamente. Vykos estaba agachada sobre un hueco en la parte superior del altar. La sangre seguía manando de la herida de su hombro, y el hueco estaba casi lleno.

Mientras Polonia miraba, un Tzimisce se tambaleó hacia el hueco. Recogió el delicado cuchillo de plata que descansaba a su lado y se hizo una profunda incisión en la palma en forma de cruz. Después, mirando con firmeza a los ojos de Vykos, cerró el puño sobre el hueco del altar. Una pequeña corriente de sangre corrió por su mano y su muñeca antes de caer. Vykos hizo un cuenco con sus manos y las sumergió en la sangre mezclada, sacándolas llenas. Acercó las manos al embelesado rostro del joven.

—Un cuerpo —respondió el vampiro con solemnidad. Era suyo por completo. Bebió profundamente, con los ojos cerrados, fascinado y reverente. Tomando con suavidad las muñecas de Vykos, lamió sus palmas hasta dejarlas limpias.

El comulgante inclinó la cabeza y se retiró, para ser inmediatamente reemplazado por otro.

Polonia se levantó con rapidez, apoyándose pesadamente en su báculo. Los Tzimisce no ofrecieron resistencia a su paso mientras se alejaba del rito. De todas formas, agitó su báculo ante él una cuantas veces, solo por el efecto. Ansiaba escapar de cualquier otro pandemonio que reservase la noche… de la desenfrenada carnicería que estaba claramente más allá de su poder impedir o incluso redirigir.

Al pasar sin demasiada suavidad junto a su heraldo, ordenó:

—Que mis comandantes se reúnan conmigo en mis cámaras. *Todos* ellos —añadió firmemente, con una significativa mirada por encima del hombro.

Mientras la puertas de la cámara del consejo se cerraban a sus espaldas, pudo oír los primeros gritos báquicos y salvajes de la Danza de Fuego.

SEGUNDA PARTE:
«LA DANZA DEL FUEGO»



Martes, 22 de junio de 1999, 12:07 am
Peachtree Street, Atlanta, Georgia

—¡No está bien! —siseó Caldwell con las mandíbulas crispadas.

Antonio Vallejo contuvo su rabia a duras penas.

—El ataque debe continuar, *señor* comandante.

Al otro lado de Peachtree Street, la principal avenida del centro de Atlanta, se alzaba el Gran Museo de Arte, una característica estructura redonda construida en torno a un pozo circular. Aparte del puñado de coches que habían llegado antes, incluyendo dos limusinas y un Rolls Royce, no había señales de la reunión que Vallejo sabía que se celebraba en la cuarta planta… una reunión de los vampiros de la Camarilla local, llegados para hablar pomposamente de escultura humana, congregados para engañarse a sí mismos, para fingir que de alguna forma seguían siendo humanos. Reunidos, sin saberlo, para morir en una infernal conflagración de violencia.

Eso, *si* el comandante Caldwell se sacaba la cabeza del culo y daba las órdenes preliminares para iniciar el ataque.

—Es una orden sencilla, *señor* comandante.

Obviamente, el comandante Caldwell no opinaba lo mismo. En su agitación, caminó entre las sombras sobrenaturales que ocultaban a ambos; se pasó las yemas de los dedos por el cuero cabelludo, arriba y abajo, un pulgar sobre cada oreja, los meñiques unidos en lo alto de su calva. Al frotarse el blanco y duro cuero cabelludo, sus dedos dejaron surcos en la piel, apenas visibles al principio, pero que al aumentar su agitación y ante los ojos de Vallejo, se hicieron más profundos, hasta convertirse en canales que debían de penetrar bajo el cráneo del comandante. Caldwell siguió con sus paseos y sus frotamientos, al parecer sin preocuparse, o sin notar siquiera la deformación que le causaban.

Tzimisce, pensó Vallejo. Recordó de nuevo —¡como si pudiese olvidarlo!— por qué la mera mención del clan bastaba para inspirar tal intranquilidad en su corazón. Al menos, a diferencia de los farsantes de la Camarilla, no pretendían conservar su humanidad. Pero quizá los demonios hubiesen llevado su transformación, su trascendencia, un poco demasiado lejos.

No era que Vallejo tuviese dudas acerca del destino final de su alma eterna. Pero aquellos Tzimisce, aquellos demonios…

Que la Virgen nos asista si alguna vez alcanzan el control del Sabbat, se le ocurrió a Vallejo, dando un respingo ante aquel ruego imprevisto. Ostensiblemente, había dejado atrás la faramalla religiosa que tanto había atado su vida mortal, pero como penitente que llevaba algún tiempo sin confesarse —dos siglos y medio, para ser exactos— no le gustaba abusar de su suerte llamando la atención de la Santa Madre. Tal error era con seguridad una muestra de su agitación, como lo era la autodesfiguración del Tzimisce.

Vallejo se sacudió de encima aquella lasitud. La batalla era la ocasión más señalada para la disciplina. Por eso la reluctancia de Caldwell era tanto más irritante.

—El ataque no puede seguir adelante mientras no envíe sus patrullas, *señor* comandante —dijo Vallejo.

De pronto, Caldwell interrumpió sus pasos, extendió un grueso dedo hacia Vallejo y desnudó sus obvios colmillos.

—Alguien la ha jodido con las órdenes. Esto *no puede* estar bien.

Vallejo quedó atónito ante aquella afirmación tan extraña a su marco de referencia: ¿un subordinado que no aceptaba una orden? Nada en sus siglos de experiencia como mano ejecutora del Cardenal Monçada en Madrid le había preparado para aquello. Como líder de escuadrón de los legionarios escogidos del cardenal, la élite de las fuerzas militares del Sabbat, Vallejo *sabía* que el trabajo de un soldado era obedecer las órdenes, no cuestionarlas.

Pero aquel habitante del Nuevo Mundo, aquel americano, se negaba a ver una verdad tan básica. Era algo más que el predecible y natural resentimiento Tzimisce hacia el más astuto y político clan Lasombra, comprendió Vallejo, pues la orden «discutible» procedía de otra Tzimisce, la Consejera Vykos. No, aquella insubordinación surgía del tropezón de la eficacia del Viejo Mundo con la sensibilidad del Nuevo. La inminente ofensiva había sido ideada por el Cardenal Monçada, e iba a ser llevada a cabo por la Consejera Vykos. Seguramente, Caldwell y otros, al ver los planes que habían desarrollado durante décadas desplazados por quienes consideraban intrusos de ultramar, sentían su orgullo herido. Pero poner en peligro

toda la operación, arriesgar la ascensión del Sabbat en el continente, era algo impensable, inconcebible.

Y estaba ocurriendo.

Caldwell reanudó su caminar. Su asistente, un Tzimisce de complexión ligera y no demasiado desfigurado que no parecía feliz de encontrarse tan cerca del epicentro de una creciente disputa, se escurrió hacia las sombras. El ataque tenía que haberse iniciado a medianoche. Ya sufría un retraso innecesario, y a juzgar por la actitud de Caldwell, iba a retrasarse todavía más.

—No está bien —repitió Caldwell—. No voy a dejar que todo el mérito de este ataque se lo lleven unos malditos… —Se detuvo de pronto, recordando la presencia de Vallejo.

—¿Unos malditos extranjeros? —sugirió el Lasombra, filtrando un cierto tono de amenaza en su voz.

El americano miró a su compañero al mando y buscó un término algo menos inflamatorio que el que había empezado a murmurar.

—A… a *otros* —escupió al fin.

—Señor —dijo Vallejo, forzándose a emplear un tono formal y contenido para no demostrar su cólera— sus patrullas asegurarán nuestra victoria. Ninguno de los allí reunidos escapará de nosotros, ni nadie del exterior podrá interferir.

—¡Quiero una parte de la acción! —bramó Caldwell.

Vallejo parpadeó. Increíblemente, Caldwell no solo obstaculizaba la misión negándose a cumplir las órdenes, sino que con sus gritos amenazaba con descubrir a dos de los tres comandantes del asalto.

—*¡Baje la voz!* —ladró Vallejo a un prudente volumen. Se sintió obligado a revisar su juicio sobre el americano. Quizá hubiese una cierta rivalidad entre el Viejo y el Nuevo Mundo, pero la raíz del conflicto estaba en la falta de profesionalidad del Tzimisce. Vallejo había tratado con pelmazos a ambos lados del Atlántico, cualquiera de los cuales hubiese podido poner tantas pegas como su compañero. Pero Caldwell tenía el impedimento adicional de ser un idiota. Aquello llevó a Vallejo a una inevitable conclusión.

Si vuelve a gritar, le mataré.

Lo tendría merecido. Pero salvo otro estallido, Vallejo consideraba que la situación política, en la que procuraba no verse envuelto, era demasiado frágil para tomar medidas directas contra aquel necio pomposo.

—Mis patrullas deberían formar parte del ataque —insistió Caldwell, golpeándose la palma con el puño.

—Dé la orden, o deje su puesto a alguien dispuesto a ello… a alguien capaz —dijo Vallejo.

Caldwell dio un respingo ante la sugerencia de que no estuviese a la altura de la tarea. Volvió a señalar a Vallejo. El dedo del Tzimisce, temblando de rabia, casi tocaba la nariz del español. Vallejo resistió la tentación de agarrar aquel dedo, doblarlo hacia atrás hasta que se rompiera y seguir haciéndolo hasta separarlo por completo de la mano. El asistente de Caldwell hizo todo lo posible por hundirse todavía más entre las sombras.

—No tengo por qué aguantar esto —amenazó Caldwell, su voz acercándose peligrosamente al nivel que Vallejo había establecido como señal para la acción drástica.

Pero el Lasombra permaneció atento. Solo sus nervios de acero le impidieron atacar. Se veía en la extraña situación de intentar persuadir a un comandante Tzimisce de cumplir una orden de una superior Tzimisce, y aunque él era con mucho el veterano más curtido en combate, el Consejo había dejado claro que los tres comandantes —Vallejo, Caldwell y Bolon— eran iguales en rango. Todo aquello pasó por la mente de Vallejo mientras miraba el dedo tembloroso de aquel fantasmón incompetente.

—No tengo por qué aguantarlo —repitió Caldwell más bajo.

—¿Aguantar? —preguntó una voz gélidamente tranquila a espaldas del Tzimisce.

Caldwell se giró para ver, a menos de treinta centímetros de distancia, a la Consejera Vykos. Involuntariamente, dio un paso atrás.

Vykos era alta y esbelta. Como era costumbre entre su clan, había alterado su aspecto, la misma estructura de sus huesos y piel, aunque no tanto como el batallón de ghouls de guerra, aquellas masas andantes de destructiva musculatura, que dirigía a través del comandante Bolon. Su alta frente se alzaba hacia atrás, en una simétrica cresta de carne. Al menos aquella noche, en aquel momento.

A lo largo de los años, Vallejo había visto muchas veces a Vykos en Madrid. Aunque el aspecto físico era bastante maleable para los demonios Tzimisce, ella se reinventaba a sí misma con tanta frecuencia como una mujer mortal podía cambiar de peinado. Pero su aspecto siempre variable, como Vallejo sabía bien, aunque desconcertante, no era tan perturbador como el despreocupado aire de crueldad que se aferraba a ella sin importar el retorcido disfraz que adoptase, ya estuviese enterrada hasta las rodillas entre cuerpos desmembrados o bebiendo vitae de una copa de cristal.

Así era la mujer, la criatura, a la que se enfrentaba Caldwell. Así era la voluntad a la que había desafiado en su negativa a poner en marcha la primera fase del ataque.

—No tienes que aguantar nada, comandante —dijo Vykos—. Tu tarea es dar… dar a los demás lo que se te ha confiado.

—Consejera Vykos —respondió Caldwell con una breve y torpe inclinación—. No esperaba verte aquí.

—En realidad —ronroneó ella como un gran felino mientras se acercaba más al descontento y cada vez más incómodo comandante— no había pensado acercarme tanto a lo que, en mi ignorancia, pensaba que sería un campo de batalla.

Caldwell se acobardó ante el reproche. La mayor parte de su indignación parecía haberle abandonado, o al menos haberse atemperado, ahora que se encontraba cara a cara con la superior cuyas órdenes había cuestionado. El amable tono de Vykos y su rígida y falsa sonrisa le desarmaron por completo.

—Hay alguna equivocación. Tiene que haber sido… un error de interpretación —le explicó—. Las órdenes que tengo no pueden ser las que has dado. Alguien debió de confundirse y no me las dio bien.

Vykos miró con fijeza al comandante, sin responder con palabras o expresiones a lo que decía.

—Mis patrullas tienen orden de esperar —siguió diciendo Caldwell—, de sentarse y contemplar el ataque. —Su tono se elevó un poco al recordar las indignidades que habían caído sobre él—. Mis muchachos pueden matar tan bien como cualquiera. Muchos de ellos son *Tzimisce* —resaltó—. Merecen tener su parte de la acción. Y algunos de los demás… hay quien está aquí para luchar contra su propio clan.

Vallejo escupió distraídamente ante la mención de los *antitribu*, aquellos Cainitas que habían roto con sus clanes, repudiando su sangre y desafiando a sus antiguos. No podía sentir respeto por ellos. *Carne de cañón*, pensó. *Nada más*.

Su esputo cayó sobre el pavimento con un ruido como el del trueno en el tenso silencio de las sombras. El comandante Caldwell no pasó por alto el insulto, pero tenía otros problemas más acuciantes en aquel momento.

—Sé que tú no puedes habernos ordenado que nos sentemos a mirar —dijo—. No harías eso. Mis chicos merecen parte de la acción, y yo también. Todo esto tiene que ser un truco… Alguien ha cambiado las órdenes.

—Hmmm… —Vykos se inclinó hacia delante y olfateó la oreja izquierda de Caldwell, después la derecha.

El comandante parecía totalmente inseguro de qué hacer, pero se mantuvo firme e insistió en la defensa de su postura con un mínimo de balbuceos:

—Mis patrullas… *nuestros* Tzimisce, y los demás… son… Quiero decir, sabes que merecen parte…

Vallejo, ignorado por completo, contempló aquel peculiar intercambio tan apartado de su idea de las relaciones entre oficiales de distinto rango. Los dos demonios, a apenas centímetros uno del otro pero sin hacer contacto, le recordaban a serpientes inmersas en algún elaborado ritual de apareamiento.

Pero entonces Vykos tocó a su compañero de clan:

—Shh —le tranquilizó, como una madre a su bebé, mientras ponía suavemente sus palmas sobre las mejillas del Tzimisce—. Estás muy equivocado, comandante. —Su voz era tranquilizadora, pero solo de la forma en que el hielo produce entumecimiento.

Incluso entre las densas sombras que mantenía, Vallejo creyó ver los ojos de Vykos reluciendo, no con el bestial rojo que podían alcanzar muchos Cainitas, sino con un azul frío y penetrante. Caldwell intentó protestar, pero ella volvió a chistarle; silenciándole con un dedo suavemente posado sobre sus labios. Volvió a llevar la mano a su mejilla.

—¿No tomar parte activa en el asalto? —preguntó—. ¿Cómo puedes creer una cosa así, mi querido comandante? —Sacudió la cabeza tristemente—. Cuando las patrullas reciban la orden de avanzar, formarán un cerco en torno a ese museo. ¿Ves el museo? —Movió un poco la cara de Caldwell hacia el edificio, y asintió dos veces con la cabeza—. Nadie escapará… gracias a las patrullas —explicó en tono paciente—. ¿Y sabes quién está ahí dentro, comandante? —Aquella vez no dejó tiempo al Tzimisce para contestar, sino que siguió hablando—. El príncipe de esta ciudad está ahí, lo que significa que es probable que otros intenten ayudarle: la policía mortal, quizá. ¿Pero sabes lo que encontrarán?

Una luz estaba surgiendo también en los ojos de Caldwell, una luz de consciencia… pero no de consciencia de la estrategia, algo que Vallejo pensaba que hubiera debido ser obvio desde el principio. Caldwell, mientras Vykos le acariciaba y le consolaba, estaba cobrando consciencia de su propio miedo.

—Encontrarán el camino bloqueado —respondió Vykos a su propia pregunta—. No habrá ayuda para el príncipe. Ni para ninguno de los demás.

La ausencia de sonido rivalizaba con la ausencia de luz en la oscura calle. Caldwell y Vykos permanecieron prácticamente ojo con ojo, la blanca cara del comandante en las blancas manos de la consejera. Vallejo, sintiéndose como un espectador, observó con asombro, mientras el discreto asistente de Caldwell parecía escurrirse por las grietas de la acera… un truco que seguramente ni siquiera los Tzimisce habían podido perfeccionar.

—¿Ves ahora lo importantes que son las patrullas? —preguntó Vykos, permitiendo

esa vez que Caldwell asintiese por sí mismo—. Bien. Quería estar segura.

Entonces empezó a juntar sus manos, con firmeza. Una expresión de consternación cruzó el rostro de Caldwell, rápidamente sustituida por el miedo. Agarró las muñecas de la consejera, intentando apartar sus manos, pero sin éxito.

Los ojos de Vykos brillaron con más fuerza. El rostro de Caldwell empezó a deshacerse bajo la firme presión de sus palmas. Poco a poco, la estructura ósea de mandíbula y mejillas cedió bajo la presión. La cara adoptó súbitamente un aspecto alargado, exagerando los surcos a lo largo del cuero cabelludo. Un gorgoteante gemido salió de la garganta del comandante.

Vallejo observó con horrorizada fascinación. No podía obligarse a mirar en otra dirección. *Como mantequilla caliente*, pensó. Pronto, las manos de Vykos se encontrarían en el centro. *Va a estrujarle como…*

Pero mientras Vallejo se las arreglaba para formar aquellos pensamientos, Vykos hundió sus pulgares en los ojos de Caldwell, *a través* de ellos… pues no se detuvo por aquella materia gelatinosa, que corrió por el rostro del comandante. Caldwell se debatió espasmódicamente cuando los pulgares de Vykos, como cuchillos al rojo, penetraron en su cerebro.

Vallejo no recordaba haber visto caer el cuerpo, pero allí estaba, con Vykos en pie sobre él. La Tzimisce se sacudió los dedos, y una rociada de fluidos corporales cayó sobre suelo como las primeras gotas de lluvia de una tormenta inminente.

Vykos se volvió hacia el asistente de Caldwell, el pequeño Tzimisce que apenas era capaz de reunir toda su determinación para no salir huyendo en la noche.

—Da la orden —dijo—. El ataque continuará como estaba previsto.

Se giró y se alejó caminando, segura de que su orden sería obedecida de inmediato.

Vallejo, observando a la consejera, pensó que podía oír cómo tarareaba ligeramente al marcharse.

Martes, 22 de junio de 1999, 12:26 am
Cerca del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

—Cerrad la boca antes de que os la arranque de la cara —dijo Marcus a cualquiera, o a ambas, de las dos figuras ligeras y sombrías, Delona y Delora, que estaban junto a él en el aparcamiento. Junto con «Dedos» Jorge, que permanecía obedientemente quieto y envuelto en su capa, llevaban casi dos horas en posición. Marcus había esperado que las órdenes llegasen antes, y la espera alteraba sus nervios.

Y las cantarinas risas que intercambiaban Delona y Delora tampoco ayudaban mucho. Tenían una especie de jerga nerviosa que hablaban entre sí y que Marcus no entendía, y siempre pensaba que estaban hablando, y *riéndose*, de él. Tras hacer aquella amenaza, se dio cuenta de que sería muy difícil arrancarle a alguien la boca de la cara, ya que la boca no era más que un agujero, pero decidió dejarlo correr.

—Cerrad el pico, mierdecillas.

Eran oscuras y pequeñas —por supuesto, todo el mundo era pequeño a su lado— así que para él eran mierdecillas. Pero se parecían más a arañas, con largos miembros ahusados que doblaban hacia su cuerpo. Y su piel no solo era oscura, sino que parecía haber sido chamuscada. Marcus, bastante incapaz de reconciliarse con sus propias analogías, no estaba seguro de por qué se iba a chamuscar una araña, o tampoco una mierdecilla, puestos a ello.

Lo peor no era que ignorasen su orden de guardar silencio —y Caldwell le había puesto *a él* al mando—, sino que su continuo parloteo podía revelar la posición de la patrulla. Después de todo, estaban a la vista del museo, justo al doblar la esquina. ¿No podían ver que era una misión de tal importancia que las mierdecillas deberían callarse? El mando era una pesada carga sobre los hombros de Marcus.

—Si tengo que repetirlo…

Pero de pronto las dos se callaron a la vez. Las negras y penachudas orejas de

Delona y Delora se tensaron y empezaron a vibrar. Marcus lo oyó también: una puerta abriéndose bajo ellos; una puerta *siendo* abierta, y aquello significaba que *alguien* la estaba abriendo. Marcus, su sangre hirviendo por la interminable espera y las penalidades del mando, se apresuró hacia el borde del techo del aparcamiento para mirar hacia abajo. Las mierdecillas le flanqueaban.

Una figura solitaria había salido del garaje y se dirigía hacia la esquina. Se había ordenado a Marcus que no permitiese pasar a nadie en ninguna dirección, hacia o desde el museo. La figura estaba alejándose del museo, y lo hacía de forma furtiva. Solo el ligero chirrido de la puerta le había denunciado.

Mientras Marcus se debatía pensando qué órdenes dar, Jorge se lanzó por encima de la barandilla y cayó sobre la figura de la calle.

Marcus estaba atónito. Jorge se había anticipado a su primera orden de mando *real*. Y lo peor fue su fracaso. Quizá se debiera al ondear de su capa, o a los increíbles reflejos de su víctima, pero en cualquier caso, cuando Jorge hizo contacto, el desconocido se dejó caer hacia atrás y rodó, poniéndose en pie mientras Jorge se estrellaba contra el suelo.

Marcus rugió incrédulo. Delona y Delora, como si les divirtiese que su líder hubiese arruinado sin darse cuenta lo que pudiese quedar del elemento sorpresa, soltaron histéricas risitas.

El asombrosamente ágil desconocido, con su piel castaño claro, su caro corte de pelo y su atuendo formal, levantó la mirada hacia Marcus y sus compañeras. Jorge se acercó a él, echando su capa hacia atrás y desplegando sus dedos, cada uno de varios decímetros de largo y agitándose como serpientes inquietas. A la vez, desencajó la mandíbula como una boa constrictora, riendo mientras su boca se ensanchaba lo suficiente como para tragarse a un niño.

Otra sorpresa, el desconocido no huyó. En lugar de ello adoptó una posición de combate, y su voz reverberó en los muros de cemento del aparcamiento.

—¡Venid, bastardos! Me llevaré a uno de vosotros conmigo. ¿Quién quiere acompañarme a los infernales pozos de Set?

¡Set! Marcus no podía creer su suerte. Por supuesto, solo otra criatura de la noche podía haber eludido la embestida de Jorge. ¡Y lo más importante, Caldwell se mostraría muy complacido cuando Marcus le llevase los pisoteados restos de un Setita!

Delona y Delora, sin esperar órdenes, ya bajaban arrastrándose por la fachada, y el Setita estaba retrocediendo. Marcus no pensaba quedarse atrás en la diversión: pasó una pierna sobre la barandilla y se lanzó al aire. Sus piernas, lo bastante poderosas

como para aplastar una bola de bolos o doblar un parquímetro con una ligera presión, le enviaron más allá del Setita en retirada, que se vio obviamente superado… y privado de vía de escape. Dos nuevos baches marcaron el punto de aterrizaje de Marcus.

—Eres muy amable al venir —siseó Delora en aquel inglés de extraño acento y que usaba tan raramente.

Marcus volvió a saltar, directamente hacia el Setita. Pero a pesar de la distracción de la presencia de los otros tres Sabbat, su víctima le vio acercarse y se apartó de la acera, rodando de nuevo y levantándose de un salto. Marcus solo encontró el aire al lanzar un golpe aplastante al lugar donde había estado su objetivo.

El Setita empezó a correr. Pero Delona y Delora eran increíblemente ágiles y rápidas. Se pusieron por delante de él, cortándole de nuevo el paso, y cuando se detuvo, Jorge atacó. Sus dedos centellearon en el aire como víboras famélicas, cayendo sobre el Setita y envolviendo su cuerpo, inmovilizándole un brazo al costado.

Desde su posición aventajada, Marcus vio algo que probablemente Jorge había pasado por alto: la mano libre del Setita sacó un cuchillo de alguna parte. Se había agachado; quizá llevase una vaina de tobillo bajo sus elegantes pantalones.

Qué monada de cuchillito, pensó Marcus mientras se acercaba por el punto ciego del Setita, con la intención de acabar con su presa antes de las mierdecillas danzantes se le adelantasen. Aquello les enseñaría quién estaba al mando. Mantuvo un ojo puesto sobre el cuchillo, aunque había pocas posibilidades de que una hoja tan pequeña atravesase su piel inhumanamente gruesa, y mucho menos le hiciese un daño serio.

Me gusta este Setita, pensó al ver que seguía debatiéndose, aun rodeado y con un brazo inmovilizado. *Tiene cojones*. Al menos, los tendría hasta que Marcus se los arrancase de cuajo.

Justo en aquel momento, el Setita agitó la mano con el cuchillo en el aire, no arrojando el arma, sino…

Algo golpeó a Marcus en la cara. Un dolor abrasador en los ojos. Oscuridad. El dolor se extendía.

Se arañó la cara, los ojos, sin importarle que los dedos también empezasen a arderle. Privado de visión, Marcus se tambaleó de un lado a otro, golpeando el suelo con sus enormes pies. El pavimento se rompió bajo él, haciendo mucho más difícil guardar el equilibrio. Y sus ojos seguían ardiendo.

Ácido, o algo parecido.

Marcus enterró las uñas en su rostro y se arrancó algo de la carne en torno a los

ojos. Aquello ayudó solo un poco, intentó obligarse a abrir los ojos, guiñando y parpadeando a la dura luz de la farola cercana.

Estaba más cerca de la lucha de lo que había creído en su ceguera. El Setita había golpeado de nuevo: Jorge estaba caído a unos pocos pasos, con el pequeño cuchillo atravesando su mano, sus movimientos eran bruscos y espasmódicos, como si hubiera perdido el control de sus miembros, y gemía lastimosamente como un gato moribundo. El Setita, de espaldas a Marcus y Jorge, se enfrentaba a Delona y Delora.

Marcus golpeó con su puño como una maza e impactó al desprevenido Setita entre los omóplatos, impulsándole por el aire. Su adversario se estrelló sobre el pavimento a varios metros de distancia, sin rodar para amortiguar el golpe aquella vez.

Delona y Delora cayeron sobre él de inmediato, desencadenando una lluvia de golpes sobre su cabeza y hombros, apartándole piernas y brazos cuando intentaba ponerse de nuevo en pie. Marcus las hizo a un lado y levantó al Setita por el cuello de la camisa, haciéndole girar hasta que quedaron cara a cara.

Y Marcus sonrió.

A pesar de sus ojos llorosos y ardientes, a pesar de su visión borrosa, Marcus sonrió cuando envolvió al Setita en sus brazos y empezó a apretar. Las costillas se partieron con un hermoso sonido… casi tan agradable como el grito de angustia del Setita.

Muere, hombrecito. ¡Muere! La sonrisa de Marcus se ensanchó ante el sonido de su víctima indefensa ahogándose en la sangre que manaba por su garganta al perforar las costillas rotas sus entrañas. El enorme Tzimisce encontró placer incluso en la sangre que el Setita le tosió a la cara. Era la sangre de la victoria.

Marcus rugió triunfalmente cuando la última resistencia del Setita sucumbió ante el invencible vigor de sus musculosos brazos. Las articulaciones se deshicieron. El cadáver del Setita estaba aplastado más allá de la existencia, sin duda licuado por la fuerza casi geológica ejercida por Marcus. El Tzimisce acunó los restos contra su pecho. Podía oler la rica sangre empapando la antes exquisita ropa de noche. Después extendió el brazo con los restos…

Pero no había restos. Al menos, no había cuerpo. Había sangre, sí, pero no suficiente. Nada de entrañas desparramadas, ni de carne licuada goteando en el pavimento. Las últimas notas del bramido triunfal de Marcus se agriaron en su garganta, convirtiéndose en un grito de frustración.

Delona y Delora parecieron darse cuenta de lo que había ocurrido: de alguna manera, el Setita había eludido la presa de Marcus, dejando tras él solo la ropa, como una capa de piel. Pero las ennegrecidas gemelas no tenían más idea de dónde se había

metido que el propio Marcus. Corrieron en distintas direcciones: calle arriba, calle abajo, a la vuelta de la esquina, hacia el aparcamiento… Pero estaba claro que el Setita había escapado.

—Se ha ido —dijo Delona, como si hiciese falta la explicación.

—Se ha ido —repitió Delora en un eco.

Marcus dejó caer la ropa. Tras horas de esperar y ver cómo sus órdenes eran ignoradas, el único objetivo detectado por su patrulla les había eludido. Jorge yacía convulsionándose en el suelo, y él mismo estaba medio cegado por lo que debía de ser algún tipo de veneno en aquel cuchillito. Era más de lo que podía aguantar. La visión ya enturbiada de Marcus se nubló de rojo por la rabia. Sin previo aviso, abrió sus poderosas mandíbulas y atacó a la sorprendida Delora. La atrapó por el cuello, rompiéndoselo. De hecho, su cabeza siguió unida al tronco solo por unas pocas cuerdas de tendón o músculo o lo que fuera. Privado de su justo banquete con el Setita, Marcus sorbió la vitae que había en el pequeño cuerpo de Delora, y después tiró el cadáver reseco al suelo como si fuese basura.

—Deshazte de eso —dijo a Delona, señalando a su antigua compañera—, y después vuelve a llevar a Jorge arriba. ¡Ya!

Observó que Delona se dio prisa en obedecerle aquella vez. Mientras ella cumplía sus órdenes y Marcus parpadeaba repetidamente y se frotaba los ojos, la pequeña radio en su bolsillo empezó a llamar. El aparato parecía un juguete en su mano colosal. Se afanó en apretar el botón correcto.

—Patrulla cinco —dijo.

—Estrechad el perímetro —dijo la voz, que sonaba mucho más lejana de lo que estaba en realidad—. Acercaos a cincuenta metros.

La voz no era la de Caldwell, observó Marcus, sino la de uno de sus ayudantes, el escuchimizado. Pero aquello no era inusual por sí mismo.

—Oído —dijo. Después recordó que había algo más formal que se suponía que debía decir, pero con la espera y el jaleo y la frustración, había olvidado la palabra concreta—. Procediendo —añadió, y después se metió la radio en el bolsillo—. Vamos, mierdecilla —llamó a Delona. Jorge no estaría listo para moverse todavía (si alguna vez llegaba a estarlo, ¿quién sabía lo que podía hacer el veneno Setita a un tipo pequeño como él?), así que la patrulla de Marcus consistiría solo en él mismo y Delona. Al menos Delona ya no soltaba risitas.

Martes, 22 de junio de 1999, 12:50 am
Cerca del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

Por suerte, se habían llevado el cuerpo de Caldwell. No era que Vallejo no pudiese soportar la proximidad de un cadáver mutilado —su trabajo solía estar relacionado con actos que implicaban cadáveres mutilados, con frecuencia en gran número—, pero necesitaba concentrarse en el ataque que estaba a punto de lanzar, sin que le distrajese el siniestro recordatorio de lo que había hecho la Consejera Vykos al antiguo comandante.

Eliminado aquel problema, las patrullas fueron dispuestas en un estrecho perímetro en torno al museo, y fueron colocados obstáculos de aspecto oficial en las carreteras para desanimar a los vehículos que pasasen casualmente, aunque en los días laborables el centro de Atlanta estaba virtualmente desierto a aquella hora. A Vallejo no le preocupaban unas posibles bajas civiles, pero había peligro de que la policía se interesase por los obstáculos o por el museo mismo. En un esfuerzo por evitar esa eventualidad hubo una serie de tiroteos desde coches varios kilómetros al norte. Vykos había ordenado la muerte de al menos dos docenas de mortales: suponía que un ataque de tal magnitud en una ciudad dormida mantendría ocupados a la policía y las dotaciones de emergencias durante unas horas.

Vallejo esperaba no necesitar tanto tiempo.

En silencio, dio la señal de comenzar el ataque. Un observador casual se hubiese extrañado ante la aparente falta de respuesta a la señal de Vallejo, pasando por alto la oleada de negrura que se arrastró desde las proximidades de la posición de Vallejo, extendiéndose poco a poco por la calle. Las farolas parecieron vacilar cuando su luz fue absorbida por la negrura. La sombra siguió avanzando, hasta que la calle entera estuvo envuelta en oscuridad, y las farolas no fueron más que faros remotos, a kilómetros de distancia. La luna gibosa estaba notablemente oscurecida.

Vallejo se sentía henchido de orgullo ante el hábil avance de sus legionarios. La negrura se arrastró hacia delante, envolviendo la base del museo y filtrándose después por la larga rampa y las escaleras de la entrada principal. Vallejo sabía que las demás salidas estaban también aseguradas, especialmente el aparcamiento junto al museo, donde según los informes de inteligencia al menos media docena de conductores y criados —ghouls alimentados con sangre de la Camarilla, lo más probable— esperaban a sus amos.

Como en respuesta a los pensamientos de Vallejo, una figura de pura sombra tomó forma a su lado, donde antes no había nada. Se elevó del pavimento y adoptó forma humana, aunque seguía estando hecha de oscuridad. Entonces la oscuridad cobró sustancia, con matices más identificables, y Vallejo se encontró ante el Legionario Alcaraz.

El legionario saludó cortésmente con una inclinación de cabeza.

—El aparcamiento está asegurado, señor.

—¿Ghouls? —preguntó Vallejo.

—*Sí*.

—Y las otras salidas.

—Aseguradas, señor.

—¿Todas ellas?

—*Sí*.

—Muy bien —dijo Vallejo, confiando en el juicio y la habilidad de Alcaraz—. Tome su posición.

Alcaraz asintió de nuevo. Su expresión se congeló, como si su imagen visible tuviese una antigüedad de varios segundos. Entonces se ennegreció, desde los bordes hacia dentro, convirtiéndose de nuevo en una forma de pura sombra, que a su vez se transformó en una gigantesca gota de tinta flotando en un inescrutable estanque de negrura.

Vallejo se llevó la radio a la boca:

—Comandante Bolon.

—Aquí Bolon. —La respuesta fue casi inmediata.

—Exterior asegurado —informó Vallejo—. Fase dos completa.

—Comenzando fase tres.

—Confirmado. —Vallejo volvió a prenderse la radio en el cinturón.

Ahora, allí donde mirase Vallejo, las sombras cobraban vida con lentos y metódicos movimientos. No figuras emergiendo de la misma sustancia de la sombra, como el lugarteniente del comandante, sino formas más grandes, vagamente

humanoides —algunas más que otras—, avanzando hacia el museo. Las sombras variaban de perfil, así como de número y configuración de miembros, pero todas compartían una inmensa estatura. Empequeñecían a Vallejo, que medía bastante más de metro ochenta. La impresión dada por aquel avance era casi la de que los edificios mismos se acercaban al Gran Museo.

Podría ser así, pensó Vallejo, seguro como estaba de los planes. Había servido al Cardenal Monçada el tiempo suficiente como para saber que su benefactor no prestaba apoyo —y mucho menos todo un escuadrón de legionarios— a asuntos temerarios.

Los ghouls de batalla de Bolon —en realidad de Vykos, tal y como los legionarios eran leales en última instancia a Monçada y no a Vallejo— prosiguieron su avance sin encontrar resistencia, convergiendo ante el museo envuelto en la oscuridad, momento en el que se separaron en patrullas. Una se dirigió al ascensor del aparcamiento. Otra se dispuso a forzar la entrada a través de las puertas principales. Otras empezaron a trepar por los muros del museo. Vallejo se sorprendió ante la agilidad de aquellas enormes criaturas, pero se recordó que habían sido creadas específicamente para misiones así, quizá incluso para aquella en particular. Eran obras maestras, monolíticos edificios de músculo, con una armadura de hueso endurecido bajo una gruesa capa de piel correosa. Vallejo está seguro de que toda capacidad mental sacrificada en la transformación se convertía en un firme propósito fanático.

Ojalá Caldwell hubiese tenido esa suerte, pensó.

Pero se había terminado el tiempo para observar. Había sangre que derramar. Rica sangre. Y él tendría algo para sí. Comprobó por última vez su arma y las granadas de fabricación especial colocadas en su bandolera. Después, con la facilidad nacida de su herencia Lasombra, liberó su forma física para unirse a la negrura ante él, guiando a aquella negrura hacia el museo, dejando atrás a los ghouls de batalla y hacia las víctimas que esperaban en el interior.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:04 am
Planta 4.ª del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

—Al infierno con el Elíseo. Voy a castigar tu insufrible actitud —dijo J. Benison Hodge, príncipe Malkavian de Atlanta.

Julius comprobó el reconfortante peso y equilibrio de la espada en su mano. Tenía una hoja a juego a la espalda. Aunque el museo fuese parte del Elíseo, como clamaba el príncipe, y allí se considerase anatema la violencia de cualquier clase, Julius era demasiado consciente de la errática naturaleza de Benison, y de su tendencia a la rabia y violencia incontroladas… Al demonio con las reglas, incluso con las suyas. Con aquello contaba Julius.

La galería, un jardín de estatuas y divisiones de cristal negro, recordaba a Julius un cementerio, pero con monumentos un poco más grandes y de mármol en lugar de granito. El arconte Brujah estaba preparado —ansioso, de hecho— para llevar un nuevo orden a la ciudad. Todo lo que necesitaba era que el príncipe intentase llevar adelante su reprimenda y su amenaza en público, y a la sombra de aquellas enormes puertas, que empequeñecían incluso a las mayores esculturas, Benison parecía estar a punto de darle lo que quería.

Mientras el público de Vástagos se agolpaba en sus intentos de apartarse del camino, Benison avanzó con el asesinato en los ojos, un centelleo verde cerca de su amplia barba caoba. Aquel enorme y poderoso Vástago era uno de los pocos capaces de igualar a Julius en una pelea justa. Pero Julius, con la espada ya bien aferrada en la mano, frente al príncipe desarmado, no sentía la necesidad de arriesgarse a una pelea justa.

Él me atacará, y yo le destruiré, pensó con calma.

La disputa, que se remontaba a muchos años atrás, tenía sus raíces en el sistemático mal trato del príncipe a los miembros del Clan Brujah. Cierto, ninguno de

ellos era especialmente querido o especial para Julius, pero había que mantener las apariencias y la dignidad del clan. El último año, una grave violación de la Mascarada —una filtración a la prensa de detalles sobre la Maldición de la Sangre— seguida por una revuelta de los Anarquistas de Atlanta, había proporcionado a Julius causa suficiente a ojos de sus superiores en la Camarilla para aplicar un intenso escrutinio a los actos el Príncipe, que parecían amenazar la estabilidad deseada por los poderes fácticos. Y tras el ataque de la noche anterior a helicópteros de la policía con misiles tierra-aire —una flagrante violación de la Mascarada, si alguna vez había habido una — Julius consideraba que cualquier acción tomada contra Benison sería respaldada por su maestro el Justicar Pascek.

Pero sobre todo, Julius deseaba una excusa para rebanar al loco príncipe ex-confederado. Benison parecía decidido a dársela. Julius se mantuvo firme, procurando no revelar la dirección de su primer ataque. El príncipe cargó, echando hacia atrás un puño de nudillos blancos…

Y la oscuridad cayó sobre el museo.

Los demás sentidos de Julius pasaron de inmediato a un estado de hiper-alerta, compensando la súbita pérdida de visión. Alguien cercano gritó —un instinto primigenio en cualquier multitud sumergida en la negrura y que no moría con el alma humana— pero Julius no había sobrevivido tantos siglos dejándose llevar por el pánico.

Lo notó todo a la vez: la multitud que seguía moviéndose nerviosamente, aun en la oscuridad, para alejarse del príncipe y él; Benison abortando su carga, una rara muestra de prudencia; nadie aprovechó la oscuridad para acercarse a alguno de los combatientes… así que no era un plan de la anfitriona, Victoria Ash, o de algún otro, para acercar un asesino al príncipe o el arconte. En cualquier caso, Julius dudaba que Victoria pudiese intentar algo tan descarado. Era obvio que había intentado llevarle a una confrontación con el príncipe, pero se había visto sorprendida por la disposición de Julius, su evidente intención de emprender aquel curso de acción, sin el beneficio de sus maniobras y planes más sutiles. Su *modus operandi* era más el del estilete en la espalda, mientras que Julius prefería cargar como un león.

Tras los primeros gritos, un denso silencio cayó sobre la galería. Juzgando por el inseguro arrastrar de pies, Julius sospechó que todos los presentes habían sido sorprendidos por el apagón, pero seguramente no se trataba de algo accidental…

¿Y las luces de emergencia? se preguntó. Después comprendió. Vio que había más luz de las unidades de emergencia, de que estaba oscilando…

No, la luz no se estaba moviendo. *Las sombras lo hacían*.

Dando un par de pasos rápidos, Julius pudo distinguir remolinos en las sombras, objetos formados mientras la antinatural negrura maniobraba para rodear a los Vástagos presentes. Las divisiones de cristal, negras y opacas, realzaban el efecto. Se preguntó si Victoria no tendría después de todo algo que ver con aquello. Pero entonces la oscuridad le atrapó, se cerró a su alrededor, y volvió a disipar la poca luz que había. Consciente de la calidad antinatural de aquella envolvente negrura, Julius percibió que la sombra tenía peso y sustancia, y atacó con creciente determinación. Se formaron tentáculos de oscuridad en torno a sus brazos, sus piernas y su espada. De pronto, supo a qué se enfrentaba.

—¡Lasombra! —gritó alguien.

El breve silencio se hizo pedazos cuando las luces de emergencia estallaron una tras otra. Las chispas volaron como cohetes por la galería, y cuando murieron, una verdadera oscuridad cayó para sumar su influencia a la sombra sobrenatural.

Julius golpeó los tentáculos. No podía permitirse quedar inmovilizado. Era una sensación extraña, su espada se deslizaba a través de una palpable oscuridad. Los tentáculos cortados se desvanecían en la nada, y las sombras se retiraban momentáneamente, solo para atacar de nuevo desde otros ángulos.

El caos reinaba alrededor de Julius. Las sombras avanzaban y se retiraban amenazadoras; los tentáculos lanzaban fuertes golpes que derribaban a los Vástagos. Otras hebras de oscuridad, creadas como distracción, pasaban inofensivas a través del puño o la espada alzados contra ellas. Siempre, en medio de todo, estaban las sombras arremolinadas, recorriendo la gran cámara como nubes de tormenta, de forma que un momento Julius se encontraba codo con codo junto a otros Vástagos, y al siguiente se sentía solo en la negrura.

El Brujah intentaba asegurar sus golpes. Tuvo un atisbo de Benison atacando a una sombra pero estrellando su puño contra el rostro de una pobre muchacha que se desplomó al suelo.

El príncipe también parecía estar haciendo frente al ataque Lasombra… ¿pues qué otra cosa podía ser? Ninguna otra criatura tenía tal dominio de la oscuridad. Pero aparte de mantener los tentáculos a raya, Julius no sabía qué hacer. Y no todos los Vástagos se las estaban arreglando tan bien como el príncipe. A una docena de metros, una masa de negrura se retorcía y tironeaba violentamente sobre el suelo. Apareció un brazo vestido con una elegante chaqueta que Julius había visto llevar a alguien unos minutos atrás. Ahora el brazo, y el Vástago al que estaba pegado, luchaba contra las tenaces sombras que le presionaban contra el suelo.

Los salvajes pensamientos de Julius sobre qué hacer a continuación —cómo

encontrar al Lasombra que controlaba la oscuridad, cómo detener el ataque en su origen— fueron interrumpidos por el descubrimiento de que sus problemas se habían multiplicado.

Las pocas luces de emergencia supervivientes creaban un efecto estroboscópico sobre las sombras danzantes, y había nuevas formas avanzando a través de la confusa escena.

—¡Sabbat! —gritó Julius, esperando llamar la atención de Benison o algún otro de los pocos capaces de establecer una diferencia.

El Brujah se encontró mirando *hacia arriba* a las criaturas que parecían llegar de todas partes. La más pequeña superaba con mucho los dos metros. Hombro con hombro, ocultaron la poca luz que pasaba entre las sombras. Una sobresalía entre las demás, un torbellino de apéndices con garras —seis o siete— sobre dos piernas como troncos de secoya. Julius vio ojos rojos y centelleantes de odio y hambre entre la masa de miembros, pero ningún otro signo de un rostro.

Complacido ante la idea de un oponente más tangible que las escurridizas sombras, Julius avanzó para enfrentarse a la amenaza. Su espada silbó a través del aire, y tres de los brazos de la criatura cayeron al suelo en una rociada de icor sangriento. Chilló y se tambaleó de vuelta hacia sus compañeros, que seguían avanzando. Julius se lamió los labios, probando algo de lo que había salpicado su rostro.

Sangre de ghoul. No lo bastante potente para pertenecer a un vampiro.

Sangre Tzimisce. Julius la había probado antes. Aunque no lo hubiera hecho, donde estuviesen los Lasombra, con toda seguridad habría cerca unos cuantos de sus obedientes demonios, como perros esperando las sobras bajo la mesa. Y también estaban aquellas monstruosas abominaciones uniéndose al ataque: solo una retorcida mente Tzimisce era capaz de crear algo tan horrendo.

Los ghouls de batalla más cercanos a Julius vacilaron por un momento al ver lo que había hecho a su impaciente camarada. Por toda la galería, muchos de los Vástagos de Atlanta estaban cayendo rápidamente. Benjamin, un Ventrue de segunda fila, yacía aturdido en el suelo mientras un ghoul le golpeaba hasta dejarle sin sentido con una pierna arrancada a una de las estatuas. Cerca, un Gangrel que había atacado impulsivamente y sin apoyos fue alzado del suelo por dos monstruosidades que lo partieron como un hueso de los deseos. Julius no se detuvo a mirar cuál de ellas se quedaba con la parte más grande.

Entre la carnicería y las sombras, un hecho notable se puso de relieve entre sus instintos de lucha: aquello no era una simple incursión del Sabbat, como había

supuesto al ver caer la oscuridad de los Lasombra: se trataba de la mayor acumulación de músculo Sabbat que hubiese visto en un mismo lugar. Jamás. Haría falta un milagro para que los vampiros locales pudiesen derrotar a los demonios y sus sombríos amos. Pronto. Muy pronto.

Se arriesgó a echar otra mirada en derredor cuando los ghouls volvieron a acercarse a él. El príncipe no estaba lejos. Tenía a su espalda a su esposa Eleanor, y ambos retrocedían hacia Julius, cediendo terreno ante los ghouls que avanzaban.

—¡Benison! —llamó Julius.

El príncipe, cubierto de sangre —aunque Julius no podía saber si era suya o de otros—, miró al arconte Brujah. Julius desenvainó la segunda espada que llevaba a la espalda. Los ojos del príncipe se estrecharon ante la traición, pero entonces Julius dio la vuelta al arma, tomando la hoja en su mano y ofreciendo la empuñadura al Malkavian.

Benison asintió con gravedad y tomó la espada.

Desde aquel intercambio silencioso, un silencio peculiar, una pesada gravedad que ralentizaba palabras y actos, abarcó la galería entera; la formación de tan improbable, incluso imposible sociedad entre el príncipe y el arconte mostró a todos los Vástagos presentes que Julius, en su mayor experiencia, se había sometido… que el Sabbat, aunque su tarea no estaba completa, se había alzado con la victoria. Los vampiros de la Camarilla estaban condenados.

Incluso los ghouls de batalla, autómatas creados por el Sabbat, parecieron sentir el momento, o quizá su vacilación no fuese más que una pausa táctica, un acopio de fuerzas para el último torbellino de destrucción. En todo caso, el respiro no duró más un una exhalación humana.

Los cristales se rompieron. Astillas de las divisiones negras y las ventanas exteriores del museo volaron hacia dentro, enterrándose en la tela y la carne. Julius se protegió los ojos, ignorando las demás docenas de fragmentos cortantes que se clavaron en él.

Rebotando a través de las ventanas rotas, varias esferas color carne del tamaño de un puño entraron en la galería. Olían a sangre… y con razón. Las esferas latieron una vez al unísono, después otra, y explotaron al tercer latido. Un fluido sangriento salpicó toda la sala. Los Vástagos retrocedieron sorprendidos, pero después la sangre y la excitación poseyeron los instintos más básicos de algunos. El hambre de la Bestia se alzó en su interior, y cayeron unos sobre otros.

Al mismo tiempo, los ghouls y las sombras reanudaron el ataque.

Las gigantescas monstruosidades se movían con engañosa rapidez, Julius estaba

acorralado, y solo la consciencia de que Benison seguía a su espalda —con su esposa Eleanor entre ambos— permitía al Brujah concentrarse en los atacantes que tenía enfrente y a los flancos. Su hoja encontró varios blancos. Los miembros cortados se amontonaban. Julius partió en dos el cráneo de una de las monstruosidades cuando se tambaleó hacia delante al recibir una patada en la rodilla. Su gargantuesco cadáver formó una especie de parapeto, dándole al Brujah medio metro adicional de espacio para maniobrar.

No lejos de él, a su derecha, su anfitriona Toreador Victoria Ash había caído bajo uno de los ghouls. Julius se acercó y golpeó a su atacante.

Aquella distracción estuvo a punto de costarle cara. Esquivó a duras penas una enorme garra dirigida a su cabeza, un golpe que, de haber acertado, le hubiese privado de tal parte de su anatomía. Un cortante contraataque rebanó la garra, pero había cinco o seis más dispuestas a seguir peleando. Julius embistió contra el torso de la criatura, con la esperanza de matarla de un solo golpe, pero un inesperado tirón de su pierna le hizo fallar por mucho.

La criatura, afortunadamente para Julius, tropezó hacia atrás, y el arconte se giró para cortar lo que tomaba por un tentáculo de sombra enrollado sobre su pierna. En lugar de ello, vio a Thelonius, el primogénito Brujah de la ciudad, agarrándola y trepando a lo largo de ella. Las piernas del propio Thelonius habían desaparecido, arrancadas por encima de la rodilla. Un rastro de sangre llevaba hasta una de ellas. Pero Julius estaba más preocupado por lo que veía en los ojos de su compañero de clan. Sin duda, las granadas de carne le habían hecho caer en una espiral de incontrolable sed de sangre.

Julius vaciló solo un momento, y después barrió a Thelonius con un poderoso golpe de su espada. Cabeza y cuerpo cayeron al suelo. No importaba que fuese el primogénito Brujah, el líder de la revuelta que había amenazado con derrocar a Benison, las exigencias de la batalla no siempre coincidían con las de la política. Julius no podía permitirse una amenaza adicional en aquellos momentos.

Como para justificar su rápida decisión, la criatura de las garras reinició el ataque, y Julius no falló aquella vez. Su espada dejó atrás las garras restantes y se clavó profundamente en el cuerpo del ghoul. El arconte retorció la hoja, que hizo tanto daño al salir como al entrar. La bestia retrocedió sobre su camarada caído y se derrumbó para siempre.

Pero las sombras seguían aferrando las piernas y tobillos de Julius, y los ghouls —cuyo número no parecía menguar, por muchos que cayesen— seguían atacando desde todas las direcciones. El príncipe estaba bajo una pila de las repulsivas criaturas. Su

esposa Eleanor, esgrimiendo un garrote que había tomado de un ghoul muerto, intentó ayudarle, pero el arma era demasiado grande y pesada para sus pequeñas manos: golpeó con poca precisión y menos eficacia. Un gran tentáculo de sombra aplastó a algún pobre bastardo sobre el suelo, una y otra vez, y después le arrojó por una ventana. Julius volvió a sumergirse en la lucha.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:10 am
«La danza de fuego», Atlanta, Georgia

Una explosión estremeció el piso superior de la capilla de Atlanta. Bocanadas de llamas salieron de las ventanas más altas, volando en la noche con el grito de los espíritus atormentados. En el salón principal, el sarcófago de madera de cedro que contenía los restos de Hannah ardió suavemente en la conflagración.

Unas manos tiznadas de humo, hollín y sudor de sangre agarraron la pesada caja. Ignorando el calor y el dolor, arrastraron su carga lejos del fuego.

El ruido de las vigas al romperse sonó como disparos en la silenciosa noche. Rhodes Hall, refugio del Príncipe Benison, se derrumbó de pronto bajo su propio peso, vomitando un torrente de chispas doradas hacia el cielo.

Dentro, en medio de una cascada de cristales rotos, unas garras heridas rebuscaron entre las vitrinas de exhibición. Cada pieza de la colección de incalculable valor del príncipe de rifles Enfield de la Guerra Civil pasó admirada de mano en mano en su viaje de pocas manzanas a los largo de Peachtree Street hasta el Gran Museo.

En el museo, la Danza de Fuego ya estaba fuera de control. Los celebrantes habían arrasado el centro, tomando todas las piezas de madera que pudieran ser levantadas, rotas o arrancadas.

Apilaron el fruto de su labor al pie de la curiosa escultura que dominaba la parte frontal del museo, un enorme móvil de metal obra de Calder. El calor de las llamas afectó a los paneles colgantes y brillantemente coloreados, haciendo que el móvil girase lentamente con un siniestro y penetrante chirrido de metal contra metal.

Llevados por un frenético abandono, los vampiros del Sabbat saltaron osadamente por encima, alrededor y a través de las llamas. Era un antiguo ritual para acerar los nervios. Los participantes intentaban superarse mutuamente en sus audaces alardes de osadía y agilidad. Los danzantes que caían a las llamas solo alimentaban la intensidad de la muchedumbre.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:12 am
Aparcamiento del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

Una fina línea de sombra jugaba en la grieta que rodeaba una trampilla de servicio en el muro exterior. La negrura fluyó en dirección a Bolon, aguerrido líder de los ghouls de batalla de los Tzimisce, y al llegar al suelo de hormigón tomó la forma de un hombre. Parecía una silueta de tiza hecha por la policía, salvo que el cuerpo era más que una línea: se trataba de una masa sólida de oscuridad. Mientras la sombra permanecía sobre el suelo, un reflejo de oscuridad se elevó desde sus pies, como si la sombra proyectase una sombra propia. Entonces la negrura tomó mayor sustancia, se desprendió de su capa de oscuridad y reveló a Vallejo.

—Aunque hemos sufrido muchas bajas —dijo el legionario de Monçada a Bolon —, la victoria no tardará en ser nuestra. El príncipe y el arconte Brujah siguen resistiendo, pero quedan muy pocos.

Bolon gruñó:

—Si quieres que algo se haga bien…

Pasó por encima del cadáver del ghoul de la Camarilla cuyos intestinos había estado desplegando sobre el suelo. Como muchos de los ghouls de batalla a sus órdenes, medía casi dos metros y medio. Hacía chasquidos al moverse, pues las placas de su gruesa armadura de hueso —todas desarrolladas a partir de su propio cuerpo— chocaban entre sí. Largas púas de hueso sobresalían de sus hombros, codos, nudillos y rodillas, y a lo largo de la cimera que coronaba su cabeza en forma de yelmo de hueso.

Vallejo se pellizcó el puente de la nariz mientras sus sentidos se despejaban. La transición de sombra a cuerpo implicaba a veces molestos cambios de perspectiva. La atracción de la oscuridad, la libertad sin límites de la falta de forma, por no mencionar la unión con los demás legionarios cuando se fundían en un vasto manto de sombra

—capaz, de hecho, de llegar casi a la base del museo desde lo más alto— era muy seductora. Resultaba tentador limitarse a ser una parte de aquel cuerpo común. En realidad, el poder de unir sus formas incorpóreas era uno de los mayores logros de su entrenamiento bajo Monçada, y lo adictivo de aquel estado era el medio que tenía el cardenal de garantizar su lealtad. Vallejo había perdido no pocos reclutas que no habían podido o querido reclamar su identidad una vez en aquel vínculo común. Pero los fuertes perseveraban.

—Traed esos barriles —gritó Bolon a algunos ghouls.

Los ghouls descargaron obedientemente de un camión varios bidones de gasolina, llevándolos al elevador.

Vallejo estaba todavía más impresionado por la eficacia de Vykos que por su crueldad: ninguna eventualidad había sido pasada por alto. El pequeño núcleo de resistencia escaleras arriba no tardaría en sucumbir, y la batalla habría terminado. Ya estaba ganada.

Armado con el conocimiento de lo que iba a suceder, Vallejo entregó su forma física a la oscuridad y subió de nuevo por las escaleras.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:18 am
Planta 4.ª del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

El Príncipe Benison estaba libre. Julius había terminado con dos de sus atacantes, e incluso Eleanor había distraído a otro el tiempo suficiente para que Benison pudiese levantarse, aplastar el cráneo del ghoul con un solo golpe de su poderoso puño y recuperar su espada. Los tres Vástagos habían conseguido abrirse paso luchando hasta la entrada principal de la galería, dos enormes puertas de bronce decoradas con frisos. Uno de los juegos de puertas dobles llegaba casi al techo de la galería, a unos diez metros. Junto con el otro juego, ligeramente más pequeño, dominaba la cámara, sobre todo en aquel momento, con todas las esculturas y divisiones de cristal volcadas o destruidas.

Puede que no esperen que salgamos por la puerta principal, ya que muchos de ellos entraron por aquí, pensó Julius. Veía el ascensor más como una trampa mortal que como una vía de escape, pero había otras salidas en aquella dirección. Teniéndolo todo en cuenta, quizá valiese la pena.

Benison parecía seguir instintivamente el liderazgo de Julius. No habían intercambiado una palabra, pero se cubrían mutuamente los flancos y espaldas sin error. Más de una vez, Julius había sentido la brisa de la espada del príncipe en su oreja, solo para ver a un incauto atacante caído a su lado. Y él le había devuelto el favor. Mientras tanto, Eleanor se había mantenido en el espacio entre los dos guerreros, golpeando a los ghouls cuando se ponían a su alcance y permaneciendo a salvo lo mejor que podía. No era una experta luchadora —siempre había preferido las más sutiles, pero no menos letales, manipulaciones y subterfugios de la Estirpe— pero hacía cuanto estaba a su alcance por ayudar a los combatientes, en lugar de convertirse en una carga.

El trío de Brujah, Malkavian y Ventrue estaba en la base de las escaleras, justo ante

las enormes puertas. Solo un puñado de ghouls bloqueaba su huida. Julius golpeó a uno de ellos, empezando a sentir esperanza, cuando oyó un extraño sonido, un ruido chirriante, el gemido del metal y la madera. Al principio no lo reconoció como lo que era; no hasta que las gigantescas puertas, y las falsas paredes que las sostenían, empezaron a caer sobre ellos.

Julius gritó mientras se apartaba de la caída de las losas de bronce. Aterrizó sobre un costado, rodó y se puso rápidamente en pie, contento de ver que Benison también había escapado de la trampa. No podía decirse lo mismo de varios de los ghouls: por lo que podía ver, dos de ellos yacían parcialmente aplastados bajo las puertas.

Eleanor también estaba atrapada.

La esposa del príncipe hizo una mueca de agonía, con cientos de kilos aplastando su cuerpo. Sobre ella había otros tres ghouls, el ascensor cerrándose tras ellos, que debían de haber sido los responsables de la caída de las puertas. Entre los recién llegados —el mayor de los cuales llevaba una armadura de hueso con pinchos— había tres bidones de gasolina.

Julius y Benison empezaron a acercarse a Eleanor, pero los ghouls volcaron los bidones y una feroz inundación cayó sobre las puertas, bajando por los escalones.

¡Fuego griego! pensó el Brujah… o algún equivalente moderno que fluía como la gasolina y quemaba como el plomo fundido.

Antes de que Julius o el horrorizado príncipe pudiesen responder, el líquido cayó sobre Eleanor. Su pequeño cuerpo estalló en llamas, y sus gritos se mezclaron con los de los ghouls atrapados cuyos amos habían decidido que valía la pena sacrificar a cambio de eliminar la resistencia de la Camarilla.

De nuevo, Julius solo pudo apartarse. Tuvo la presencia de ánimo de empujar a Benison fuera del camino de aquel infierno, y sus miradas se encontraron mientras se levantaban.

El arconte creía haber visto ya a lo largo de los siglos todos los horrores que podía ofrecer la guerra. Pero en los ojos del príncipe había una sima de dolor y sufrimiento, una angustia tan fresca y pura, que los escalofríos recorrieron la piel de Julius. Volvió la cabeza, incapaz de mantener aquella mirada durante más de un segundo, y cuando miró de nuevo al príncipe, el dolor había desaparecido de sus ojos verdes. Habían quedado en blanco. Benison le contemplaba con una mirada vacía, su rostro despojado de toda emoción. Aquella expresión perturbó a Julius más que el abrumador pesar de un momento antes.

Julius había visto a hombres que perdían su voluntad en la batalla, había visto cómo su furia desparecía y les abandonaba todo ánimo. Al principio pensó que estaba

viendo la misma muerte de la voluntad en Benison, y supo que él solo no podría resistir mucho.

Pero Benison volvió a sorprenderle. El príncipe alzó su espada y cargó contra el grueso de los ghouls de la galería. Antes había rugido y lanzado rabiosos gritos de batalla, pero en aquel momento ni un sonido salió de sus labios, y fue Julius quien le siguió.

El fuego líquido se había extendido por la parte frontal de la galería, quemando los cuerpos de los muertos y heridos, tanto del Sabbat como de la Camarilla, pero su impulso había terminado. Había pasado lo peor del ataque, y Julius y Benison seguían en pie. El humo se elevaba hacia el techo, aumentando la oscuridad. Sonó una alarma, un penetrante gemido electrónico que se clavó como una flecha en el cerebro de Julius, y los aspersores del techo empezaron a rociar un producto químico que se convirtió en espuma al contacto con el aire.

El ruido y la confusión ayudaron a Julius y Benison. Los ghouls tardaron en coordinar sus ataques, y cayeron uno tras otro bajo las espadas de los Vástagos. El príncipe los exterminaba en silencio: muy pocos de sus golpes dejaban de separar brazos, piernas o cabezas de sus correspondientes cuerpos. Julius se sumó a la matanza. Se hacía difícil mantener el equilibrio con toda la sangre y las entrañas que había bajo sus pies, y la espuma que se extendía por el suelo.

Lucharon de un extremo al otro de la galería, pero tras las sombras y a través del humo había siempre más ghouls. Avanzaban indiferentes a la aniquilación de tantos de sus hermanos, si acaso llegaban a reparar en ella. Y las sombras, que por sí mismas habían acabado con tantos de los Vástagos, intentaban distraer o frenar a los dos antiguos de la Camarilla. Julius sabía que era solo una cuestión de tiempo que algún ghoul hiriese a uno de ellos, y cuando uno cayese, el otro no tardaría en seguirle.

El príncipe tajaba sin misericordia a los ghouls. Era un carnicero desapasionado; su espada parecía una maza, goteando sangre y desmembrando a todo el que se ponía ante él, hasta tal punto que Julius procuraba no ponerse delante del príncipe, limitándose a proteger sus flancos y espalda. En aquel estado, podía ser que Benison no reconociese al Brujah. Simplemente destruiría todo lo que se moviese, hasta quedar libre o morir.

Se abrieron paso luchando hasta dejar atrás una de las pocas estatuas que quedaban intactas, usándola como cobertura de su flanco izquierdo durante unos pocos pasos. Era una pieza de gran tamaño, un hombre arrodillado sobre sus cuatro hijos, pero la figura superior sonreía de forma inquietante sobre la carnicería, como si viese y aprobase aquel derramamiento de sangre. De hecho, Vástagos y ghouls yacían

en torno a la base de la escultura, algunos quemados o mutilados hasta quedar irreconocibles, todos paralizados en las contorsiones de una muerte violenta. La Muerte Final, para seres que de otra forma hubiesen sido inmortales. La espuma química fluía como el agua, cubriendo sus cuerpos.

Julius intentó no hacer caso del ruido de la alarma de incendio, que torturaba sus nervios cien veces más que cualquier herida o pensamiento sobre la Muerte Final. En un gesto habitual, intentó apartarse los mechones de pelo de la cara y descubrió que habían desaparecido, quemados o consumidos por el fuego griego.

El ruido de cristales al romperse desvió su atención de los dos ghouls a los que estaba manteniendo a raya. La última división de cristal, una especie de elevado cubículo cerca del centro de la galería, cayó convirtiéndose en miles de pequeñas astillas negras. El ghoul con largas púas de hueso saliendo de su cuerpo, el mayor de los tres que habían volcado los bidones, apareció a través de la destrucción. Los demás, mostrando por primera vez una actitud distinta al deseo de matar y mutilar, le saludaron con reverencia. Se apartaron a su paso, permitiéndole avanzar libremente a través del mar de espuma, cristal, humo y pedazos de cuerpos.

Benison clavó tres cuartos de su espada en el cuello del último ghoul que había ante él. La criatura se desplomó con una majestuosa lentitud tan parecida a al del cubículo de cristal que Julius casi esperó que también se rompiese en pedazos, pero solo hizo un ruido sordo al caer. Tras el ghoul había una ondulante cortina negra, una fluida pared de sombras. Ghouls de batalla a un lado, y todo el poder de los Lasombra al otro.

El príncipe, por primera vez desde que su esposa ardiese ante sus ojos, se giró para mirar a Julius. Aunque su expresión ya no estaba vacía, sus ojos seguían vidriosos, y tan inyectados en sangre que parecían a punto de estallar.

—Ven, arconte —dijo, en un tono más respetuoso que el que había usado siempre con él—. Debemos retirarnos a los bosques.

El príncipe se dio la vuelta y entró en la sombra, desapareciendo de la vista.

¿Los *bosques*? Sin comprender, Julius miró la ruta que había seguido el príncipe. ¿Había perdido Benison el sentido por completo? Siempre cabía la posibilidad con un Malkavian. *Los bosques*. Y después el príncipe había desaparecido en la oscuridad de los Lasombra.

Julius estaba perplejo por las palabras y actos de Benison. Ni tampoco se sentía muy entusiasmado ante la perspectiva de correr a la negrura que había estado intentando aprisionarle aquella noche… pero los ghouls volvían a acercarse, azuzados por su líder de las púas, que a Julius le parecía algo más que un ghoul, quizá un

Tzimisce. El arconte sabía muy bien que su mejor posibilidad (si es que tenía *alguna*) era permanecer junto a Benison.

Así que Julius volvió la espalda a los ghouls y se adentró en la sombra, que le atrapó de inmediato.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:21 am
Exterior del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

Marcus estudió sin muchas ganas la forma inerte del vampiro que había salido por a ventana del cuarto piso y aterrizado sobre el asfalto con un fuerte ruido hacía diez o quince minutos. Podía sentir la vitae que manaba del cuerpo destrozado. Sería fácil levantarlo —parecía un vampiro particularmente enclenque— y beber el resto de su sangre. Pero Marcus no estaba de humor.

Había una batalla en curso tras aquellas paredes. Oír el ruido de los cristales rotos, ver el cuerpo volando por el aire y después llegar a un final tan abrupto y aplastante, había enardecido su sangre. Hubiese sido el primero en seguir la orden de unirse al ataque, de romper huesos, de desgarrar carne… la orden que no había llegado.

En lugar de ello, él y Delona permanecieron en la calle como dos jodidos perros guardianes. Ni siquiera había mortales a los que ahuyentar o matar. Los obstáculos en las carreteras habían funcionado demasiado bien.

—¡Aparta de ahí! —gruñó a Delona.

Ya le había ordenado antes no acercarse al cuerpo. No era que hubiese ninguna razón para que *ella* no disfrutase de aquella vitae… solo que a Marcus no le apetecía beberla, y por tanto tampoco le apetecía observar cómo ella la bebía. Además, estaba empezando a gustarle aquello de mandar, y la forma en que ella daba un respingo ante todo lo que decía, como si temiese que le hiciera lo mismo que a Delora.

Pero a pesar de aquellos pequeños placeres, estaba harto de esperar en la calle.

—Vamos —ordenó.

Había muchas patrullas en torno al museo. Una más no molestaría. Además, Marcus sospechaba que habría mucha vitae dentro. Y, si tenía suerte, quizá alguien a quien matar.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:29 am
Planta 4.ª del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

¡Maldito Benison y todo su clan!

El tenebroso manto de sombras frustraba todos los intentos de moverse de Julius. Igualmente hubiese podido estar intentando levantar el peso de todo un océano. Invocó el poder de su sangre, pero ya había gastado gran parte de sus fuerzas en sobrevivir hasta entonces. De todas formas, la sombra se tensaba a su alrededor mientras se debatía; se colaba por su boca, cosquilleaba el fondo de su garganta, le mantenía suspendido como una mosca en ámbar. Quizá pudiese convertirse en un fósil para adornar los salones del museo… aunque lo más probable sería que se convirtiese en una pila de cenizas al llegar la mañana.

¡Todo es culpa de Benison! Julius intentó usar la cólera para dar energía a su cuerpo donde no bastaba con la sangre. *¡Organizó todo esto solo para acabar conmigo! ¡Ha sacrificado a su mujer y a su ciudad solo para eso!*

La idea era absurda. Julius lo sabía en el fondo de su mente, pero atrapado como estaba por la sombra, con los ghouls de batalla Tzimisce sobre su pista, se aferraba a cualquier convicción capaz de engendrad suficiente rabia en su interior como para sobreponerse a su fatiga. Su profundamente arraigada desconfianza hacia el gobernante Malkavian de Atlanta, al que hasta poco tiempo atrás había planeado eliminar personalmente y que le había gritado amenazas de muerte, le proporcionaba un blanco fácil… y Julius sintió que la ira empezaba a crecer.

Pero la sombra le mantuvo firmemente inmovilizado.

Sintió una mano sobre su hombro, rodeándole el cuello. Los ghouls estaban sobre él, tirando de su cabeza, pero la sombra no quería renunciar a su presa. La enorme fuerza amenazaba con arrancarle la cabeza de los hombros. Julius añadió su propia fuerza a la de las manos que tiraban de él —al menos, libre de la sombra podría morir

luchando—, y por fin fue capaz de moverse.

Julius aferró su espada con más fuerza. No podía permitirse dejarla en la pared de sombras. Sus captores, si eran listos —y tratándose de aquellos ghouls era un sí muy considerable— sacarían solo su cabeza de la sombra y después dejarían de tirar. Si conseguía liberar también su brazo de la espada, tendría una posibilidad, aunque pequeña.

La oscuridad onduló por un breve momento, y entonces su cara quedó libre de las sombras, su cabeza en la férrea presa de…

—¡Benison!

El príncipe estaba liberándole a tirones, centímetro a centímetro, a pesar de la codiciosa determinación de la sombra. De alguna manera, el Malkavian había conseguido salir por sí mismo. Ahora Julius también estaba fuera, y en el lado opuesto al de los ghouls… pero solo por un momento.

Apenas libre el Brujah, la oscuridad se dividió y los ghouls cargaron contra ellos.

El primer golpe de la espada de Julius cortó la mano y la cara de uno de ellos. El siguiente destripó a otro.

—¡Arconte, no hay tiempo que perder! —gritó Benison a su espalda.

Julius se giró para ver al príncipe escurriéndose por una salida de emergencia. Y por primera vez desde que las grandes puertas de bronce cayesen sobre ellos y el fuego griego se derramase por los escalones —minutos que parecían horas—, el arconte sintió un destello de esperanza.

Hirió al ghoul más cercano y después huyó a la carrera hacia la puerta, pasando junto a una estatua dañada, una grotesca imagen del asesinado Abel a la que le faltaba un brazo. Julius abrió la salida de emergencia, atrancándola tras pasar por ella, y fue recibido por un mundo de locura.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:32 am
Planta 4.ª del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

Marcus abrió solo un poco la puerta de la galería y miró por el hueco. Conservaba la esperanza de matar a alguien, pero se había pensado mejor lo de entrar sin una orden. Corrió por la rampa circular que rodeaba el vestíbulo principal del museo… o más bien dio un salto que le hizo pasar los dos primeros pisos y medio, corriendo después el resto del camino.

—¿Qué ves? —incordió Delona a su espalda.

Marcus le dio un revés con más fuerza de la que pretendía, y su compañera voló hacia atrás por encima de la barandilla, cayendo por el hueco hasta el suelo del vestíbulo, cuatro pisos más abajo.

—Oh, oh.

Pero Marcus no podía ser molestado en aquel momento. Además, Delona era una zorrilla bastante dura: se recuperaría. Con el tiempo.

Marcus abrió la puerta. Por lo que podía decir, toda la actividad parecía estar al otro lado de la galería. Un espeso humo flotaba en la gran sala, y había una capa de al menos treinta centímetros de espuma en el suelo, como si hubiese tenido lugar una gran batalla de espuma de afeitar. Una alarma de incendios se sumaba a la confusión. Bolon estaba en el extremo opuesto de la galería, con quizá una docena de sus ghouls.

¿Dónde están todos los demás? se preguntó Marcus. No había visto otros signos de lucha en su camino, y antes había habido al menos cuatro veces más ghouls. Olvidó su reluctancia a desobedecer órdenes —con Delona fuera de su vista y de su mente— y se acercó a Bolon. El comandante era un Tzimisce como él, y uno de los pocos *de cualquier especie* de su mismo tamaño. A cada paso, los anchos y planos pies de Marcus se hundían en la espuma y aplastaban lo que hubiese debajo: cristal, mármol, huesos…

Al llegar junto a Bolon empezó a sentirse confuso. El viento estaba soplando —*parecía* estar soplando—, pero no podía sentirlo. Un segundo después se dio cuenta de que era solo un truco de la luz. Las sombras se movían y arremolinaban violentamente, y casi se parecía a la luz diurna pasando entre las hojas en un día de viento. Marcus miró a su alrededor, pero no había árboles allí dentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Bolon.

Marcus miró al comandante, pero seguía confundido por el enigma de la luz y la ausencia de viento. Varios de los ghouls estaban golpeando una gran puerta de metal. Habían arrancado la barra de emergencia, pero la puerta seguía sin abrirse.

Antes de que Marcus pudiera pensar una respuesta, una extraña sombra oscura se puso entre él y el comandante. Un segundo o dos después, la sombra era un hombre, un vampiro de tez bronceada, pelo negro y uniforme de color oscuro. Marcus reconoció el emblema de los legionarios de Monçada sobre el bolsillo del pecho.

—¿Cómo haces eso? —preguntó, no acostumbrado a ver a la gente materializándose de la nada.

—Comandante Vallejo —dijo Bolon, ignorando a Marcus por el momento, lo que a su subordinado le pareció perfecto.

El vampiro más bajo y moreno parecía cansado. Las sombras de las que había surgido parecían reacias a dejarle ir: formaban profundos estanques en los considerables huecos de sus mejillas y bajo sus ojos.

—No podemos atravesar la puerta —dijo Vallejo en tono frustrado—. Nunca me he encontrado con nada como esto… una especie de sello que no puedo explicar.

Bolon asintió gravemente.

Marcus no estaba seguro de qué hablaban, pero la mención de un sello le hizo pensar en el viaje que había hecho de pequeño a *Sea World*, y en las focas[3] que se pasaban pelotas sin fallar ni una vez. Había sido divertido, pero no podía recordarlo bien con todos aquellos golpes en la puerta. Los ghouls de batalla eran así: no tenían mucho seso.

—Huh —gruñó al apartar a los ghouls a un lado. Hizo presión con todas sus fuerzas, pero la puerta no se movió—. Está bastante dura. —Retrocedió tres pasos y se lanzó contra ella, usando todas las fuerzas de sus enormes piernas y su considerable masa que pudo reunir.

La puerta cedió, casi doblándose por la mitad en torno a la cabeza y los hombros de Marcus. El Tzimisce tropezó en su avance y cayó al suelo, completamente desprevenido para lo que le esperaba.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:36 am
Planta 4.ª del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

Julius ignoró los golpes en la puerta a su espalda. Al infierno con los ghouls de atrás, no podía entender lo que tenía *delante*. Cada pocos segundos, veía lo que sabía que tenía que estar viendo —escaleras metálicas hacia arriba y hacia abajo—, pero la mayor parte del tiempo que pasó con la espalda contra la puerta, la escena ante él fue la de un empinado sendero de montaña… *no* el interior de un museo en el centro de Atlanta.

Incluso los sonidos nocturnos y los olores de la montaña eran correctos. Y allí estaba Benison, bajando por el camino… *¡Las escaleras, maldición!*

—Por aquí, arconte —le apremió el príncipe. Sus ojos esmeralda ardían de entusiasmo, y en lugar del traje que había llevado hasta entonces, lucía un uniforme confederado—. Alertaremos a la compañía. ¡Sherman nunca tomará *Kennesaw*!

La súbita convicción en su voz fue tan intrigante para Julius como todo lo demás. El príncipe parecía haberse recuperado de la muerte de su esposa, o quizá se hubiese hundido más profundamente en la locura. Pero aquello no explicaba todo lo demás: un sendero de montaña, árboles y espacio abierto donde debería haber un local cerrado o al menos un paisaje urbano.

Los golpes en la puerta tranquilizaron a Julius. Sabía que había ghouls del Sabbat al otro lado… no era una situación que le gustase, pero al menos tenía sentido. La puerta no debía aguantar tanto: aun con Julius manteniéndola cerrada, el Sabbat ya hubiese tenido que abrirse paso. Era como si la locura que había arraigado allí estuviese decidida a mantener la puerta cerrada.

Julius no se sintió mejor cuando volvió a imponerse la cordura y la puerta cedió rompiéndose sobre él: le derribó y estuvo a punto de hacerle caer por el camino-escalera. Un experimentado guerrero, Julius consiguió no soltar la espada mientras

evitaba la caída.

La criatura que había derribado la puerta e irrumpido en el rellano-bosque era demasiado poderosa para tratarse de un ghoul. Como ellos, era un verdadero gigante, una apisonadora andante, pero a primera vista parecía más controlado y menos trastornado cuando se puso en pie.

Al parecer, el paisaje de montaña también le había cogido por sorpresa, pues miró los árboles, las rocas y el claro cielo nocturno obviamente confundido. Julius aprovechó su distracción y golpeó con la espada. Rajó el estómago del coloso, cuyas humeantes entrañas se desparramaron sobre la tierra. La criatura cayó de rodillas, pero Julius no vio nada más: se dio la vuelta, corriendo tras los pasos del Príncipe Benison.

Julius comprendió que la nueva e inexplicable realidad, aquella alternancia entre escaleras y sendero, estaba libre de las malditas sombras del Sabbat. Había estado claro desde el momento en que cerró la puerta de emergencia tras él, pero era otro fenómeno para el que no encontraba explicación. Ninguna simple puerta hubiese podido contener aquella marea de negrura, y no había ni la menor posibilidad de que los Lasombra hubiesen renunciado a la persecución. No, algo más estaba actuando allí.

Julius siguió bajando y tras un recodo del camino se encontró cara a cara con Benison, que estaba esperándole. Los ojos del Malkavian seguían ardiendo con inquietante alegría.

—¡Ahora les tenemos, arconte! ¡Por aquí!

Benison se giró hacia la escarpada ladera, donde Julius pudo ver una vieja puerta de metal. La puerta estaba encajada en un marco de madera, y una oxidada cadena con candado la mantenía cerrada. Benison lo arrancó todo de golpe y lo echó a un lado, después cogió a Julius del brazo. Pasaron de la montaña a un calvero en el bosque.

El Brujah miró a su alrededor, pero la montaña había desaparecido. Hubiese entendido una cueva, al menos hubiese sido coherente con toda aquella locura. Pero pasar abruptamente de un sinuoso sendero de montaña a un claro en terreno llano era… insondable.

—Por los dioses, ¿qué es esto?

—Bueno, arconte Julius —contestó Benison, casi juguetonamente—. Es el 37.° de Georgia, un regimiento de los muchachos de Hood.

Y para el asombro de Julius, las palabras demostraron ser ciertas, pues una doble fila de andrajosos soldados confederados se estaba disponiendo en orden de batalla a lo largo del extremo opuesto del claro. Quizá fueran doscientos hombres armados con mosquetes y listos para hacer fuego, la primera fila de rodillas y la segunda de pie.

—Por aquí, arconte —dijo Benison, tirando de nuevo del brazo de Julius—. Busquemos una posición más segura.

—No puede ser —musitó Julius mientras se dejaba apartar de la línea de fuego.

—Esperemos que el general Sherman comparta tu opinión dentro de poco. Nunca dejaremos que nos arrebaten la montaña de Kennesaw —repitió Benison.

—Pero la montaña ha desaparecido… —objetó Julius, aunque no podía formar un argumento razonable, teniendo en cuenta que la montaña nunca había estado allí en primer lugar.

Los ghouls del Sabbat que habían aparecido en el borde del oportuno claro compartieron la confusión de Julius. Su anterior tenacidad había dejado paso a la aprensión ante el entorno, cuyo elemento más peligroso —las tropas confederadas— acababa de abrir fuego.

El rugido de aquella descarga simultánea fue ensordecedor. Los proyectiles de plomo atravesaron a los ghouls, arrancando miembros y destrozando huesos. Julius no podía creer lo que estaba viendo.

Pero antes de que pudiese volver a afirmar la imposibilidad de la escena, otro rugido llenó sus oídos. La escalera de metal se había materializado de alguna forma al extremo del claro, y una retorcida oleada de negrura se estaba extendiendo desde ella sobre el campo de batalla. Aquel paisaje de locura no había podido seguir manteniendo a raya a los Lasombra.

La oscuridad cubrió los mutilados cuerpos de los ghouls y siguió avanzando hacia los soldados. Una segunda descarga del 37.° de Georgia no tuvo efecto sobre ella, y cayó sobre los indefensos soldados como un alud, ahogando sus gritos de muerte. Entonces la negrura se elevó hasta una terrible altura, solo para caer sobre Benison.

El príncipe Malkavian desapareció bajo la marea de oscuridad, y al mismo tiempo el paisaje hizo una ondulación, como el aire caliente que distorsiona la visión un día de verano. Pero fue el paisaje lo que se encogió y formó después su propia ola de color y sonido y movimiento. Aquella ola de pura fuerza, el torbellino de la demencia encarnada de Benison, se estrelló contra la oscuridad. La sombra se hizo pedazos, huyendo como un millar de víboras negras que se dispersasen en todas las direcciones.

Pero la ola no había agotado su fuerza. Se volvió sobre sí misma, formando un enloquecido torbellino en torno a la forma inerte de Benison. Árboles, hierba, rocas, cielo… todo pasó ante los ojos de Julius, y el príncipe en el centro. El torbellino describía unos círculos cada vez más cerrados, comprimiendo su furia en una zona que encogía poco a poco.

Al fin su vector se desplazó y el torbellino fue hacia abajo, con el rugido de un tren a toda velocidad, hundiéndose en la tierra hasta desaparecer. Solo quedaba un oscuro agujero. La montaña, el claro, los soldados, Benison… todo había desaparecido.

Julius se quedó atónito ante lo que había visto. La locura del príncipe se había impuesto a la realidad, se había llevado a los ghouls del Sabbat… pero en última instancia se había llevado también a Benison.

El Brujah pasó un rato contemplando el agujero. Poco a poco comprendió lo que era: el hueco de un ascensor, y se encontraba junto al borde.

Se giró rápidamente, todavía aturdido y confuso por los bruscos cambios de perspectiva, por lo que solo podía percibir como el desbordamiento de la locura Malkavian. De nuevo le costó un tiempo reconocer la realidad a la que se enfrentaba: el coloso de dos metros y medio, conteniéndose las tripas con una mano y una clara mirada de preocupación en su ancha cara. La mano que no cubría la herida abierta en su estómago estaba cerrada en un gran puño carnoso que se estrelló contra la cara de Julius.

El golpe le rompió la mandíbula y le impulsó hacia atrás, haciéndole caer unos diez o doce metros por el hueco del ascensor. Julius había sufrido caídas mayores sin graves consecuencias, pero golpeó mal el techo abierto del propio ascensor, rompiéndose el hombro que soportó la mayor parte del impacto. Las astillas de hueso atravesaron músculos y piel.

Pero Julius tuvo muy poco tiempo para preocuparse por aquello. La tenue luz que entraba por el hueco del ascensor desapareció de pronto. El arconte sospechó al principio de los Lasombra, pero entonces el gigante cayó sobre él con todas sus fuerzas, rompiéndole la columna, y todo fue oscuridad.

Martes, 22 de junio de 1999, 1:51 am
Planta 4.ª del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

La espuma ignífuga se había agotado, mezclada con remolinos de sangre en hediondos charcos, como el aceite y el agua. Bolon estaba de pie en medio de la carnicería, relativamente indemne. Aquello era más de lo que podía decir de sus ghouls de batalla: no quedaba ninguno de los cincuenta que había enviado.

¡Ni siquiera uno! pensó, más incrédulo cuantas más vueltas le daba.

No era que no pudiesen ser reemplazados. En una semana o dos, Vykos y el Sastre podían producir el doble, pero Bolon no había esperado perder más de la mitad de su batallón. Ni siquiera estaba seguro de qué le había pasado exactamente a la última docena. Vallejo y nueve de sus legionarios habían reasumido su forma física, pero no estaban en el mejor de los estados. Sentían mareos y vomitaban sangre… lo que fuera que hubiese ocurrido les había dejado así, incluso en su forma de sombras, y no parecían capaces de reconstruir cómo habían perdido a tres de sus camaradas.

Pero aunque el Príncipe de Atlanta hubiese desaparecido, se consoló Bolon, el poder del Malkavian había caído y el arconte Brujah era su prisionero… gracias a Marcus el enorme Tzimisce que había aparecido fortuitamente en la galería. Había contado una confusa historia de árboles en el edificio, y soldados, y ciclones, pero a pesar de los desvaríos de su confusa mente, aquel idiota había derrotado al arconte Brujah —nada menos— y sacado su maltrecho cuerpo de un hueco de ascensor.

—¿Y dónde está el cuerpo del príncipe? —le preguntó Bolon por quinta vez.

Marcus se rascó la cabeza.

—Desapareció.

—Se lo llevó el ciclón. —Bolon repitió lo que sabía que le diría de nuevo el otro gigante.

—Mm-hm —asintió Marcus vigorosamente, contento de que alguien aceptase su

historia. Señaló el cuerpo retorcido a sus pies, el Brujah que le había rajado—. Solo quedó él. —Seguía doliéndole el estómago, pero la herida se había curado lo bastante para mantener dentro las entrañas.

—Ya veo —contestó Bolon. Vio que no tenía sentido seguir interrogando a Marcus. Aquel bruto había prestado un valioso servicio derrotando al arconte: esperar más de él a aquellas alturas sería ignorar sus obvias limitaciones—. Marcus —dijo pasando a otros asuntos—, ¿conoces al comandante Gregorio?

—¿Ese tipo tan blanco?

Bolon no creía haber oído nunca aquella descripción de un albino, pero las palabras de Marcus eran inequívocas.

—Ve en su busca. Dile que te he ordenado unirte a sus fuerzas. Estoy seguro de que encontrará muchas formas de usar tus especiales habilidades.

Marcus se dio la vuelta, reconociendo más o menos el cumplido que se le había hecho.

—Me llevaré a Delona —dijo mientras cruzaba la galería.

Otros dos asuntos requerían la inmediata atención de Bolon.

—Comandante Vallejo.

El exhausto español se levantó de uno de los grandes fragmentos de estatua donde descansaba junto a sus legionarios.

—¿Pueden ocuparse sus hombres del incendio que hace falta aquí? —preguntó Bolon. No se sorprendió ante la respuesta afirmativa de Vallejo. Para ser un Lasombra, aquel joven comandante le parecía bastante eficaz.

Por último, Bolon se arrodilló sobre el maltrecho cuerpo que Marcus había dejado allí obedientemente.

—Bien, Arconte Brujah Julius, esto te deja solo a ti.

Vykos sabía que aquel dignatario —si podía llamarse así a un Brujah— estaría presente, y Bolon había estado esperando su encuentro.

El cuerpo del arconte estaba totalmente destrozado, aplastado en algunas partes y torcido en ángulos imposibles en las demás. Bolon pudo contar fácilmente cuatro fracturas de columna tras un rápido examen. La boca del Brujah estaba abierta, tanto como podía estarlo con la mandíbula desencajada y desfigurada. Tenía los ojos cerrados. Quizá hubiese quedado inconsciente —*afortunado bastardo*— pero la Muerte Final no le había reclamado aún. Por graves que fuesen los daños, se trataba de heridas que la sangre podía curar, aunque Bolon no imaginaba cuánta haría falta. Y sin cirugía masiva para alinear correctamente los huesos rotos y astillados, la curación provocaría seguramente tantos problemas como pudiese resolver. Los huesos se

soldarían de nuevo, pero podía hacerlo en ángulos peculiares. Julius podría curarse, y su cuerpo estaría completo, pero muy lejos de lo funcional. El poderoso guerrero, tras siglos de proezas legendarias, pasaría la eternidad como un tullido enfermo y retorcido.

Aquello encantó a Bolon. Qué satisfactorio sería ver al antes mortífero arconte pedir ayuda hasta para sentarse o ponerse de pie o atarse un zapato. O también podía enviárselo a Monçada, o mejor aún, a un benefactor Tzimisce que agradeciera la ocasión de realizar experimentos con alguien de la altura de Julius… de su *antigua* altura.

Pero había una consideración más importante que aquellas gratificantes alternativas. *Vitae*. La oportunidad de hacerse con la sangre de un antiguo, un vampiro más viejo que el propio Bolon, no surgía a menudo. Con la edad llegaba el vigor, y con el vigor, el poder. Y la fama. La noticia de tal diablerie, la sangría de un notable arconte de la Camarilla, se extendería inevitablemente como un incendio. Para amigos y enemigos, Bolon sería conocido desde aquella noche como el destructor de Julius, arconte del clan Brujah.

Aquello resolvió la cuestión.

Bolon alzó el cuerpo del suelo.

—Ojalá estuvieses despierto —dijo a Julius, y hundió los colmillos en la fría carne, bebiendo ansiosamente hasta que la última gota de vitae fue suya.

Martes, 22 de junio de 1999, 2:03 am
Planta 4.ª del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

Vykos estaba sola en el mismo centro de la carnicería que había sido el interior del Gran Museo. A su alrededor, todo era una desolación de estatuas destrozadas, cristal roto, charcos de sangre y cuajarones y espuma ignífuga.

Se sentía como en casa.

Suspirando satisfecha, contempló la magnitud de la destrucción. *Impresionante*. El cuarto piso había sido arrasado por entero. El complejo laberinto de divisiones de cristal estaba aplastado, y las paredes interiores habían quedado reducidas a escombros. Las grandes puertas de la entrada estaban caídas, pisoteadas y quemadas por el fuego griego.

Su mirada viajó sin encontrar obstáculos por toda la cámara. No quedaba nada en pie por encima de la altura de sus rodillas, salvo un par de estatuas olvidadas y la misma Vykos. Un observador casual también la habría tomado por una estatua que, sorprendentemente, hubiese escapado del destino de las demás.

Aquella noche, Vykos tenía un parecido más que ligero con un *objet d'art*. Su porte era estatuario; sus rasgos, fríos como el mármol, estaban cincelados sin el menor indicio de piedad o remordimiento. Su estructura facial pareció cambiar inquietantemente con un sonido similar al del hielo al partirse. Contempló su obra reflejada en un fragmento de cristal a sus pies. *Excelente*. Aplastando el espejo con el pie como si fuese una colilla, se acercó decididamente al ascensor.

A todos los efectos prácticos, la lucha había terminado. Quedaban algunos puntos dispersos de resistencia en la ciudad que estaban siendo eliminados en aquellos instantes. El grupo selecto de guerreros que ella había visto que se distinguían en la lucha había emprendido la laboriosa tarea de llevar a los cautivos supervivientes para que los inspeccionase.

Mis cuervos carroñeros, pensó. Sí, las cosas estaban marchando bien.

A través de las altas ventanas rotas, Vykos pudo ver la luz vacilante de las docenas de hogueras que ardían en los bidones de gasolina alrededor del edificio. Los bramidos de los Danzantes del Fuego, sus llamadas de desafío, sus gritos de triunfo, eran música para sus oídos, la inconfundible señal de que Atlanta había pasado a las amorosas manos del Sabbat.

Pero Vykos no podía recrearse en la victoria de aquella noche. Seguía habiendo mucho en juego. Agarró a un legionario que pasaba.

—Tráeme a Vallejo, Bolon y Caldwell. Enseguida.

El soldado hizo un seco gesto de saludo y se apresuró a cumplir la orden.

—Soldado —le llamó de nuevo—. Olvida a Caldwell. Tráeme a ese escurridizo lacayo suyo, ya sabes quién es. Y date prisa, no vamos a pasarnos la noche aquí debatiendo el asunto. Muévete. —Se giró sin esperar un segundo saludo—. Este lugar está demasiado tranquilo —dijo para sí—. ¿Dónde están mis ghouls de batalla? Tiene que haber *algo* que destrozar en alguna parte.

El suave pero inconfundible sonido de unos gimoteos distrajo a Vykos. La Tzimisce se acercó instintivamente al ruido, no del todo movida por la simpatía.

—¡Luz! —reclamó mientras se abría paso entre los escombros. Su visión nocturna era comprensiblemente aguda, pero sus ojos estaban deslumbrados por las imágenes de gran sufrimiento que permanecían en el aire como fantasmas. En algunos lugares, los flotantes halos de dolor estaban tan apiñados que Vykos no podía ver dónde pisaba a causa del resplandor.

Alguien le acercó obedientemente una antorcha improvisada, que en realidad se parecía más a un candelabro. Una llama ardía sobre cada uno de los cuatro dedos que quedaban en la mano desmembrada, emitiendo un grasiento y hediondo humo negro.

El joven e intrépido lugarteniente sostuvo su luz ante él.

—¿Puedo escoltarte, mi Señora?

—No si piensas pasearte con esa cosa, soldado. Supongo que el sistema antiincendios no tardará en liberar su furia sobre ti. Mientras tanto, encuéntrame una linterna. Puedes retirarte.

Mientras el soldado se apresuraba a extinguir las llamas, Vykos siguió avanzando. Escogiendo su camino por encima de las puertas caídas, descubrió el origen de los sollozos en el vestíbulo.

El Sastrecillo de Praga estaba arrodillado en medio de un montón de cuerpos caídos y desgarrados. Acunaba entre sus brazos a una de sus espantosas creaciones, una monstruosa aberración fácilmente tres veces más grande que él. Con los ojos

firmemente cerrados, el Sastrecillo la mecía despacio de un lado a otro, entre suaves sollozos.

—Nunca encontrarán todos los pedazos… nunca encontrarán todos los pedazos… nunca…

Vykos retrocedió antes de que el sastrecillo la viera. No tenía ningún deseo de importunar al viejo en su dolor. Deshizo sus pasos calladamente hacia la galería.

Condenación, había habido demasiadas bajas allí. Y muchas de sus propias tropas no aparecían. ¿Dónde estaba el resto de aquellos ghouls de guerra?

—¡Bolon! —Su bramido resonó de un lado a otro del devastado piso superior del museo.

Pero fue Vallejo quien apareció ante ella, alzándose de pronto desde la propia sombra de la Tzimisce. Vykos dio un rápido paso defensivo hacia atrás pero, por supuesto, la forma que se estaba materializando se movió con ella. Era una sensación inquietante.

Ladró una orden para ocultar su incomodidad:

—¡Informa! ¿Qué demonios está pasando aquí, comandante? Quiero que Bolon se presente *ahora*, o que me traigan su cabeza en una lanza. Quiero saber dónde demonios se han metido todos mis ghouls de guerra. Quiero al príncipe Malkavian y al arconte Brujah aquí en pedazos o encadenados. Y no me moveré hasta que lo consiga. ¿Entendido?

Vallejo soportó la tormenta pacientemente. Su cara estaba marcada por la fatiga, y su forma entera parecía agitarse como si un viento fuerte pudiese hacerla jirones. Vykos no estaba segura de qué le mantenía en pie.

El Lasombra parecía resistirse a mirarle a los ojos.

—Mi señora —respondió Vallejo—. Creo que el comandante Bolon está… coordinando las actividades. Cerca del ascensor de servicio. Si quieres seguirme…

Vykos empezó a contestar que sabía condenadamente bien dónde estaba el ascensor de servicio, pero se detuvo. Vallejo estaba al límite de sus fuerzas, aquello estaba claro. E iba a necesitarle mucho más aquella noche.

Un exultante Bolon se pavoneó orgullosa y decididamente hacia ellos. La destrozada forma del arconte Brujah colgaba de su puño, con las piernas rotas arrastrándose por el suelo. Aquella carga ni siquiera parecía frenar el paso del enorme comandante Tzimisce.

—Dama Vykos. —Bolon cayó sobre una rodilla, depositando su macabro trofeo ante ella.

—¿Dónde está Benison, comandante? ¿Y dónde están tus tropas?

Bolon se agitó incómodamente y no levantó la mirada. Era dolorosamente consciente de que su vulnerable nuca permanecía expuesta entre las placas de hueso de su armadura.

—Mi señora, tengo el ingrato deber de informarte de que el resto del batallón se ha perdido en la destrucción del Malkavian.

—¿El batallón entero? ¿Perdido? ¡Maldita sea, comandante, *necesito* esas tropas!

Bolon se tensó anticipando el *coup de grace*, pero no llegó. Levantó despacio la cabeza y se encontró con los ojos de Vykos. Se forzó a sobreponerse a su reacción inicial frente a su terrible expresión.

—Reconstruiremos la compañía, mi señora. Me ocuparé personalmente de ello. Estaremos en perfecta forma para el combate dentro de un mes.

—No tienes un mes —contestó fríamente Vykos.

—Pero la ciudad es nuestra, mi señora. Cierto, quedarán algunos Anarquistas a los que dar caza o convertir. Y seguramente habrá brujos supervivientes del ataque a la capilla. Pero es mejor dejar esas tareas a los recursos de Cainitas completos.

Vallejo se apresuró a intervenir en defensa de su colega:

—Sí, es como dice el comandante. Los ghouls de guerra serán necesarios para la defensa de la ciudad, pero no hay razones para temer un contraataque tan pronto, Consejera Vykos. La Camarilla fue cogida absolutamente por sorpresa. Le llevará tiempo organizar su resistencia. E incluso entonces…

—Incluso entonces —terció Bolon recogiendo el hilo de la conversación—, carecerá de una base apropiada donde reunir fuerzas para la contra-ofensiva. ¿Charleston? ¿Greenville, quizá? ¿Memphis?

—¡Savannah! —Vallejo se golpeó la palma con el puño, volviéndose apresuradamente hacia Vykos—. Mi señora, pasarán por…

—Ya me he ocupado de ello, comandante. Recibí la confirmación hace solo un rato, mientras nuestras fuerzas tomaban el control del puerto. Exactamente de acuerdo con el horario —agregó significativamente.

Su anuncio dejó a ambos comandantes sin saber qué decir.

—Ya lo veis, caballeros. Os dije que este choque no iba a ser un simple Asedio de Sangre… ni un mero asalto de una noche. Esto es la guerra, señores. Bienvenidos a la Danza de Fuego.

Vykos dejó a sus comandantes allí, sumidos en un confuso silencio. Pero después de dar tres pasos rápidos, volvió atrás.

—Comandante Bolon, dispones de una semana para reconstruir tu compañía. ¿Entendido? Una semana. Tienes un compromiso urgente que no me gustaría que

descuidases. No me defraudes. Comandante Vallejo, ven conmigo.

—Sí, mi señora. —Vallejo giró sobre sus talones y se puso en marcha, tan imperturbable como la sombra de Vykos.

Martes, 22 de junio de 1999, 3:15 am
Aparcamiento del gran museo de arte, Atlanta, Georgia

Vykos se demoró poco en su inspección de los prisioneros, llevándose una mano a la boca con expresión de deleite. Los caídos habían sido dispuestos en filas pulcramente ordenadas, siguiendo el esquema organizativo más obvio: la red de líneas blancas pintadas que delimitaban las plazas de aparcamiento. La mayor parte de los Cainitas allí reunidos no saldría de aquel último lugar de descanso.

—Oh, mira esto —arrulló Vykos—. ¿No es una preciosidad?

Se inclinó para apartar un mechón de pelo de la manchada cara de Victoria Ash, revelando una pátina de sangre seca y cenizas apelmazadas.

Las largas pestañas de Victoria temblaron al contacto, abriéndose. Se encontró ante una aparición directamente invocada del reino de las pesadillas.

El rostro que se inclinaba sobre ella estaba abruptamente plegado sobre sí mismo, en ángulos rectos. Un ojo era fácilmente tres veces más grande que el otro, y estaba en lo alto de la frente. El otro era pequeño y hundido, y estaba en la mandíbula. La nariz también tenía una inquietante curvatura geométrica.

Pero lo más perturbador de aquella cara, sin embargo, era que resultaba absoluta e impresionantemente hermosa. El ojo artístico de Victoria, afinado por el íntimo contacto con muchos de los más grandes artistas y obras de los dos últimos siglos, no podía equivocarse al respecto: la cara ante ella era indiscutiblemente un Picasso.

Pero no se trataba de ningún Picasso que hubiese aparecido jamás sobre el lienzo, y mucho menos en tan vívido medio tridimensional. Era como una visión desechada por el artista, hecha a un lado y apartada de la vida: una visión de la misma cara de la crueldad y la locura.

Victoria estaba segura de que la fiebre y la pérdida de sangre se habían apoderado de sus sentidos. Sintió que empezaba a desmayarse. Unas suaves palabras llegaron

hasta ella, como desde una gran distancia:

—Mi preciosa muñequita de trapo.

Victoria perdió la consciencia cuando Vykos empezó a limpiar el tizne de su mejilla. La Tzimisce siguió frotando la cara hasta que brilló, con el destello e incluso la textura de la porcelana más fina.

Satisfecha, se inclinó y plantó un tierno beso en la perfecta mejilla. Sus labios dejaron una pequeña marca oscurecida como una mancha de lápiz de labios. Pero un examen más íntimo de la marca descubriría la indeleble e inconfundible silueta, con todos sus detalles, de una serpiente devorando su propia cola.

Vykos miró con gran afecto su nuevo trofeo.

—Traedla —dijo por encima del hombro. Dio tres pasos hacia la salida y se detuvo de repente, golpeada por una idea aún más deleitosa—. No… —se corrigió, girando lentamente, con un travieso dedo sobre los labios y una mirada de triunfo artístico en los ojos—. Llevadla al taller de ghouls.

Martes, 22 de junio de 1999, 5:12 am
Planta 13.ª del hotel Buckhead Ritz-Carlton, Atlanta, Georgia

Parménides despertó con dificultad. Parecía incapaz de liberarse del familiar sueño. Había estado corriendo, o intentando correr. Para huir. Enojosamente, por mucho que se esforzase, no podía levantar sus pies. Estaba clavado en el suelo y su perseguidor andaba cerca. El «otro» no tardaría en llegar hasta él.

Ni siquiera podía obligarse a hacer frente al terror desconocido que se acercaba a toda prisa, acortando la distancia a un ritmo alarmante. La sensación de pánico creció hasta hacerse casi insoportable y entonces, de repente, sintió el peso chocando contra su espalda, y cayó.

Revolcándose, Parménides se tiró hacia delante, conteniendo un grito. Los brazos salieron hacia él de la oscuridad, cogiéndole, inmovilizándole. Estaba de pie una vez más. Oyó palabras de consuelo susurradas cerca de él. Intentó girarse y ver a su desconocido benefactor, pero sus pies estaban clavados en la tierra. Volvió a tambalearse y casi cayó de nuevo.

Las voces que llegaban parecían desarticuladas.

—Quédate quieto, ¿quieres?

—No hace falta agitarse tanto.

—No esperaba que regresases tan pronto.

—Pero casi he terminado, y no tiene sentido dormirte de nuevo.

—Tendrás que aguantar esto último, pero pronto habremos terminado.

—Mi valiente muchacho.

—Mi joven romántico.

—Mi *philosophe*.

Le llevó algunos momentos comprender que se trataba de una sola voz, y un rato más discernir el flujo del monólogo. Tardó bastante en comprender por qué tenía

tantas dificultadas con aquellas funciones cognitivas básicas. Era el dolor.

El dolor. El aullante, enloquecedor, demencial dolor. En algún lugar cercano, alguien gritó.

—Esto no te dolerá nada —dijo la tranquilizadora voz, que una remota parte de su mente reconoció como la de su cliente, Vykos.

De nuevo el grito penetrante.

—Tsk, tsk. ¿No os dan ni siquiera algún adiestramiento básico en técnicas de la mente por encima del cuerpo en ese paraíso vuestro de las montañas? No puede esperarse un trabajo de calidad en estas condiciones.

Otro largo grito.

—Ahora has estropeado completamente la nariz, y voy a tener que empezar de nuevo desde el principio. Y si no te estás quieto, puedes soltar uno de esos pies del suelo y hacerte daño de verdad.

Gritos y más gritos, y una seca bofetada golpeando algo carnoso y cercano que podía ser su mejilla.

—¿Vas a tranquilizarte o tendré que bajarte otra vez?

No fue necesario. La consciencia huyó de él. La carne dejó de resistirse, y se inclinó ante la voluntad de Vykos.

TERCERA PARTE:
«EL ENGAÑO»



Martes, 22 de junio de 1999, 9:46 pm
Patio de carga de CSX, Atlanta, Georgia

Tragó con ansia, y el revitalizante néctar fluyó garganta abajo. Cuando se dio cuenta de ello, de lo que estaba haciendo, ya era demasiado tarde, y Victoria tuvo miedo de abrir los ojos. Pero había bebido tanto, razonó, que no perdería nada por seguir alimentándose. Si la sangre estaba corrompida o le era ofrecida con algún pretexto para hacerle daño, el mal ya estaba hecho. Además, aunque odiase tener que admitirlo, el ansia que la llevaba a abrir su garganta y tragar la corriente de sangre le dejaba pocas opciones al respecto. Al menos por el momento, el hambre era más fuerte que ella.

Pero seguía resistiéndose a abrir los ojos. Sus otros sentidos le advertían que, por desgracia, su amarga lucha contra los perros del Sabbat no había acabado con su destrucción. Oyó movimiento muy cerca. Olía a humo, y al inconfundible hedor de la carne quemada.

No obstante, tan pronto como pareció estar alimentándose voluntariamente, el alimento le fue negado. Una suave voz cantarina susurró:

—No lo disfrutes demasiado, puta Toreador. Si ahora te rindes tan fácilmente, no serás una buena diversión para las atenciones que vendrán más tarde. —Quien hablaba se acercó a Victoria, siguiendo con su ronroneo—. Más tarde —repitió, y una bocanada de aire rancio y caliente cayó sobre su cara.

Su captor —pues con certeza no era ningún benefactor— estaba tan cerca que Victoria sintió un cosquilleo en la piel, y cuando abrió los ojos, sus largas pestañas rozaron la frente del monstruo.

Él —*ello*— sonrió.

—¿Te ha gustado el trago? —preguntó, lamiendo de pronto una gota de sangre del labio inferior de Victoria con su gruesa y cartilaginosa lengua. Miró a la Toreador a los

ojos por un momento, pero ella no le devolvió la mirada. No se atrevía.

El monstruo se encogió de hombros y se puso en pie, lo que hizo que Victoria se diese cuenta de que estaba sentada. Estaba toscamente inmovilizada, por unas bandas metálicas en torno a sus muñecas y tobillos, en una silla de madera que podía haber sido el trono de un rey gordo y miserable. Cuando se despejó la niebla de su cerebro, reparó también en su desnudez, y miró a su captor.

Él retrocedió otro paso y sonrió mientras miraba su silueta desnuda. Su boca dejó salir otro ronroneo.

—¡Tu pulido cuerpo no me excitará como a tus clientes Ventrue, furcia Toreador!

Pero Victoria siguió mirándole, sin encontrarse con sus ojos. Su captor era la grotesca caricatura de un famélico niño mortal. Su cuerpo estaba imposiblemente emaciado, y en todas partes parecía que su carne estuviese estirada sobre los huesos. En todas partes menos en su estómago, que estaba hinchado, forzando la carne, y mostraba un color gangrenoso. Su cabeza triangular se estrechaba hacia la pequeña boca, y sobre la calva, la fea criatura tenía crestas de hueso que corrían en paralelo a lo ancho del cráneo.

Sus brazos y piernas eran obscenamente largos, y se doblaban sugiriendo una especie de cruce entre hombre y grillo. Victoria no podía determinar cuántas articulaciones tenía cada miembro, pero se cerraban y abrían alternativamente, y el vampiro del Sabbat oscilaba hacia delante y hacia atrás mientras permanecía ante ella.

Victoria se estremeció involuntariamente. Había esperado que los perros del Sabbat la destruyesen solo para evitar aquella clase de futuro, que era ya un innegable presente.

—¿Quieres llamar a tu amante Ventrue? —susurró el Sabbat, haciendo oscilar en el aire el teléfono móvil de Vegel con unos dedos largos, esqueléticos—. Cuando te trajeron a mí, lo agarrabas como la oración de un hombre agonizante. —Se llevó el teléfono a la boca y fingió una asustada voz de mujer—: «Oh, querido, date prisa, Elford me ha cogido y no quedará nada de mí que amar, salvo…» —y su voz pasó a un ronco graznido— «¡un saco vacío de carne marcada y quemada!». —Cacareando, tiró el teléfono contra la pared de madera (parecían encontrarse en un viejo vagón de ferrocarril) sobre la que se apoyaba la silla de Victoria. Dos grandes pedazos de plástico claramente inútiles rebotaron sobre el suelo, exhibiendo las entrañas del aparato.

Mientras Victoria contemplaba los giros de uno de los pedazos hasta quedarse quieto, intentó calmarse de la misma forma. Tal y como perdía velocidad el fragmento, lo mismo haría ella, hasta un punto en lo más profundo de su ser donde

pudiera olvidar los terribles tiempos que esperaban. Quizá pudiera despertar de nuevo algunos siglos después, y la pesadilla hubiese terminado.

Pero una marcada agonía recorrió su cuerpo. Tosió y se ahogó en el dolor. Sintió que sus miembros se agitaban involuntariamente, como si fuese un pez asfixiándose en la silla de madera.

—No pretendas escapar de mí, Victoria —dijo Elford en tono amable—. Ya te he dicho que se supone que debes resistirte. Si lo haces, me encargaré de que tu tiempo conmigo sea más soportable.

Las entrañas de Victoria seguían sufriendo espasmos, aunque el dolor había disminuido… por el momento. Miró por primera vez el rostro de la criatura que planeaba torturarla. Quebrantarla. Pero Elford ya no estaba mirando su cara. Siguió su mirada a lo largo de su brazo, donde la mano del monstruo se ahuecaba sobre su desnudo seno derecho. El humo disimuló los detalles por un momento, pero Elford lo despejó exhalando su fétido aliento, y rio entre dientes cuando retiró la mano. Victoria sintió punzadas de dolor cuando su carne chamuscada se liberó de las yemas de los dedos del monstruo.

En el alabastro de su piel había cinco marcas negras y arrugadas, visibles sobre la firme carne de su pecho.

—Oh, sí —murmuró Elford—. Será mejor que te resistas.

Alzó una garra brillante como un escalpelo hacia su boca. El miedo de Victoria creció incontrolablemente en su interior, y la Toreador vomitó la sangre que acababa de beber.

Miércoles, 23 de junio de 1999, 3:52 am
East Bay Street, Charleston, Carolina del sur

Las no tan distantes llamas bailaban hacia los cielos, agitándose en un frenesí espasmódico, y desde la azotea de su hogar durante más de dos siglos, Davis Purrel no podía hacer otra cosa que mirar. Mirar mientras las llamas iban acercándose. Mirar mientras, como una marea roja, atravesaban el Battery. Los bomberos mortales luchaban valientemente, y de vez en cuando ellos conseguían contener la tormenta de fuego. Pero los inconstantes vientos llegaban desde la bahía, dando nueva vida a las llamas y aullando como *banshees* entre los aleros de la magnífica casa de Purrel.

Si el viento fuese el único problema, pensó Purrel, *tendríamos alguna posibilidad.*

Le habían llegado noticias de la docena más o menos de barcos que habían arribado al puerto del Charleston varias horas atrás. Una respuesta inmediata podía haber salvado su ciudad. Había oído rumores de los ataques en Atlanta y Savannah la noche anterior, claro, pero ¿quién podía esperar tan pronto algo de aquella magnitud, justo tras los sucesos ciento cincuenta kilómetros al sur y más del doble de aquella distancia al oeste?

Como prueba de su error, su ciudad ardía. Había cometido pocos errores a lo largo de los años; qué irónico que las consecuencias de aquel hubiesen de ser tan graves. Tan definitivas.

—Davis, debes entrar.

Al principio pensó que las llamas le estaban llamando, tentándole para que las abrazase, como ellas abrazaban el corazón de la ciudad que había visto crecer de puerto colonial a centro de cultura y comercio. Pero la voz pertenecía al anciano que emergía a medias por la trampilla detrás de Davis.

—Davis —dijo de nuevo—, ven dentro.

Davis ignoró a Antoine Purrel, ostensible dueño de la Casa Purrel-Turney, y último descendiente de una larga línea que habían sido la cara del poder de Davis Purrel en el mundo del ganado. Los rasgos de la orgullosa cara de Davis se reflejaban en el hombre más viejo: característica nariz aquilina, frente recta, mandíbula estrecha y cuadrada y barbilla hendida. La cara de Antoine era más carnosa. Su piel colgaba floja, en señal del paso del tiempo, aunque era Davis el más viejo, el progenitor y a la vez protector de los Purrel y de Charleston.

He sido un pastor aquí, pensó Davis, y era verdad. Él había gobernado la ciudad de forma justa y sabia, con sorprendente éxito para ser uno de los pocos Toreador llegados a la posición de príncipe. Desde el principio, había eliminado el elemento rebelde que podía llevar inestabilidad a su ciudad, pero ni siquiera en aquello había sido cruel o despiadado. Y la ciudad había florecido. Las mansiones neoclásicas apiñadas en el baluarte de esplendor que era el Battery, el punto de tierra en la curva de los ríos Ashley y Cooper, rivalizaban con la gloria de cualquier otro período, incluso los últimos años de preguerra.

Pero ahora los lobos están entre el rebaño. Las llamas no podían ser negadas. Los chacales del Sabbat habían hecho lo que la poderosa flota de la Unión había sido incapaz de lograr en aquella última y gloriosa guerra: tomar la ciudad por mar.

—Davis, ¿me oyes?

—Acuéstate, Antoine —dijo Davis con un suspiro—. Ya es muy tarde para que estés levantado.

—¡Dios, hay fuego por todas partes! —respondió Antoine insolentemente—. No voy a arder en mi cama. Debemos ir a la casa de Columbia y volver cuando esto se haya arreglado.

—Ve tú, si quieres —dijo Davis. Quizá el anciano pudiese salvarse, pero Davis lo dudaba. Las carreteras estarían vigiladas, y el puerto sellado.

Davis nunca se había molestado en decirle mucho a Antoine sobre el funcionamiento interno del mundo de la Estirpe. No, el viejo nunca había tenido la perspicacia necesaria para operar entre las conspiraciones de los no muertos, salvo como peón. Era capaz de asumir la cara pública de la familia, mostrarse en el club de campo y las reuniones de la Fundación Histórica, pero poco más. El hijo de Antoine no había resultado mucho mejor, y estaba desterrado en la Costa Oriental, pero el nieto… ah, era un muchacho prometedor. Jason Purrel estaba lejos, en la escuela de arte. No tenía un verdadero talento, pero sí ciertas sensibilidades y fuerzas de carácter que Davis admiraba. Lo bastante como para haber planeado convertirle en ghoul algún día. Ahora aquello nunca ocurriría.

—No deberías estar tan cerca de esos fuegos —le reprendió Antoine.

—Antoine —dijo Davis lenta y serenamente—, siempre he sido sincero contigo…

—Eso es una condenada mentira —dijo el anciano.

Davis se permitió una risita torcida.

—De acuerdo. —Se apoyó contra la baranda. Su cabeza estaba gacha, pero su voz sonaba fuerte y clara sobre el fragor del fuego y el viento y las sirenas—. Pero ahora no te miento: si no me dejas de una vez, te mataré aquí mismo. —Davis irguió el cuello para mirar al viejo—. ¿Me crees?

La cara de Antoine estaba más gris que antes. Parecía repentinamente vulnerable al hedor del humo que ni siquiera los vientos racheados podían disipar. Se lamió los labios y, sin una palabra, se retiró escalones abajo. Davis se giró hacia la ciudad y oyó que Antoine cerraba la trampilla.

Las llamas estaban ya muy cerca. Los bomberos se afanaban como hormigas, pero por cada fuego que dominaban, surgía otro. Davis sabía demasiado bien que ni siquiera el inoportuno viento era responsable de la aproximación de las llamas a su refugio. Pudo ver al menos una docena de estructuras históricas estropeadas por el fuego, con manchas negras por sus fachadas como marcas de viruela en la cara de un bonito niño. No pudo soportar la escena más de unos momentos antes de que apartar la vista.

Quizá, si me rindiese, si me entregase a ellos, pensó, *respetarían mi ciudad.*

Davis no pensaba en los demás Toreador de Charleston, ni en los demás Vástagos que le servían, voluntariamente o no. Por él, podían asarse todos al sol de la mañana. Pero su hermosa ciudad, las espléndidas mansiones, las cocheras de ladrillo, los espaciosos jardines alrededor de su propia casa… No podía ver cómo lo destruían, ¿y qué resistencia había excepto asegurarse de quemarlo todo?

Davis volvió su mirada hacia el débil contorno del fuerte en el puerto. *¿Esto es lo que quería, mayor Anderson?* pensó como si estuviera dirigiéndose al fallecido héroe de la Unión de Sumter. *¿Rodeado, aislado, contemplando cómo aquello a lo que ha servido se derrumba a su alrededor?*

Pero la única contestación que oyó Davis fue un crujido cuando el tejado de una de las dependencias de su propiedad, el viejo cobertizo para el ganado, estalló en llamas. El fin estaba cerca. Pensó en volver a bajar por la trampilla, pues ansiaba pasar los dedos por la ornamentación de la casa, mirar los candelabros de cristal y bronce, bajar una última vez por la gran escalera que dominaba el vestíbulo de la entrada.

No, se contuvo. *Esperaré a las llamas aquí. No tardarán mucho.*

Miércoles, 23 de junio de 1999, 3:59 am
Planta 13.ª del hotel Buckhead Ritz-Carlton, Atlanta, Georgia

Vykos aguardó pacientemente. Por fin, un entrecortado gemido le dijo que su pupilo estaba abriéndose paso de vuelta a la consciencia. Anotando el momento preciso, se encontró, no por primera vez aquella velada, sorprendida por la tenacidad del Assamita.

Otros miembros de su clan podrían haberse puesto inmediata y obsesivamente a registrar tal minucia en algún interminable diario de experimentación. Pero Vykos no tenía la costumbre de dejar archivos por escrito revelando las exactas capacidades y tolerancia de sus especímenes.

La primera vez que había regresado, la noche anterior, la había cogido por sorpresa. El muy necio había intentado recuperar la consciencia en medio del proceso de esculpido. Vykos anotó que el sujeto no había intentado usar ni las más rudimentarias técnicas de control del dolor… a pesar del hecho que una gran porción de su cara estaba, en aquel momento, abierta hasta el hueso.

Había gritado, por supuesto, y las consiguientes contorsiones faciales no habían aliviado su incomodidad. Pero el dolor no le detuvo ni le frenó. No era como si el sujeto trascendiera el dolor, o lo bloquease, o lo desafiase. Sencillamente la sensación de agonía, en toda su gloria original, no actuaba como factor de disuasión.

Vykos se encontró preguntándose si los sistemas nerviosos de aquellos legendarios asesinos no estarían de algún modo cortocircuitados como parte de su entrenamiento e iniciación. Recorrió la lista de probables sospechosos: drogas, posthipnóticos, cirugía láser, vudú, inhibidores neurales, fanatismo… Las posibilidades resultaban intrigantes, pero sus especulaciones no eran concluyentes.

Había experimentado, por supuesto, con la desactivación de los sensores de dolor, los emisores, los receptores, los procesadores. Pero cada uno de esos intentos había

producido inevitablemente la torpeza del sujeto, causando numerosas lesiones en las extremidades que pasaban inadvertidas hasta que se alcanzaba el umbral crítico de pérdida de sangre.

Pero aquello era otra cosa. Algo asombroso. No había un centímetro cuadrado del cuerpo de aquel sujeto que no hubiese sido golpeado o pinchado o pellizcado o retorcido o lacerado o aplastado o… peor. Y a menos que estuviese muy equivocada, el sujeto estaba a punto de saltar contra su garganta.

Con un aullido bestial, Parménides saltó hacia ella.

Se quedó corto por unos metros y cayó de bruces sobre el suelo de madera.

Doloroso, notó Vykos. *En la mayoría de los sujetos, esto impediría ulteriores intentos de atacar*.

Pero el sujeto estaba apoyándose sobre manos y rodillas, al parecer intentando recuperar el equilibrio. Aquel último esfuerzo estaba, hasta cierto punto, condenado al fracaso o al menos la frustración, pues las piernas del sujeto seguían unidas en las rodillas y tobillos.

El Assamita le lanzó una mirada que era toda astillas y bordes cortantes. Hielo y navajas de afeitar. Una mirada llena de la calma y concentración de un gran felino a mitad de salto.

—Basta. Ya te he dicho que esas estúpidas fanfarronadas solo te hacen daño a ti mismo —le riñó Vykos—. Te he dedicado bastantes horas de trabajo, y no voy a quedarme mirando cómo arruinas mis esfuerzos con tu estupidez. —Le agarró del pelo, levantando fácilmente su cabeza y pecho del suelo, y puso la cara muy cerca de la suya—. Ahora, piensa.

El reproche llegó al Assamita como un golpe físico. Se echó hacia atrás en la cúspide de su desafío… atrapado a mitad de camino entre escupir a la cara de Vykos o arremeter hacia delante (a costa de un puñado de cuero cabelludo) para rasgarle la cara con sus colmillos. Vykos le dio una sacudida e insistió antes de que pudiese decidirse.

—¡Piensa!

Él arremetió.

Parménides esperaba, *confiaba*, oír el sonido del pelo y el cuero cabelludo rasgándose antes de que la primera ola de dolor llegase a su destino. Le proporcionaría una crucial fracción de segundo.

Por tanto, no estaba en absoluto preparado para lo que pasó. Todo había terminado más rápidamente de lo que incluso sus sentidos aguzados por la adrenalina pudieron distinguir. Fue como si Vykos hubiera soltado su presa de repente. O eso

pensó cuando su cara, libre de restricción alguna, golpeó rotundamente el suelo.

Pero Vykos no había soltado su presa. Él estuvo seguro de ello cuando al momento siguiente dio un tirón a su cabeza para ponerle de nuevo ante ella. Por alguna razón, tenía la difusa y nebulosa idea de que su pelo realmente se había *estirado*… hasta una longitud de aproximadamente un metro antes de encoger de nuevo.

Su primera reacción, por supuesto, había sido de júbilo. Era como si algún espíritu de paso le hubiera concedido su último deseo. Toda su voluntad había estado centrada en cruzar el tentadoramente pequeño hueco entre sus colmillos y la cara de su torturadora. Y algo dentro de él, alguna ignorada reserva de fuerzas o voluntad o espíritu, había surgido para cubrir aquella necesidad.

Sentía la sangre caliente manando de su labio y de un corte sobre un ojo. Su cuerpo estaba quebrantado y las piernas no le respondían. Pero no se sentía roto. Se sentía fuerte y entero e indomable. Sonrió ampliamente y saboreó el familiar gusto de la sangre goteando en su boca. Vio un brevísimo parpadeo de sorpresa en la fría, cincelada cara de su adversaria.

—Ah, lo has visto, entonces —graznó Parménides—. La justa ira de los amos es un martillo. Truena desde las cimas de las montañas lejanas. Agita las aguas intermedias. Proyecta su sombra sobre ti y tiemblas bajo ella. Tu sangre es mía.

La mano de Vykos cayó, y ella retrocedió medio paso, incrédula. De algún modo, contra toda expectativa y en abierto desafío a su cuerpo lastimosamente castigado, Parménides estaba de pie.

Vykos maldijo suavemente. Podía jurar como un soldado cuando estaba bajo presión. De hecho, para ser exactos, podía jurar como un legionario en latín perfectamente conjugado, y como un cruzado en lengua vernácula. Se sabía que había hecho ruborizarse a los más endurecidos tártaros, magiares y cosacos, fustigándoles en su propia lengua.

Pero en aquella ocasión, tal elocuencia parecía haberla abandonado. Estaba distraída por la ferocidad de su determinación, y también quizá por los rigores del experimento. No se podía negar que era un sujeto único, y el esfuerzo de supervisar sus respuestas con tal detalle resultaba agotador.

Ella podía sentir la intensidad de sus pasiones gemelas: sobrevivir y matar. Podía medir cada una de ellas, registrarlas y analizar los gráficos resultantes. Pero resistió la tentación de separarlas. Era mucho más intrigante interactuar directamente con el sujeto.

Podía sentir su necesidad. Emanaba de él en olas. Era como si ambos impulsos

fueran una sola pasión, un instinto, una volición… su matanza vital. Vykos desechó el torpe término inmediatamente. El sentimiento era más significativo en alemán, pero la traducción inglesa resultaba pobre. Era un instinto simultáneamente a y fuera de la tumba. Un impulso a la vez hacia dentro y hacia fuera, un baile frenético al borde del precipicio.

Se sintió sorprendida y a la vez encantada por la velocidad con que su cuerpo se consumió a sí mismo.

No dejar de sentir el cálido resplandor del orgullo cuando pensó en aquel truco del Assamita de extender y retraer su pelo. ¡Muy inspirado! No esperaba tal aptitud —tal fusión inmediata de necesidad y satisfacción— ni siquiera en un sirviente con meses de experiencia.

Su ataque desesperado hubiese podido tener éxito si ella no hubiese advertido las primeras y familiares sacudidas del Don dentro de él. Incluso con aquel ligero aviso, fue cuanto pudo hacer por apartarse del camino directo de su furia. Se mostraría más cauta. Y él, bien, el sujeto estaba a punto de empezar a comprobar los controles del experimento a fondo.

Vykos pensaba que era inmensamente improbable que Parménides pudiese liberar sus piernas. Se había asegurado de que los huesos mismos estuviesen fundidos, y el hueso era un material duro y difícil. El dominio del pelo y las uñas —los Inanimados — era algo al alcance de un novicio entrenado. Pero doblegar a los Inanimados a los dictados de la voluntad era cosa de niños comparada con la Escultura de Hueso… una diferencia similar a trabajar con plastilina o con mármol florentino.

El hecho de que pareciese ignorar lo que deberían haber sido debilitantes niveles de dolor era un desafío, pero uno que Vykos encontraba novedoso y divertido. Era algo que merecía un examen más atento… si el sujeto lograba sobrevivir a aquellas pruebas iniciales.

Por el momento, Vykos siguió con ojo crítico los primeros pasos ciegos, infantiles, del sujeto en el Gran Arte. Vykos estaba mirándole atentamente, notando cada parpadeo de emoción cuando el sujeto pasaba del júbilo inicial a la duda y, muy pronto, al miedo. Aquellos cambios no eran sino los síntomas exteriores de la revelación que se retorcía dentro de él, abriéndose paso hacia la superficie de su consciencia.

—Tómatelo con calma. No luches contra ello, mi joven romántico, mi *philosophe*. Ni siquiera tus vengativos amos te reprocharán esa pequeña indulgencia. Es un regalo. Bebe profundamente y alégrate.

La duda tenía claramente la mano superior. Parménides se esforzó por liberar sus

piernas, pero sin éxito.

—No puedes imaginar lo que sufrirás por… —Su voz se ahogó por la indignación, obligándole a empezar de nuevo. El daño que estaba haciendo a la musculatura de sus piernas era bastante extenso. Una pequeña fracción de la mente de Vykos calculó resignadamente las horas de trabajo gastadas en balde y las semanas de reposo y terapia física que estaba acumulando el Assamita.

Parménides siguió gritando:

—Aunque puedas evitar que devore tu negro corazón… —Hizo una pausa. Admitir aquello le había costado mucho. Vykos podía ver la lucha en su interior. El Assamita tragó con dificultad y se apresuró a seguir—. Aun así, habrá otros como yo. Los amos forjarán un infierno especial para recibirte, y no descansarán hasta que te vean arrastrada, gritando y rogando por tu vida, a los fuegos que arden eternamente pero te consumen.

Sin inmutarse, Vykos aplaudió lentamente. Al hacerlo, la carne de sus manos empezó a pelarse y teñirse de negro. Pronto, cada palmada iba acompañada de una pequeña nube de ceniza, que caía suavemente al suelo. Parménides podía ver el brillo blanco del hueso entre la carne. Oyó los nudillos estallando y crujiendo como si estuviesen bajo un calor extremo. Vio fragmentos de hueso dentados y ennegrecidos resonando y botando ruidosamente sobre el suelo.

—Basta —gritó, apartando a tirones la cabeza del repulsivo espectáculo—. Basta de tus infernales trucos de salón. No eres inmune al daño. Los amos han tenido siglos para perfeccionar su arte. Sabrán cómo lograr tu fin, puedes contar con ello. ¿Crees que no hemos matado a otros como tú? Te engañas, señora.

—Ah, pero tú, tú mismo, no conoces el truco —señaló ella—. ¿La estaca de madera a través del corazón, quizá? ¿Inmersión en agua corriente? ¿Sagradas hostias con sabor a ajo?

Sus manos estaban completas de nuevo, sin restos de carbonización. Rodeó a Parménides cautelosamente. Cuando se acercó a la puerta, se inclinó sobre algo en el suelo, fuera del ángulo de visión de su víctima.

Parménides mantuvo la vista fija hacia el frente mientras se esforzaba por dominarse. Descubrió que estaba temblando de frustración. Mediante un supremo esfuerzo de voluntad, consiguió dominar su lengua, negándose a responder a las provocaciones de Vykos.

Tras unos momentos, vio por el rabillo del ojo que Vykos se levantaba de nuevo, acercando una silla de ruedas. La empujó ante ella, haciéndola rodar mientras se acercaba.

—Dentro de muy poco te vendrás abajo —explicó ella—. Ya estás pasando el punto sin retorno de hacer un daño irreparable a tus piernas. ¿Harás el favor de sentarte y dejar estas amenazas y poses insensatas? Hay serias cuestiones que discutir y el tiempo se agota.

Parménides se giró como si fuese a embestir de nuevo, pero el esfuerzo fue excesivo para sus piernas mutiladas. Cayó con un sonido como el de una tienda de lona viniéndose abajo.

—Esta humillación —dijo rabioso en el suelo, incapaz de levantarse o incluso de darse la vuelta— no quedará sin venganza. Estás tan condenada como yo. —Lanzó un doloroso suspiro—. Aunque me curases y me dejases en libertad, ya sería demasiado tarde para comprar una noche más de tu maldita no vida. He caído entre demonios, pero eres tú, mi torturadora, quien me da lástima.

Hubo una larga pausa, durante la que Parménides no hizo más que contener los terribles sollozos que convulsionaban todo su cuerpo. Pero ni un sonido de aquella lucha interna escapó de sus labios.

—Mi joven poeta. —La voz era tierna, suave, con afecto y quizá un toque de orgullo—. Descansa ahora. Es bastante. Me siento complacida contigo.

Pasaron algunos minutos antes de que sintiera unas manos fuertes agarrándole firmemente bajo cada brazo. No luchó contra ellas. Sus ojos estaban cerrados por la humillación y la derrota. A través de los labios resquebrajados y sangrantes, empezó a escupir entrecortadas oraciones por los muertos. Apenas lo notó cuando fue colocado en la dura silla de respaldo recto. Su consciencia casi no registró el espantoso dispositivo. Sus oraciones se hicieron más fervientes, como si ahogando el sonido de lo que estaba pasando a su alrededor, pudiera negar los sucesos mismos… ahuyentarlos, expulsarlos.

De algún lugar muy lejano, oyó una familiar voz femenina que, por un momento, no pudo identificar. Era una voz agradable, atractiva, que parecía llena de interés por él y su bienestar.

—Solo en esto me siento decepcionada —canturreó la voz. Parménides se tiró hacia delante, su cabeza botando casi sobre sus maltrechas rodillas—. En el hecho de que creyeses, siquiera por un instante, que yo sería tan descuidada como para tomarte a mi cuidado sin el conocimiento, y mucho menos el apoyo, de tus queridos amos. No habrá venganza, mi gentil asesino, porque eres un regalo. Un regalo muy especial. La ofrenda de una paz del Viejo de la Montaña. Eres una prenda entre nuestras gentes. Has sido entregado a mi cuidado. ¿Lo entiendes? Eres completamente mío, para hacer contigo lo que yo quiera. ¡Simplemente piensa en ello! En lo que nos divertiremos

juntos.

Quizá Parménides gritase. A través de la niebla de dolor y pánico, una parte de su mente, una parte muy disciplinada y que había sido rigurosamente adiestrada durante semanas para responder a tal ocasión, buscó instintivamente las Palabras de Negación que impedirían su sufrimiento.

Miércoles, 23 de junio de 1999, 4:41 am
Patio de carga de CSX, Atlanta, Georgia

Aquellos momentos de paz le parecieron llenos de tanta eternidad como las horas de dolor que los precedieron. Victoria Ash, Primogénita Toreador de Atlanta —muy posiblemente, supuso, Príncipe de Atlanta—, no podía mirarse. Aquello arruinaría su paz, como casi había hecho el olor de su propia sangre empapando la silla de madera. Así que, con los ojos cerrados, olvidó el horror de su situación presente y se volvió hacia el futuro.

A pesar de las atenciones de Elford —y eran terribles, malignas y sádicas— Victoria supo que sobreviviría. Sería una ruina, posiblemente durante décadas; solo las cicatrices de aquella noche tardarían meses en desaparecer, y probablemente habría muchas noches así en su futuro. Pero al haber sido salvada por el cruel Sabbat, Victoria había descubierto un diminuto rayo de esperanza brillando a través de la oscuridad de su tormento realmente.

Al principio, su miedo la había convencido de que sucumbiría fácilmente la tortura, de que su mente se quebraría, y de que lloraría y rogaría y suplicaría y se resistiría como Elford deseaba. Aunque su carne vampírica era débil ante la voluntad del Tzimisce, la mente de Victoria permanecía intacta. Y lo que era más importante, a través de las perversas alteraciones de Elford, ella estaba aprendiendo lo que le gustaba, lo que deseaba, lo que le apetecía y le esclavizaba. Y así resistió. Canalizó el dolor que le infligía. Cada uno de sus gemidos y contorsiones estaba cronometrado y modelado por sus sádicas apetencias, que sus palabras y actos le dejaban claras; sus reacciones a las abrasivas caricias del vampiro le complacían y le distraían, hasta que se retiraba jadeando, cerrando de golpe la puerta corrediza del vagón tras él.

Cuántos otros vagones ocultaban juguetes para el verdugo, Victoria no tenía forma de saberlo. Pero seguramente había otros. A veces Elford olía a su sangre, o llegaba

con manchas inidentificables en la piel.

Victoria sabía que su belleza física era lo bastante grande como para seducir a Vástagos. Lo había hecho muchas veces. Ahora sospechaba que la promesa de la degradación de aquella belleza era bastante para seducir a un Tzimisce. La Toreador sentía que Elford sería suyo… no aquella noche, ni la siguiente semana, ni el mes siguiente. Pero sus deseos eran un escalpelo en manos de ella, y lo manejaría tan expertamente como él hacía con cualquiera de sus instrumentos. El tiempo la pondría a prueba, pero ella perseveraría, y el tiempo traería su recompensa… y entonces su captor pagaría. Por todo. Desde la mayor deformación hasta la mancha más diminuta.

El dolor cuando Elford metió la mano en su pecho y le agarró una costilla había sido insoportable. Sus actos estaban llenos de implicaciones sexuales, y aquello fue la primera pista de Victoria. El muy imbécil había hablado demasiado. No solo había revelado los medios para derrotarle, sino que también había dado a Victoria algo hacia lo que enfocar sus pensamientos cuando buscase desesperadamente enmascarar el dolor. Su intrusión dentro de ella había revelado su significado, y desde entonces ella había trazado sus planes.

Tales eran las marcas del placer de Elford. En sus manos, la costilla de la Toreador se volvió como arcilla, combándose para encajar en su visión del aspecto que debía tener Victoria. La antigua Primogénita no pudo seguir resistiéndose a examinarse. Su seno derecho, ya salpicado de marcas ovales infligidas por las yemas de los dedos ardientes del Tzimisce, estaba atravesado por una de sus propias costillas. Elford la había doblado hacia fuera y la había enhebrado, dolorosa, expertamente, a través de su cuerpo, para que la punta saliera en lugar de su pezón, el así llamado defecto que antes le había arrancado de un salvaje mordisco.

Y así empezó una serie de notables decoraciones de hueso, pequeños salientes como cuernos que hacían que la piel a su alrededor ardiese y le cosquillease. Su clavícula fue torcida y separada en una serie de salientes, conectando los de su brazo derecho con su pezón de hueso. Las púas de su brazo habían salido de su húmero y se habían estirado hasta más allá de su piel.

Finalmente, había dos de tales púas en el dorso de su mano, quizá para unirse a otra fila en el futuro.

Todas aquellas heridas, aquellas cirugías grotescas, podrían sanarse, pensaba ella. O *esperaba*. A menos que Elford fuese de una sangre mucho más vieja de lo que ella imaginaba, o a menos que estuviese equivocada en sus creencias sobre la alteración Tzimisce de la carne —y su conocimiento real de los poderes de los demonios era bastante escaso, a pesar de su actual y espantosa exposición a los mismos—, a menos

que cien otras posibilidades la dejasen convertida en una monstruosidad cubierta de cicatrices, deformada, a menos que *una* de ellas se hiciese realidad, Victoria podría recuperar su belleza en el futuro. Aquello era lo que tenía que creer, la única esperanza que tenía, y la aferró en su corazón como acoge el agua la tierra del desierto. Su cuerpo era de hecho su templo, y aceptar el daño infligido sería rendirse, renunciar a emprender las acciones fuertes y firmes que podrían liberarla en el futuro.

Victoria se hundió en su silla. Su mente volvió del futuro al pasado… o a una alternativa preferible al presente. Apenas podía creer el cúmulo de acontecimientos que habían terminado con ella en aquel lugar. Sus planes y su fiesta en el Gran Museo habían sido preparados meticulosamente, habían estado a punto de dar fruto. Ella había entrado en la galería a través de la puerta del Cielo. Y ahora había descendido al Infierno. Suponiendo que sobreviviera, aprendería una valiosa lección; que nunca estaría completamente segura. No importaba cuántas comprobaciones hiciese de sus planes antes de la ejecución, no importaba cuánto poder pudiese ganar, no importaba lo formidables que fuesen sus defensas… nunca estaría segura del todo. Aun si escapase de aquella mazmorra ferroviaria —*cuando* escapase—, nunca se sentiría de nuevo segura.

Aunque la confianza de Victoria en su libertad final crecía en grados modestos, sus perspectivas a corto plazo seguían siendo monumentalmente austeras. No deseaba sufrir la degradación y tortura que Elford planeaba para ella. Si podía escapar antes en lugar de después, tanto mejor.

Victoria tenía muchas formas de inclinar la voluntad de otros hacia la suya —como mortal y como vampira, siempre había sido una especialista en hacer que otros la quisieran, apasionada, desesperadamente— pero al intentar sus mejores trucos con Elford, había comprendido al instante que nunca funcionaría. Estaba demasiado esclavizado por la pasión de su trabajo como para crearle un deseo adicional tan rápidamente. Con él, su único recurso era tirar de los hilos a lo largo del tiempo. Alguna noche, pronto o quizá no tanto, podría tener éxito, pero aquello era de escasa utilidad inmediata.

¿Y qué otras opciones tenía? Victoria miró los fragmentos del teléfono móvil en el suelo. Estaba roto, desde luego, y no tenía razones para creer que podía repararlo, aun si lograse alcanzarlo. Sin embargo, su pérdida no era motivo para la desesperación total, pues la Toreador tenía otros medios para pedir ayuda. No había garantía de éxito, ni mucho menos. Pero cuando Victoria recuperó su espíritu de lucha —espoleada por su miedo a la siguiente sesión con Elford— se decidió a intentarlo.

Durante los muchos años de su existencia nocturna, Victoria había entrado en

contacto con innumerables Vástagos, y ahora todos y cada uno de ellos eran un salvador potencial. Ni siquiera aquellos a los que no había intentado seducir conscientemente habían dejado de notar su encanto y belleza irresistible. Su imagen ardía indeleblemente en su psique. Tal era la naturaleza de los dones que acompañaban, si no compensaban, la Maldición de Caín en su caso. Cierto, aquellos otros Vástagos podían no estar predispuestos en su favor, aunque su decisión no fuera completamente soberana. Podían resistirse a su llamada, y probablemente los que eran lo bastante poderosos para rescatarla de aquella cloaca serían también lo bastante poderosos para ignorar sus llamadas. Pero Victoria podía mostrarse muy persuasiva.

Aunque sus nombres solo aparecían en su mente, empezó a llamarlos, uno por uno, junto a ella.

Su urgente demanda persistiría el resto de la noche, no más tiempo, pues solo valía la pena convocar a quienes se encontraban más cerca. *Benison. Julius*. Se concentró en sus nombres. Aquellos dos guerreros estarían probablemente muertos con los demás vampiros de la Camarilla que habían acudido a la fiesta de Victoria, pero al menos agitaría sus tumbas. Se rio entre dientes, y llamó también a Eleanor. Qué irónico sería si aquella perra había sobrevivido de algún modo y lograba salvar a Victoria.

Alzó su barbilla hacia el techo y lanzó más nombres por el éter. Vería lo que había pasado con los ausentes de su fiesta. *Vegel. Hannah. Rolph*. Quizá sus complejos planes de escape quedasen frustrados por un retorno a Atlanta, suponiendo que fuese allí donde estaba Victoria… algo de lo que no tenía la menor idea.

Y otros. Ella tenía pocos confidentes, y nadie de quien pudiese decir sinceramente que era un verdadero amigo, nadie que siguiese siendo amado a lo largo de los siglos, pero una breve lista de amantes, admiradores o camaradas —principalmente amantes y admiradores, admitió; nunca le había atraído el compañerismo— podrían acudir si las circunstancias lo permitían: *Oliver*, aunque ella pensó que el brutal Brujah estaría probablemente en letargo; *Jan*, aunque sabía que estaba en Europa, probablemente atado a sus mayores Ventrue de maneras que la Estirpe del Nuevo Mundo no podía sondear y a las que él no podía sobreponerse, aunque persistieran sus sentimientos hacia ella; *Joshua*, pues si alguien podía rastrear su paradero, era aquel Gangrel.

El humor era difícil en su situación, pero Victoria se rio de sí misma al enviar la siguiente llamada: *Leopold*. El joven la había salvado una vez en el Gran Museo. Quizá pudiese hacerlo de nuevo… improbable, ya que seguramente el tentáculo de sombras le habría hecho pedazos.

El proceso duró un largo rato: cuando Victoria terminó de recitar mentalmente la

lista de nombres, el amanecer estaba cerca. Su cansado, herido y violado cuerpo cedió inmediatamente. Cerró los ojos, y cerró también su mente, intentando ir a aquel lugar más allá del pensamiento donde podría ser libre, por lo menos hasta el siguiente ocaso, de las atenciones de su torturador Tzimisce.

Jueves, 24 de junio de 1999, 2:51 am
Interestatal 40, este de Asheville, Carolina del norte

Hardin apretó el volante con tanta fuerza que sus ya pálidos nudillos se volvieron blancos como el hueso. El camión se estremeció. Descorazonadores tosidos salieron del motor. El vampiro golpeó el salpicadero con el puño hasta que la cubierta de plástico se partió con un crujido.

—Seguramente lo descontarán de tu depósito —dijo Desmond, embutido en el medio asiento central. Al otro lado se sentaba Rojo, hurgándose despreocupadamente los dientes con una uña… no la suya: estaba unida a un útil dedo suelto.

Hardin miró a Desmond ante el intento humorístico del hombre más pequeño. No había pagado depósito ni alquiler de ninguna clase por el camión.

La cacofonía bajo la capota se hizo más pronunciada. El vapor empezó a salir por los bordes. Entonces, tras una explosión sorda, el trabajoso zumbido del motor empezó a desvanecerse. La aguja del velocímetro, ya oscilando entre 45 y 55, reconoció la muerte del motor cayéndose hacia las unidades. Hardin detuvo el camión en la curva.

Salió sobre la grava, y Desmond se escurrió adelantándole. Rojo no mostró la menor inclinación a salir del camión. *¿Y para qué serviría?* se preguntó Hardin. ¿Para qué serviría cualquier cosa?

No había mucho tráfico. Miró su reloj y decidió que podían permitirse un breve descanso. No había de qué preocuparse. Antes de que pasase mucho tiempo, alguien se detendría, un buen samaritano, y les proporcionaría un nuevo transporte. Y sangre fresca.

Desmond, con trapos liados alrededor de las manos, levantó la capota. Cuando el humo se despejó, estudió el motor durante unos momentos. Después retrocedió, bajó la cabeza e hizo la señal de la cruz.

—¿Gasolina? —preguntó Hardin.

Desmond asintió.

—¿Quién la puso?

Desmond meneó la cabeza.

—No lo sé.

—¿Rojo? —preguntó Hardin al pasajero pelirrojo y de piel oscura, que volvió hacia él su malévola mirada—. ¿Quién puso gasolina en el camión?

Rojo se encogió de hombros.

—Uno de los gringos. Todos se parecen.

Hardin empezó a caminar hacia la trasera del camión, pero se detuvo y se protegió los ojos contra la luz del coche patrulla que se acercaba a su vehículo.

—¿Una avería? —preguntó el agente al salir del coche.

Justo en aquel momento, la puerta del remolque, que había estado cerrada pero no asegurada, se abrió, y otros dos de los pasajeros de Hardin saltaron sobre la grava.

Un profundo ceño se marcó en la cara del agente:

—Sabe que no es legal llevar pasajeros ahí atrás. —Cogió su cuaderno de multas.

—Sí —dijo Hardin—. Lo sé.

La ancha hoja del machete se clavó con un ruido sordo en el cuello del agente antes de que nadie tuviese tiempo de ver a Hardin sacar el arma de la vaina bajo su chaqueta. El policía dio un paso inseguro hacia atrás, como si no se lo creyera, y después cayó al suelo.

—Escondedlo antes de que pase el siguiente coche —ordenó Hardin a los demás.

Se dieron prisa en obedecer, aunque el siguiente automóvil estaba coronando una colina a varios cientos de metros, y había tiempo suficiente. Alzaron el cuerpo con facilidad, haciendo solo una pausa para devolverle el machete a Hardin, y lo llevaron a la maleza más allá de la cuneta. Hardin pudo oírles caer sobre su cuerpo como los buitres, reclamando lo que el policía no necesitaba ya. Otros pasajeros empezaron a salir del camión. El siguiente coche pasó de largo.

—Jacques —llamó Hardin.

—Soy Jake.

—Jake, o como demonios te llames —replicó Hardin—. ¿Quién puso gasolina al camión?

—Fue Jacques.

—Dile que venga aquí. Después, tú, Lonnie, Greasy y Amber, coged el coche patrulla y traed tres coches más.

Jake obedeció. Mientras él y los otros tres se apiñaban en el coche patrulla,

Jacques se acercó a Hardin. Era un hombre bajo y robusto, de pelo espeso. Nunca parecía feliz. Y no era que a Hardin le importase mucho.

—¿Tenéis camiones diesel en Montreal? —preguntó Hardin.

—Claro.

—¿Y conoces la diferencia entre la gasolina y el combustible diesel, canaca gilipollas?

Jacques, con un aspecto cada vez más infeliz, vaciló antes de contestar, pero el machete de Hardin no dejó oír su respuesta. La hoja silbó a través del aire, aparentemente por voluntad propia, y la cabeza de Jacques cayó al suelo. Un momento después, el cuerpo la siguió. Hubo muy poca sangre.

Hardin se agachó y limpió la hoja frotándola contra la pernera de los pantalones de Jacques.

—Supongo que nueve vampiros *competentes* eran mucho pedir.

Mientras Desmond sacaba el cuerpo de la carretera, Hardin miró la parte de atrás del camión. Aquella partida de guerra, la más pequeña de la historia del Sabbat, viajaba ligera. Se arreglarían con los automóviles en lugar de un camión. Salvo unas bolsas de gimnasio llenas de escopetas de caza recortadas y munición, no había equipaje.

Hardin no contaba las cabezas como equipaje.

Estaba el Príncipe de la Camarilla de Columbia… o sea, el *antiguo* príncipe. Y los tres de Asheville: el Príncipe Van de Brook, menudo llorón. El joven Gangrel había muerto bien; incluso el Toreador, Stein, había mantenido una cierta dignidad.

Pero a Hardin realmente no le importaba. *A la mierda con todos*.

Él tenía su itinerario, y estaba cumpliendo con el horario previsto. En su opinión, aquellas apartadas «ciudades» casi no valían el esfuerzo de limpiarlas, pero tampoco eran *tanto* problema. Con todo, Hardin estaba ansioso de reunirse con las fuerzas principales y participar en la auténtica juerga. Como en Atlanta. *Aquello* había valido la pena… quemar la capilla Tremere hasta los cimientos. Por supuesto, el hecho de que Vykos se hubiese ocupado ya de la cabeza de operaciones Tremere había simplificado mucho las cosas.

Cabeza de operaciones, operar la cabeza… Hardin contempló la colección de cabezas de ojos desorbitados y sonrió. *Tengo que contárselo a Desmond*.

Lo de Atlanta había sido tope, de acuerdo. Esa otra mierda era simplemente hacer tiempo. No tendría que esperar demasiado: Winston-Salem, Roanoke, Charlottesville… y después la Gran Enchilada.

Faros de automóvil de nuevo. Pero esa vez llegaban desde la dirección opuesta, el

lado malo de la interestatal. Hardin reconoció el coche que había pasado antes, pero ahora era Amber quien estaba al volante. A Hardin no le gustaba mucho de cara —demasiado fruncida— pero tenía buenas tetas. El coche frenó con un chirrido al lado del camión.

—Muévete —dijo Hardin mientras abría la puerta y la empujaba hacia un lado. Ella desnudó sus colmillos y siseó como protesta—. Ahórratelo, hermana. —Sacó la cabeza por la ventana y gritó—: ¡Coged los trastos y vámonos! ¡Meted las cabezas en el maletero! —añadió para asegurarse de que no las dejaban atrás.

Desmond y los otros dos Sabbat formaron una cadena humana para pasar las bolsas de gimnasio y las cabezas. Una cabeza se escapó y rodó por el suelo, pero se metió bajo el automóvil para recuperarla.

—¿Qué pasa con Jake y los otros, *jefe*? —preguntó Rojo mientras se metía en el coche.

—Ya les alcanzaremos —dijo Hardin. No quería esperar más—. Si no nos encontramos, saben adónde nos dirigimos.

Jueves, 24 de junio de 1999, 3:00 am
Planta 13.ª del hotel Buckhead Ritz-Carlton, Atlanta, Georgia

Parménides despertó. Un momento después, comprendió que había despertado y maldijo los nombres de unos cuarenta y siete dioses, antes de verse forzado a hacer una pausa en sus maldiciones para conjurar los nombres de otros opresores sobrenaturales contra los que descargar todo su vitriolo.

No estaba muerto.

Bueno, aquello no era técnicamente cierto. Por supuesto que estaba muerto. Era un vampiro, un cadáver ambulante. Pero seguía, como solía decirse, entre los vivos. Para ser más precisos, estaba en un hotel de lujo en un exclusivo barrio de la ciudad de Atlanta. Para abreviar, estaba entre más de tres millones y medio de vivos.

Lo que era más significativo, todavía estaba entre los no vivos. Era prisionero —en orden creciente de horror y desesperación— del Sabbat, de los Tzimisce, y de una tal Sascha Vykos.

Desde su Abrazo, había oído historias de la depravación del Sabbat… sus impuros ritos y parodias, su predilección por beber la sangre de sus sires, sus demenciales esfuerzos por acelerar la llegada de la Gehena. Era algo bastante difícil de creer. Por qué iba a buscar nadie la Retribución Final de Caín, el Padre Oscuro, el llamado Primer Asesino y Matador de la Estirpe, era difícil de imaginar.

Recién llegado al mundo de los no muertos, Parménides había sospechado que aquellos rumores —como tantas historias similares para asustar a los chiquillos— no eran más que cuentos de viejas comadres. De *muy* viejas comadres.

A pesar de todo, tenía que reconocer que aquellas historias no eran más extraordinarias que la desquiciada idea de depredadores sedientos de sangre al acecho bajo las luces de neón de todo el mundo. Y ya no se sentía en posición de juzgar imparcialmente.

Los últimos años, había contactado en más de una ocasión con el Sabbat, sin encontrar nada que pudiera hacerle olvidar aquellas historias de infancia. Tales encuentros le dejaban siempre con una cierta incomodidad… algo que ni siquiera las benditas recompensas del paraíso de la montaña podían compensar por completo. En sus relaciones con los untuosos Lasombra, Parménides experimentaba una sensación desquiciante, como tener una víbora deslizándose sobre el muslo. Por supuesto, había tenido ocasión de manejar serpientes en el paraíso. Los venenos eran una parte antigua y venerada de la profesión. Sabía que hasta el tacto de la más mortífera cobra es frío y suave, y no desagradable en sí mismo.

Pero la sensación que tenía en presencia de los Lasombra era algo bastante diferente. Algo cambiante, caliente y glutinoso… el roce de una serpiente de pesadilla infantil.

Y luego estaban los Tzimisce. Parménides comprendía que en los exquisitos círculos de la alta sociedad vampírica —las recepciones en el jardín y los festines de helado que constituían la no vida de sus delicados primos de la Camarilla— los vampiros con respeto por sí mismos se avergonzasen incluso de *pensar* en los Tzimisce. Sería un *faux-pas* humillante, como hablar de lepra a la hora del té. Excepto que los leprosos se ocupaban de sus propios asuntos, y que aquellos asuntos raramente se relacionaban con la tortura, la mutilación y la ocasional (muy ocasional) muerte de gente respetable aficionada a pretender que no había tales criaturas deformes sobre su verde tierra.

Parménides había tenido poco trato con los Tzimisce. En conjunto, los demonios tendían a ser distantes y solitarios, obsesionados con sus perturbadores experimentos pseudocientíficos, ocultistas y anatómicos.

Los Tzimisce estaban casi umversalmente desinteresados por los asuntos de política, escalada social, y tráfico de poder… las metas que tanto significaban para sus hermanos del Sabbat, los Lasombra. No era sorprendente que pocas veces necesitasen servicios como los que ofrecía Parménides.

Aquella Vykos era una notable excepción. En primer lugar, no era monstruosa a la manera de su clan. Los Tzimisce disfrutaban con la deformidad, era su arte y su pasión. Entre su antigua hermandad de asesinos circulaba un prudente consejo acerca de los demonios: «Si, en el curso de tus deberes, te topas con una monstruosidad que acecha entre las sombras, es un Nosferatu. Has sido visto, y la víctima será alertada. Márchate y sométete al azote de los amos. Pero si ves una monstruosidad haciendo cabriolas a la luz de las antorchas, es un Tzimisce. Vete y no vuelvas hasta que hayan pasado tres noches… y entonces solo para confirmar que tu objetivo ya está muerto».

Vykos no era ningún monstruo que hiciese cabriolas. Era muy humana. Y muy femenina. Casi dolorosamente femenina, pensó Parménides resignado. Era bella de la misma forma en que lo era una tigresa saltando sobre su presa: toda gracia e inevitabilidad.

Su otra distinción obvia de las predilecciones de su clan era su ambición. Vykos estaba enzarzada en el mortífero juego de la política Cainita… un juego tan letal (aunque no siempre tan elegante) como la tigresa.

Aunque el juego en sí podía degradarse hasta lo cruda y meramente bestial, Vykos tenía una reputación por su estilo sutil, raro entre su clan. Mientras la mayoría de sus hermanos estaban encantados de dejar la verdadera dirección del Sabbat a los Lasombra, Vykos había convertido en costumbre derrotarlos en su propio juego.

Parménides sabía que otros como él habían estado al servicio de Vykos en el pasado, y que ella tenía una amplia carpeta de contratos todavía incumplidos por los amos. El pensamiento de que pudiera arriesgar tal relación…

Se alejó de aquella idea. Había algo doloroso allí, algo que todavía no estaba listo para tocar, para examinar en detalle.

Parménides estaba encantado de poder contemplar aquellos asuntos de forma tan racional. *El Sabbat, los Tzimisce, Vykos*. Repitió las palabras de nuevo, curioso y no disgustado ante la absoluta falta de respuesta que le inspiraban. Sospechó que la parte de su mente que era capaz de registrar el dolor y el terror estaba ocupada.

Pero aquella revelación fue un poco menos que tranquilizadora. Además de suscitar algunas preocupaciones sobre su bienestar físico, el descubrimiento parecía conjurar más incertidumbres de las que resolvía. Sentía una curiosidad más que pasajera sobre cuáles de sus funciones cognitivas superiores seguían bajo control. Decidió hacer un pequeño experimento.

Estaba bastante seguro de que los centros de emoción y dolor no respondían de la manera acostumbrada. Sospechaba que la causa inmediata de esa limitación era la extrema coacción física.

Otras reacciones reflejas también parecían cortocircuitadas. Por su muy temprano adiestramiento, sabía que sus funciones autónomas habían sido especialmente puestas a punto para prevenir la posibilidad de su captura durante el curso de una misión fracasada.

Solo había visto aquel mecanismo en acción una vez. Fue en Venecia, algunos siglos atrás. Pero no era probable que uno lo olvidara. Uno de sus hermanos, en un esfuerzo por escapar el palacio del Dux, fue interrumpido en el acto de zambullirse a la relativa seguridad del canal. Cayó por encima del parapeto y desapareció bajo una

mortaja de golpes y los tiernos cuidados de incontables puños, garras y picas.

Desde su puesto de observación al borde del laberinto de callejuelas, Parménides vio la caída de su hermano bajo la multitud. Se movió hacia el muro, pero su guardián le puso una mano en el hombro para frenarle.

—Atiende —le riñó—. Observa cómo logra escapar nuestro hermanito.

Parménides sintió la reverberación de cada golpe, rápido e insistente, como una lluvia. Estaba seguro de que el aguacero ahogaría a su víctima, o la arrojaría por encima del parapeto. Pero el hijo de la montaña no pereció. O por lo menos, no hasta después de que llevasen los hierros. Desde abajo, Parménides podía ver la agitación; podía oír cerrarse las ataduras de metal. Pero al mismo tiempo llegaron a sus oídos gritos de alarma y maldiciones.

—¡Aparta esa antorcha, estúpido! —gritó alguien. Pero la antorcha se mantuvo en alto. Hubo una brillante llamarada de magnesio seguida por una nube de grasiento humo negro en el pináculo del palacio del Dux. Solo entonces soltó su mentor al sorprendido Parménides, y juntos se confundieron entre la multitud.

En años posteriores, se había preguntado a menudo por las circunstancias que le habían llevado con su maestro al pie del palacio del Dux aquella noche. Nunca podía recordar realmente el pretexto exacto para la excursión.

Su entrenamiento no tuvo lugar, por supuesto, en la decadencia de las ciudades estado italianas, atrapadas entre los excesos de los Medici y la depravación de los Borgia. Los rigores del *khabar* exigían inequívocamente la dureza de los desiertos y las montañas.

Ni se consideraba apropiado para un novicio estar cerca para presenciar la obra de su hermano… ni siquiera en una misión con un resultado mucho más satisfactorio. La presencia de un aprendiz introducía demasiadas incertidumbres, demasiadas oportunidades de error.

Y cuando la Hermandad estuviese reunida una noche de verano en aquel lejano paraíso de la montaña, y las largas pipas de ámbar fueran encendidas y pasadas de hamaca en hamaca por criaturas exóticas con ojos tímidos en forma de almendra y ombligos como diamantes perfectos… entonces alguno de ellos suspiraría satisfecho y relataría una historia curiosa.

A medida que la historia se desarrollase, puntuada por generosas raciones de miel, higos, nísperos y ambrosía, relataría cómo, cierta noche inolvidable, una versión mucho más joven de él mismo, acompañada por su maestro, había presenciado una maravilla: el recitado de las legendarias Palabras de la Negación.

Narraría la trágica historia en su integridad, mostrando cada vista familiar, cada

sonido, cada emoción… hasta el punto en que un afortunado hermano fue llevado a los cielos en un carro de fuego.

Y después de que él hubiese hablado, alguien más cogería la pipa y hablaría a su vez, contando su historia de una noche en la que él (un *él* que apenas reconocía tras tantos años) y su maestro habían visto algo prohibido. Y así sucesivamente.

Y todas sus historias eran una historia, pero si era porque sus palabras y recuerdos se habían mezclado sin remedio en el curso de tantas décadas de veladas de verano largas y lentas, o si era porque realmente había solo una historia que se repetía eternamente, a través de incontables generaciones, no podía decirlo.

Pero aquellas meditaciones hicieron poco para tranquilizarle. Parménides era muy curioso y, por supuesto, había hecho discretas averiguaciones. El aspecto del asunto que más le preocupaba era que, aunque casi sin excepción, todos sus hermanos podían contar una experiencia singularmente perturbadora de alguien pronunciando las Palabras de la Negación… nunca había encontrado a nadie que admitiese haber sido testigo de cualquier otra misión, desastrosa o no.

La situación tenía el desagradable aire de una lección preparada. Una lección muy costosa. Parménides no podía evitar la idea (una idea irreverente y probablemente blasfema) de que aquellos dramáticos fracasos habían sido *preparados* para la instrucción de los neófitos.

¿Podían los amos saber con antelación qué misiones tendrían éxito y cuáles estaban condenadas al fracaso? No, ni siquiera el Viejo de la Montaña tenía tal omnisciencia.

Ciertamente, casi cualquiera de los amos sería un juez bastante agudo de qué misiones tenían más posibilidades de acabar mal. Era algo necesario para saber qué misiones aceptar y cuáles rechazar.

Pero aquello parecía algo más siniestro.

Parménides se alejó de aquella línea de pensamiento tan poco ortodoxa. ¿Quién era él para cuestionar a los amos, que le habían introducido en el paraíso terrenal? No sabía cómo empezar siquiera a pagar tal deuda. El balance a su favor era nada menos de una vida eterna.

Si los amos decidían enseñarle con duras lecciones, hacerle más fuerte, forjar de él una más fiable herramienta de su voluntad, no era nadie para negarlos, para defraudar su sagrada confianza.

Pero ahora parecía que los amos habían escogido… No. El pensamiento también estaba cerca de aquel lugar de dolor y duda que, de momento, se le negaba. El demonio estaba mintiendo. No había más explicación para él. La misma idea de que

los amos le abandonasen a las garras de los Tzimisce era inconcebible. Era una condena mucho peor que ser escogido para alguna misión suicida. En el fracaso, al menos, había un sacrificio glorioso y un rápido final en los fuegos de la purificación.

Pero todavía no había sido capaz de tocar el lugar secreto… el espacio resguardado de su corazón donde estaban escritas las Palabras de la Negación. No podía invocar la chispa sagrada para encender su llama interior.

Parménides dudaba que incluso las precisas manipulaciones neurológicas de los demonios pudieran alcanzar aquel santuario interno, y mucho menos cerrarle la puerta.

Era un lugar del espíritu, no de la carne, y no estaba sujeto a sus macabras artes.

¿Cómo, entonces, se le negaba el camino? ¿Sería alguna maldición, una última maldición de la bruja Tremere, Hannah? ¿Le habría robado, a través de alguna magia oscura e inescrutable, la Muerte Final, así como él le había dado la suya?

No, la ejecución de su misión había sido precisa, perfecta. No había espacio para el error o la vacilación al acechar a los Tremere. Los brujos tenían el indiscutido honor de ser la presa más mortífera del planeta. Nadie fuera de la Hermandad sería tan necio como para intentarlo. Al menor desliz, las posiciones quedaban dramática e irrevocablemente invertidas. En tal caso, su cabeza hubiese estado decorando alguna pared de la Capilla de Atlanta…

Su cabeza… De nuevo, Parménides corrió contra la barrera, un muro tejido de chillonas fibras nerviosas que bloqueaban aquella línea de especulación. Pero si el cambio no se debía a la bruja, aquello significaría que los amos, a sabiendas o no, le habían enviado al mismo corazón de la impía guarida de los Tremere indefenso… sin el recurso de la huida definitiva.

Tuvo la remota consciencia de que su cuerpo se convulsionaba violentamente, con las rodillas destrozadas (percibidas solo como una masa palpitante suspendida de sus piernas como un peso muerto) encogidas para golpear su pecho. Alguien maldijo y apretó sus muslos contra la silla, atándolos.

Vykos. La barrera de nervios expuestos entre él y su consciencia se vino abajo por completo.

Con un gran esfuerzo, sabiéndose solo y abandonado entre los demonios, Parménides abrió sus ojos a la pesadilla.

Jueves, 24 de junio de 1999, 3:04 am
Patio de carga de CSX, Atlanta, Georgia

Victoria ahogó un grito. El dolor era realmente intenso, pero no reclamaba una reacción tan extrema. Elford no pareció notar la exageración, sin embargo, y cacareó con deleite.

El correoso Tzimisce se sentó sobre el regazo de Victoria, montando a la Toreador. Sus piernas antinaturalmente largas y delgadas pasaron sobre las caderas desnudas de Victoria hacia la pared detrás de la silla. La vampira no podía imaginarse cómo había sitio para ellas, pero parecían plegarse en cualquier ángulo, así que probablemente estarían dobladas bajo la silla. Los brazos de Elford tenían cada uno media docena de codos, y se apoyaron en un estante hecho con el pecho de Victoria cuando el Tzimisce se inclinó sobre ella y se puso a trabajar en el lado de su cuello.

La frente y cuello de Victoria estaban fuertemente atados a la silla, por lo que era incapaz de mover la cabeza aunque solo fuese un centímetro. Pero su cuerpo era otra cuestión, y al sentir el dolor, arqueó la espalda intentó apartar al Tzimisce de su regazo.

Al pervertido bastardo le gustó, así que Victoria siguió haciéndolo. Salvo la última vez, porque empezó a aplicar algo de tortura por su parte.

Elford detuvo su trabajo de repente y miró a los ojos de la Toreador. Los suyos estaban llenos de oscuridad, aunque un nimbo de locura iluminaba sus bordes. Con una suave voz de niño castigado, dijo:

—No estás resistiéndote.

Victoria le dedicó su mejor sonrisa torva.

—Seguro que lo haré… cuando realmente me duela —respondió, fingiendo determinación a pesar del insoportable dolor.

La estrecha boca de Elford se abrió en una sonrisa.

—Puede que esto… —susurró, mientras volvía a afanarse en el cuello de Victoria, donde estaba sacando filamentos de hueso de su columna para formar una hilera de espinas como agujas.

Es como una rata de laboratorio, pensó Victoria. *O uno de los perros de Pavlov*, se corrigió al ver que empezaba a babear un líquido caliente que caía sobre su pecho y su estómago desnudos. *Quizá sea mío en seis meses*. Cuando se apretó contra ella, su gorda barriga resbalando sobre el cuerpo combado de Victoria, revisó de nuevo sus pensamientos. Elford siguió resbalando hasta quedar, un momento después, boca abajo en el suelo.

Mientras Elford caía, la puerta corredera del furgón se abrió un trecho, revelando a dos figuras en el exterior. Pese a lo relativamente corto de cautividad —corto en términos de tiempo, pero interminable a la vista de los horrores soportados—, Victoria casi había olvidado la sensación del aire fresco sobre su cuerpo desnudo: aire limpio, libre de la suciedad del fétido aliento de su carcelero, o del olor a sangre, sudor y tortura.

Las dos figuras subieron cautelosamente al furgón, inspeccionando el interior en silencio. Se movieron despacio hacia Victoria, sin fijarse en la corpulenta y tendida forma de Elford, como si estuviesen seguros de que no suponía una amenaza. La pareja, un hombre y una mujer, se acercó todavía más; miraron con intensidad a Victoria, y después, como si compartiesen una misma expresión, fruncieron profundamente el ceño. Estaba claro que no era lo que habían esperado encontrar.

Ella solo podía devolverles la mirada a duras penas, pues su cabeza seguía atada a la silla en un ángulo ligeramente forzado. El hombre era de aspecto bastante corriente, quizá un poco más alto que la media; con su chaqueta clara de safari, hubiese podido mezclarse fácilmente con la multitud… de no ser por las visibles escamas que cubrían sus manos, cara y cuello, y la lengua bífida que salía disparada de su boca cada pocos segundos. Su mirada iba y venía de Victoria al pequeño dispositivo electrónico que llevaba en la mano.

La mujer era normal, guapa pero no de forma impactante, aunque quizá aquello no fuese justo por parte de Victoria. Sus ojos mostraban una mirada dura y autoritaria que contrarrestaba la belleza que pudiese tener. Obviamente impaciente con la indecisión de su compañero, tocó el cuerpo de Elford con el pie. No hubo respuesta.

—¿Está muerto? —preguntó Victoria. Después, dirigiendo el poder de su gran atractivo hacia el hombre, añadió—: ¿Me habéis rescatado?

Él la miró y de inmediato dio un paso adelante para ocuparse de sus ligaduras.

—Por supuesto —dijo, como dejando claro que sugerir cualquier otra cosa sería

absurdo.

Victoria sonrió. Al menos, aquel recién llegado no tenía la fuerza de voluntad que había aislado a Elford de su influencia sobrenatural.

El rostro de la mujer reflejó su incredulidad. Habló burlonamente al nuevo servidor de Victoria.

—¿Qué haces, Orthese? ¿Conoces a esta mujer? ¡Escúchame! Primero tenemos que encontrar a Vegel y su chófer. ¿Por qué nos ha traído *aquí* la señal del teléfono móvil? ¡Déjala! Puedes ir de putas más tarde.

Victoria comprendió la situación de inmediato, aunque no por qué aquellos Setitas buscaban a Vegel. Volvió su atención a la mujer, que era, según sus cálculos, más fuerte… pero no mucho.

—El móvil de Vegel está ahí, en el suelo —dijo, señalando con un dedo el rincón oscuro al que Elford había mandado las piezas de una patada—. Soy Victoria, gran amiga del clan Setita y gran amiga de Vegel. Liberadme y llevadme a un lugar seguro, y también podréis ser mis amigos —ofreció, magnánima.

La mujer parpadeó, una, dos veces, y después se apresuró a ayudar a su compañero con las ligaduras. Los Setitas estaban ahora convencidos de que el rescate de Victoria era más importante que su misión original, probablemente la recuperación de Vegel… lo que significaba que Hesha debía de haberles enviado, y a su vez que podían tener información útil sobre Hesha y Vegel y la fiesta; información que Victoria necesitaría para tener una visión despejada de los embrollos de aquella noche. Ella seguía sin entender el juego de Hesha y Vegel, pero *alguien* la había traicionado, la había usado y manipulado, y aquello no podía tolerarse.

Pero ya habría tiempo para aquello. Lo primero era lo primero, ahora que estaba libre. Victoria miró al hombre escamoso.

—Rómpele el cuello —dijo señalando el cuerpo caído de Elford. No estaba segura de qué había derribado al Tzimisce, algún dardo envenenado, o quizá un hechizo Setita, pero no quería que despertase antes de que ella se hubiese ido con su nueva cuadrilla.

El Setita se arrodilló junto al cuerpo inmóvil y tiró del cuello de Elford hasta que quedó permanentemente torcido en un ángulo extraño… tan permanente como podía serlo una deformidad para un Tzimisce.

La espalda de Victoria le dolía terriblemente, pero aquella incomodidad y algunas heridas menores desaparecieron fácilmente cuando cada uno de sus nuevos amigos le dio varios tragos de vitae en cuanto ella lo sugirió inocentemente. Se sintió tentada de cobrarse lo debido en sangre de Elford, pero sus salvadores confirmaron la sospecha

de que había algún tipo de veneno Setita en sus venas y era mejor dejarlo.

—Dame tu chaqueta, por favor —pidió Victoria al escamoso. Él se la dio de inmediato, y resultó ser lo bastante larga para cubrir su desnudez—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó a la mujer.

—Tenemos un avión esperando en un aeródromo privado. Debemos volver a Baltimore, con Hesha.

—Excelente. —Victoria se dejó guiar al exterior del vagón en medio de una red de vías. ¿Cuántas otras víctimas de los placeres de Elford habría ocultas allí? ¿Y qué demoníacas medidas impedían que los mortales las descubriesen durante el día? No había tiempo para contestar a aquellas preguntas, ni para buscar más prisioneros. Incluso Vegel, por lo que decían los Setitas, podía estar allí, quizá en uno de los vagones cercanos.

Es su problema, pensó Victoria. Ella y los Setitas iban a salir de allí tan rápido como pudieran, sin pararse por nadie ni por nada.

—Excelente —dijo de nuevo. El Príncipe Garlotte de Baltimore era un viejo *conocido*, otro de aquellos admiradores a los que podía recurrir en caso de necesidad, y quizá Victoria necesitase algún tiempo para recuperarse de aquella ordalía antes de estar lista para tratar con un Setita de las capacidades de Hesha.

—Por supuesto —coincidió la mujer. El hombre asintió.

Pero mientras se volvían para salir, un súbito impulso se adueñó de Victoria.

—Un momento —dijo, y subió de nuevo al vagón. No fue fácil. Contuvo su deseo de huir del escenario de su cautiverio y tortura. *Solo unos segundos*, se prometió, mientras buscaba y encontraba los alicates que Elford había usado con tanta pericia sobre ella. Victoria llevaba numerosas cicatrices de su tiempo con él… heridas abiertas que no parecían inclinadas a cerrarse, dolorosas protuberancias de hueso, demasiado numerosas para contarlas. También llevaría el siniestro rostro de Elford en la mente por muchos años, mucho tiempo después de que se hubiesen curado las marcas que él le había dejado en el cuerpo. Si conseguía curárselas. Pero en aquellos últimos momentos antes de su huida, Victoria reclamó un recuerdo elegido por ella.

Viernes, 25 de junio de 1999, 3:41 am
Planta 13.ª del hotel Buckhead Ritz-Carlton, Atlanta, Georgia

—Despierta, mi joven y dulce asesino. Lamento no poder mantenerte inconsciente más tiempo. Es con mucho el amortiguador más sencillo contra el dolor, pero estás peligrosamente cerca del delirio, y tus piernas no se arreglarán si sigues convulsionándote así. Confío en que tus sueños fuesen agradables.

La sonrisa de Vykos era inocente, y su mirada se clavaba en él como si esperase una respuesta. Parecía algo distinta a como la recordaba desde su última confrontación. Sus rasgos tenían un cierto aire de cervatillo. Sus ojos eran más grandes, y su rostro más cálido y suave. Sus orejas acababan en una ligera punta.

No, no de cervatillo, se corrigió, sino de *fauno*. Parecía una criatura salvaje salida de alguna bacanal en los bosques, todavía salpicada de rocío y libaciones demasiado entusiásticas.

Parménides no pudo mantener su intensa mirada.

—Solo quiero saber una cosa —graznó, luchando por recuperar su voz—. Los amos, dijiste que los amos estaban al tanto de mi secuestro, que había sido acordado, aprobado. —Lanzó las palabras como acusaciones.

Vykos parecía complacida.

—Oh, bien. Recuerdas —dijo estrechándole la mano afectadamente—. Me hicieron creer que lo negarías, que te rebelarías contra ello. Pero no hay ninguna vergüenza en haber sido entregado. De hecho, es un gran honor para ti.

Parménides no podía creer lo que estaba oyendo. Si las palabras de la Tzimisce eran ciertas, había sido arrojado por sus amos —sus sabios y justos maestros, sus protectores, sus guardianes espirituales, sus hermanos— a las garras de los demonios. Y además tenía que sentirse orgulloso, honrado por aquella traición por parte de quienes amaba por encima de todo.

—¿Un honor?, ¿es un honor caer sin ser vengado entre tus enemigos? ¿Es un honor ser vendido a tu verdugo?, ¿es un honor que incluso te sea negada la dignidad de…? —Parménides se cortó en seco, temiendo haber dicho mucho en su arranque de emoción, haberse dejado llevar demasiado cerca de revelar uno de los misterios sagrados a una extraña, una bárbara, una de los infieles.

—Sabía que lo verías así. Tus amos hablaron muy bien de ti. Dijeron que eras un instrumento muy bien afilado y que apenas podían permitirse perder. Eso es lo que hace su regalo todavía más conmovedor.

Parménides rio de forma seca y burlona.

—Ellos no me traicionarían. No me traicionarían y me dejarían vivo. —Incluso mientras lo decía, se dio cuenta de que las dos frases no significaban necesariamente lo mismo. Con cada nuevo giro de la situación, empezaba a darse cuenta de la misma certeza—: Yo no debería estar vivo.

—No hables así, mi joven romántico, mi *philosophe*. ¿No ves que todo este complicado arreglo ha sido organizado para que puedas vivir?

Parménides no lo veía. No contestó, pero siguió mirándola con abierta sospecha. No sabía de dónde llegaría el siguiente ataque, pero no le cogería por sorpresa. Otra vez no.

—Tus amos no querían que cayeses víctima de la venganza de los odiados Tremere. No habría mayor indignidad… no solo para ti, sino también para ellos. Yo puedo ayudarles, y también a ti, querido. Pero debes permitirme que lo haga.

—Vas a ayudarme —dijo él, en tono neutro—. Vas a protegerme de los terribles Tremere. Me retendrás indefinidamente, confinado a una silla de ruedas, sirviendo como cobaya de tus demenciales experimentos. No dudo que ni siquiera los Tremere se aventurarían aquí. Estoy perfectamente a salvo, con todas mis necesidades atendidas. ¿Te doy las gracias ahora mismo, o te debo alguna cosa más y no lo sé todavía? No quiero parecer desagradecido por tu hospitalidad.

Vykos le miró con expresión juguetona.

—Creo que todavía no lo entiendes. —Rodeó la silla y la cogió por los mangos—. Ni siquiera yo pienso quedarme más de una semana como mucho. Y pierdo un tiempo precioso arreglando y volviendo a arreglar tus piernas. Pero estoy dispuesta a invertir ese tiempo en ti, porque te aprecio mucho. De hecho, espero que decidas acompañarme cuando me marche.

Empezaron a dar una lenta vuelta por la habitación. Al parecer, los criados a los que Vykos había aludido en su primer encuentro habían vuelto y acabado de desembalar rápidamente. O quizá no tan rápido: no tenía idea de cuánto tiempo había

pasado inconsciente.

—No hago todo esto para que te sientas en deuda conmigo. Lo hago por el bien de la amistad entre tu gente y la mía. O, al menos, fue la razón por la que accedí inicialmente a «reciclarte» para tus amos. Cuando llegaste, por supuesto, tuve el gusto adicional de hacerlo por el placer de tu compañía y el afecto que me inspirabas. No sacudas la cabeza. Eres una rara joya, mi joven y sensible asesino. Todo frío cálculo y poesía. Encuentro tu perfil refrescante, aunque he de reconocer que resulta bastante ajeno al mío. No somos tan distintos, tú y yo. Estamos unidos por nuestra pasión común. Nuestra eterna enemistad hacia los viles Tremere será un puente entre nuestros pueblos. Tú me ayudarás a apartar ciertos obstáculos, obstáculos hechiceros, de mi camino. A cambio, yo os ayudaré a ti y a los tuyos a rehabilitar a aquellos hermanos vuestros experimentados en un trabajo tan peligroso pero que corren peligro por el mismo hecho de haber tenido éxito en su misión. Nuestras gentes forjarán una alianza ante la que tiemble todo el mundo Cainita, y nosotros, tú y yo, seremos los rehenes de paz, los embajadores de buena voluntad, el pegamento de esa relación. Es una gran y terrible responsabilidad. Has sido honrado por encima de todos los tuyos, joven Parménides. Tu nombre resonará en los lugares secretos de la montaña mucho después de que te hayas ido.

Está loca, pensó el Assamita. Ya le habían dicho que los Tzimisce estaban desquiciados, que la Conversión los trastornaba. Los rumores sobre los siniestros ritos de iniciación del Sabbat, neonatos que eran enterrados vivos y tenían que abrirse camino con las garras hasta salir de la tumba, o pasar la eternidad bajo tierra… aquellos tormentos se aplicaban incluso a los delicados Lasombra. La forja de un Tzimisce era una ordalía a base de cosas más duras.

Parménides no era un extraño a la disciplina severa. El rigor de su intenso adiestramiento físico, mental y espiritual había dejado a incontables novicios —todos ya dotados de la fuerza y resistencia sobrenaturales que eran el derecho de nacimiento de su hermandad— muertos o suplicando la Muerte Final.

Pero incluso Parménides preferiría invocar las Palabras de la Negación a pasar una sola noche como aprendiz de los Tzimisce.

La reputación de sadismo, tanto físico como emocional, de los demonios —y su aterrador poder de imponer sus demenciales gustos, no solo a sus propios cuerpos, sino también a los de los vecinos— hacía que fuesen universalmente odiados y temidos.

Pero si los Tzimisce eran duros con los demás, lo eran todavía más con su propia especie. Estaban ferozmente orgullosos del dominio de su clan sobre la forma física, y

se recreaban con demostraciones de su arte a la menor oportunidad. Un Tzimisce novato era un público literalmente cautivo de aquellos experimentos inhumanos.

—¿Y si no coopero con esa «alianza» de la que me hablas? —desafió.

Vykos se detuvo.

—Oh, me sentiré muy decepcionada. He invertido mucho en tu rehabilitación… creí que te sentirías complacido. Y tus amos también confían en ti. Es una gran responsabilidad, aparte de un honor. No hay honor sin responsabilidad.

Empujó su silla hasta ponerle frente al gran espejo labrado a mano. Estaba hecho de negro lignito de encina y medía más de dos metros. Parménides se encogió con aprensión.

—*Sí*, ya sé que es un poco excesivo —dijo Vykos—. Demasiado dramático. Pero siempre tengo varios espejos grandes en el despacho. Tiene un efecto desarmante en las visitas, sobre todo cuanto haces negocios con los Lasombra: hace que se sientan incómodos, les pone fuera de juego. Oh, pero debes perdonarme. No estás familiarizado con ellos. Suponía que el trato con nuestros hermanos del Sabbat sería habitual para ti, pero veo que no es el caso. Espero que tengas pronto la oportunidad de conocerlos. Sí, tendré que organizar algo en cuanto sea posible. Los troyanos hubiesen apreciado este dudoso honor. Pero a ellos les hubiese bastado con cuidarse de los griegos que hacían regalos. Con los Lasombra, has de tener precaución incluso con los que parecen indiferentes. Ya lo verás por ti mismo y entonces podrás decir si tengo razón o no.

La mirada de Parménides estaba clavada en el espejo, con abierta incredulidad. Se llamó estúpido varias veces, sabiendo que debía haber estado preparado para algo así. Pero no podía dejar de boquear.

La cara que le miraba desde el espejo no era la suya. *Por supuesto que no lo es*, se burló una remota parte de su mente. *Nuestra cara sigue en el escritorio… puesta sobre aquel trofeo de guerra que nos llevamos de la capilla Tremere y pusimos a sus pies como un sacrificio, una ofrenda*.

—Una ofrenda de paz —musitó.

Le aterró que aquella voz interior pareciese tan racional, tan templada. El rostro que había pronunciado las palabras *una ofrenda de paz* pertenecía al ghoul. El ghoul al que había derribado, pasando después sobre su cuerpo al entrar en aquel sucio cubil. ¿Cómo le había llamado Vykos?

La piel de Parménides no lucía ya el envidiable tono de ébano que era la marca de los Assamitas… el legado de décadas de despiadado y seco clima desértico, haciendo efecto sobre una complexión privada del saludable matiz sonrosado que era el signo

externo del humilde milagro de la circulación.

Su nueva complexión no era desagradable. Era el moreno uniforme del más suave clima mediterráneo. Sus facciones situaban engañosamente su lugar de origen en algún punto de la península de Italia. Parménides se encontró pensando, incómodo, en Venecia.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Vykos—. Debes admitir que ni siquiera las diabólicas artes de los Tremere podrán penetrar bajo este disfraz. Porque realmente no es un disfraz, si lo piensas.

Parménides asintió de forma ausente. Su mirada viajó hacia abajo, y se enfrentó por primera vez al espectáculo de sus destrozadas piernas, aunque una pulcra manta roja de lana le ahorró lo peor. No podía sentir sus pies, pero notó, con cierta distraída gratitud, que ya no estaban unidos.

Asiendo firmemente los brazos de la silla, intentó levantarse. Solo consiguió desequilibrar la silla, inclinándola peligrosamente hacia delante. Pero las firmes manos de Vykos no le dejaron volcar.

—No, no intentes levantarte, querido. Todavía tendrás que quedarte en la silla. Tus piernas no pueden soportarte y ahora no tengo tiempo para arreglarlas. Grandes cosas se acercan. Me temo que tendrás que quedarte en la silla hasta… —hizo una pausa como si meditase cuidadosamente sus palabras— hasta que estés lo bastante recuperado como para mantenerte en pie.

Parménides no aceptó la idea de pasar semanas, probablemente meses, en tal confinamiento. Se quitó la manta del regazo con la intención de soltar las correas que le sujetaban a la silla.

De inmediato deseó no haberlo hecho. No había correas. No podía decir dónde acababa la siniestra silla y empezaba su cuerpo. Se sentó sin ofrecer resistencia mientras Vykos recogía la manta y volvía a ponerla en su sitio. El Assamita miraba hacia delante con expresión vacía.

—Tranquilo, tranquilo… Pronto podrás caminar de nuevo, tienes mi palabra. No dejaré que te dañes más allá del punto donde no pueda corregirse. Pero debes controlar tus emociones. Tu pasión será tu perdición. Has de enfocar tu impaciencia, tu rabia y tu voluntad en rehacer tu cuerpo herido. Solo entonces quedarás libre de esto… —Vykos hizo un amplio gesto que podía querer indicar la silla, la estancia, la situación, o incluso su roto cuerpo—. Mientras tanto, tengo un importante trabajo para ti. No, no discutas. La tarea no requiere saltos ni carreras. Podrás hacerlo muy bien con tus actuales medios de locomoción. Ahora escucha y haz lo que te diga.

No hubo respuesta.

—Si no estás dispuesto a hacerlo por mí, o por tu recuperación, tengo instrucciones de decirte esto: que lo harás por quien, moviéndose hacia aguas verdes, atrapa a su presa. Sabes que es una piedra dejada caer en el río de la noche.

Parménides bajó la cabeza con resignación. No se movió hasta que hubo escuchado cuanto ella tenía que decirle.

Viernes, 25 de junio de 1999, 3:41 am
Oregon Hill, Richmond, Virginia

Tres sonidos en rápida sucesión cortaron la noche. Don Carlos los reconoció de inmediato como disparos. Habían sido a varias manzanas de distancia, pero no tenía forma de saber quién era el tirador. ¿Serían los vendedores de droga mortales —que se negaban a dejar el vecindario a las parejas jóvenes que se habían mudado allí, renovando una manzana tras otra de edificios centenarios— resolviendo alguna cuenta pendiente? ¿O sería parte del gran drama en curso que tenía a don Carlos como su centro?

Supuso que, mientras todos pensasen lo primero, no había peligro para él. ¿Y cuál era el sentido principal del ejercicio que era la no vida… sino acumular tanto poder y riqueza como pudiera, corriendo el menor peligro posible?

Don Carlos se dirigió hacia una de las casas que más claramente *no* habían sido renovadas. El Príncipe Thatchet se resistía al concepto de progreso en cualquiera de sus formas. El viejo fósil, pensó don Carlos, prefería que toda la ciudad se desmoronase a su alrededor. Probablemente se hubiese sentido en casa durante el bombardeo yanqui de Richmond ciento treinta y tantos años antes. Don Carlos no había estado por allí entonces, ni siquiera como mortal, pero por lo que había oído y por lo que podía ver con sus propios ojos, aquellos días de gloria de la Confederación habían sido el último hurra de la ciudad. Sí, había sido reconstruida, pero la historia había pasado de largo. Solo la constante presión por parte de la Primogenitura y de los mismos compañeros de clan del príncipe, aquellos Ventrue inmersos en el mundo de la banca corporativa y las altas finanzas, mantenían la ciudad en movimiento y al paso —vacilante, con todo— de otros centros emergentes del Nuevo Sur, como Atlanta y Charlotte.

De lo contrario, una porción mayor de la ciudad se hubiese parecido a la casa a la

que se acercaba don Carlos: el refugio principal de Thatchet. Habían pasado décadas desde la última vez que una brocha tocó aquellas paredes. El tejado estaba intacto, en su mayor parte, y varias ventanas conservaban intactos sus paneles de cristal. Los dos hombres obviamente armados que montaban guardia en el porche delantero —don Carlos sabía que eran ghouls del príncipe— daban al edificio el aire de un fumadero de *crack*, pero dado que la policía estaba a las órdenes del príncipe, no había peligro de acoso por aquel frente.

Pero quedaban otros frentes disponibles.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó el albino.

—Seguro —la respuesta de don Carlos fue confiada.

El albino era una criatura profundamente perturbadora. Quizá fuesen sus ojos, de un pálido rosa, añadidos a su mística Sabbat, lo que le hacían un tanto inquietante incluso para los demás no muertos, que habían visto bastante de lo innatural y lo macabro como para no ser pejigueros con aquellas cosas. Don Carlos se había fijado en la incomodidad con que miraban al albino sus propios seguidores, en cómo se mantenían a cierta distancia de él, como si pudiese ser venenoso. Y ellos mismos no eran normales. Por supuesto, don Carlos había oído hablar del Sabbat desde poco después de su Abrazo, pero siempre había considerado aquellas historias como el equivalente vampírico de los cuentos del hombre del saco destinadas a asustar a los niños —o, en su caso, chiquillos— traviesos para que se portasen bien… Pero habiendo visto cara a cara a los verdaderos protagonistas de aquellas historias, ya no estaba tan seguro. Los vampiros con los que se había asociado hasta entonces habían sido miembros de la Camarilla, y aunque muchos eran monstruos por derecho propio, había algo… *distinto* en el albino y aquellos pocos de sus seguidores que había visto don Carlos. Algo más… y algo menos.

Más amenazador. Don Carlos había sobrevivido entre Vástagos más poderosos porque tenía talento para anticipar sus deseos y placeres. Más de una vez había hecho algún favor a una antigua antes incluso de que ella se diera cuenta de que lo deseaba. Aquella exhibición de su naturaleza insinuante y fatua aseguraba, hasta cierto punto, su integridad. No era que los antiguos o el príncipe se fiasen de él, pues se daban cuenta de que su lealtad procedía de un interesado aprecio por su cargo, más que un verdadero afecto hacia su persona. De hecho, ninguno se sorprendería realmente de verle unirse al bando victorioso. Pues los despojos correspondían al vencedor. Siempre. El truco era doble: saber con antelación quién vencería, y sobrevivir lo bastante para disfrutar de las sobras. Los antiguos, siempre trabados en planes de conquista y supremacía personal, y conscientes de la naturaleza de don Carlos, no

confiaban en él. Pero sí confiaban en predecir sus actos, y por lo tanto no le veían como una amenaza. Recogía los beneficios de sus luchas con tanta seguridad como un buitre en un campo de batalla.

Pero aquel albino, aquella criatura del Sabbat, era una incógnita, y el conocimiento de sus actos daba a don Carlos una ventaja sobre sus hermanos mayores de la Camarilla. El albino era más amenazador porque no formaba parte de la estática estructura de poder que proporcionaba su seguridad a don Carlos. Como factor desconocido, la criatura era más peligrosa, pero también potencialmente más útil. Pero había una segunda mitad en la ecuación: el albino era menos predecible. Don Carlos había estado sopesando constantemente las ventajas e inconvenientes de la situación desde que fue abordado por agentes del Sabbat meses atrás, ¿estaba el cuerpo medio lleno o medio vacío? Había decidido que los posibles beneficios de cooperar con el Sabbat superaban a los peligros, y a pesar de sus escrúpulos mientras estaba en presencia del inquietante albino, seguía creyéndolo. Para establecer una presencia en Richmond, el Sabbat necesitaba la ayuda de alguien que conociese la ciudad, que conociese los hábitos y refugios de los Vástagos que la habitaban. Que alguien estaba dispuesto a aceptar ciertos favores: la desaparición de un rival, información privilegiada que le permitiría eliminar una «amenaza» para el príncipe. No había escasez de formas, en la mente de don Carlos, de ayudar al Sabbat, y de que el Sabbat le ayudase a él.

La breve reunión con el albino solo sirvió para introducir aspiraciones aún más elevadas en los pensamientos de don Carlos.

—Queremos una demostración de tu facilidad de acceso al príncipe —había dicho el albino.

Y mientras don Carlos se acercaba al refugio del príncipe, con un pequeño micrófono pegado con cinta adhesiva bajo la camisa, su mente estaba llena de las posibilidades que le habían sido reveladas. *¡Querían saber cómo llegar al príncipe!* La audacia del Sabbat le asombraba. No solo querían reforzar su presencia en Richmond, estaban preparando el terreno para lo que no podía ser sino el inminente asesinato del príncipe. Sabiendo lo que iba a suceder, razonó don Carlos, podría situarse en posición de influir sobre la selección de su sucesor. Mirando hacia el futuro, podría vestir él mismo el manto en algún momento. La sola idea le hizo sentir vértigo. Nunca en sus noches de eternas conspiraciones se había sentido tan completamente vivo, tan consciente del latido de la ciudad.

Mientras subía por los escalones delanteros, los ghouls del porche le devolvieron el saludo con la cabeza. Estaban esperándole. Había enviado antes el mensaje de que

tenía importante información que revelar al príncipe de inmediato, pidiendo respetuosamente una audiencia. «¡La supervivencia de la ciudad puede estar en juego!» había escrito al final de su nota, recurriendo a un nivel de hipérbole que normalmente evitaba para asegurarse una rápida aceptación.

El porche crujió bajo su peso. *Qué poco apropiado para un príncipe*, pensó, *portarse de esta forma. Yo organizaré las cosas de otra manera*. Los ghouls no parecieron fijarse en la tirante sonrisa que don Carlos no lograba contener del todo.

Recuperó rápidamente la compostura y fue recibido en el interior por más ghouls, quizá media docena. Era una pandilla de aspecto patético, vestidos con harapos, sin afeitar, repulsivos tanto en su olor como en su comportamiento, ignorantes o despreocupados respecto a las facetas más básicas del decoro. Pero no por ello eran menos letales: el Príncipe Thatchet los elegía —sus guardaespaldas eran ghouls, pues no se fiaba de ningún Vástago para aquel cargo— por su habilidad con la pistola o el cuchillo. Su misión no era recibir dignatarios, y no se hacían ilusiones en aquel aspecto.

El interior de la casa era tan ruinoso como el interior, y apestaba a moho y orina. Don Carlos pasó de largo ante los matones de alquiler e ignoró las escaleras que llevaban al piso superior: ya había estado en aquel piso antes, y los sucios cuartos de los ghouls no eran un espectáculo agradable. Abrió la puerta que daba a la bodega. Aquella puerta estaba reforzada y era notablemente robusta en comparación con el resto del edificio. Bajó al oscuro sótano, apenas iluminado por una bombilla desnuda colgando de un cable, y fue saludado por Terrence Hill, asistente personal del príncipe.

—Don Carlos, el príncipe le espera. —Notablemente pulcro en la inmundicia, Hill se pellizcó las puntas de los bigotes mientras hablaba. Aquella afectación irritaba tremendamente a don Carlos, pero asintió con deferencia. Aquel ghoul, después de todo, era más viejo que él mismo y muchos de los demás Vástagos de Richmond. Al parecer, el príncipe apreciaba tanto las virtudes de Hill que no le Abrazaba para no arriesgarse a perder a un sirviente leal.

Qué degradante, ser un siervo durante toda la eternidad, pensó don Carlos mientras aguardaba pacientemente a que el ghoul le anunciase.

Hill se escurrió a través de otra puerta reforzada, sus gentiles maneras traicionando lo rápido de sus movimientos. Los agudos oídos de don Carlos captaron la introducción —«Mi príncipe, don Carlos del Clan Toreador ha venido para veros»— y la puerta se abrió de nuevo, y Terrence le guio a través de otra habitación mal iluminada.

—Mi príncipe —saludó, inclinándose profundamente con un floreo, tan bajo que pudo ver claramente las capas de hongos negros y grises cubriendo el suelo. Mantuvo la postura. La puerta se cerró con un chasquido al salir Terrence.

—Levántate, don Carlos. —Las palabras del príncipe eran un susurro gutural, casi inaudible.

Los ghouls al servicio del príncipe eran bastante parecidos, al menos para el ojo no entrenado, a los mortales corrientes. Pero el príncipe podía ser confundido con un ghoul en el sentido clásico del término. Al levantarse, don Carlos evitó sus ojos, como dictaba la costumbre instaurada por Thatchet. Pero incluso el más fugaz atisbo de aquella figura sentada bastaba para recordar a don Carlos aquella piel amarillenta y enfermiza, tan pálida que parecía transparente. Los mechones de pelo que quedaban en la cabeza del príncipe recordaban a las espinas de la Venus Atrapamoscas, y a pesar de la impresión de que los años décadas o siglos, según algunos, no habían sido amables con él, don Carlos había oído muchas historias que confirmaban que el príncipe era tan mortífero como la planta a la que se parecía ligeramente.

—Don Carlos —dijo en aquel susurro que su peticionario tenía que esforzarse para entender.

¿Habla así a propósito? se preguntó Don Carlos. *¿Intenta intimidarme? Bueno, pues no funcionará*.

—¿Qué noticias pueden ser tan importantes?, ¿por qué me molestas?

Aunque la voz de Thatchet no hubiese conseguido inquietar a don Carlos, sus palabras enviaron un escalofrío a lo largo de su columna. El Toreador había esperado una recepción más cálida por parte del príncipe, quizá interés si no entusiasmo. Pero don Carlos empezó a sentirse como si fuese la mosca que se da cuenta demasiado tarde del anillo que se cierra en torno a ella. Se aclaró la garganta, midiendo sus palabras cuidadosamente.

—Traigo noticias de la más vital importancia para la ciudad.

—Eso he oído.

Un ahogado crujido de la madera indicó que el príncipe había desplazado su peso en la silla, ¿pero estaba echándose hacia atrás para escuchar, o levantándose para golpear al irrespetuoso chiquillo? Aunque forzase los límites de su visión periférica, don Carlos no podía saberlo, y el príncipe no dijo nada más.

¿O sí? *¿Habrá dicho algo, y me he perdido el maldito susurro?* se preguntó don Carlos. Justo entonces oyó pisadas desde lo alto de las escaleras. Alguien se movía arriba. Quizá el sonido de antes hubiese sido lo mismo: pisadas, no un revelador cambio de postura del príncipe. Pero la posibilidad no tranquilizó especialmente a don

Carlos.

—He recibido noticias de fuentes fiables —dijo al fin, incapaz de soportar el peso del silencio—, de que el Sabbat tiene planes de tomar la ciudad.

Ahí estaba. Lo había dicho. Don Carlos había planeado usar aquel dato como gambito para acceder al príncipe. Era una increíble exageración respecto a lo que había deducido, pero Thatchet se lo agradecería, quizá incluso le pidiese que hiciese más averiguaciones, lo que le daría una tapadera para sus futuras relaciones con el Sabbat. Además, el albino, escuchando por el micro aquella reunión y otras futuras, podría reunir información sobre el príncipe y sus defensas, información que don Carlos podría confirmar o aclarar después.

Ah, se felicitó, *manipular a un bando contra el otro, mientras soy el verdadero amo de los dos… como debe ser*.

—¿Y crees tener acceso a espías más allá de mi alcance? —preguntó el príncipe.

Al oír aquellas palabras, la velada amenaza y burla que salía de ellas, don Carlos sintió de pronto que su confianza se consumía hasta no quedar de ella más que un cadáver reseco. La gélida voz del príncipe se filtró por las grietas del coraje de don Carlos. Thatchet, comprendió el Toreador, era un maestro en lo que dejaba *sin decir* además de lo que decía, y lo no dicho pesaba como un hacha sobre su cuello.

La breve y susurrada pregunta del príncipe flotó en el aire, desafiando a don Carlos a responder. Sintió que le temblaban las rodillas; rogó por que su nerviosismo —su *miedo*, miedo a aquel viejo vampiro cuyas solas palabras le inquietaban— no fuese del todo obvio. ¿Cómo podía haber ido aquella entrevista tan mal desde el principio?

Quizá había alguna razón para que aquella enfermiza y macilenta criatura hubiese sido Príncipe de Richmond durante tanto tiempo. Don Carlos había visto la fascinada reacción de mortales enfrentados a su propia magnificencia no muerta. Toda razón volaba: eran prisioneros de su emoción. Ahora empezaba a reconocer el mismo extraño poder que su príncipe tenía sobre él. Pero ni siquiera reconociéndolo podía combatirlo.

Se debatió frenéticamente en busca de alguna forma de salvar sus planes, y su acelerada mente encontró una respuesta. *¡Se lo diré todo!* decidió. *En lugar de advertirle de algún posible ataque futuro, que es sin duda el caso, le hablaré del albino y los demás monstruos del Sabbat que le acompañan. El príncipe sabrá qué hacer*.

Pero entonces se dio cuenta de lo ilógico de su plan: el micro bajo su camisa, el albino huiría, y don Carlos sería el tonto. El miedoso temblor que se había adueñado

de sus rodillas se extendió por todo su cuerpo, o eso le pareció. Cerró con fuerza los ojos, luchando por recuperar el control.

Tranquilízate, pensó. Se recordó que solo habían pasado segundos —y no horas, como le parecía— desde la pregunta del príncipe.

Gana tiempo… pero hazlo bien, se dijo. *Contesta, pero date tiempo para neutralizar el micro*.

Don Carlos inclinó la cabeza, intentando sacar ventaja de que sus ojos ya estuviesen cerrados, en una solemne exhibición de respeto.

—Mi príncipe, ciertamente vuestro alcance y conocimiento se extienden más que los míos. Pero en este caso… —Don Carlos vaciló. Comprendió de pronto que acababa de contradecir descaradamente a su príncipe, de que estaba firmando su propia sentencia de muerte.

¡Escúpelo, hombre! pensó. *Ya has cruzado la línea, ¡llega hasta el final!*

—Sí, mi príncipe —dijo de nuevo, tragando con fuerza. Esperó que el ruido fuese audible solo para él—. Creo que tengo acceso a fuentes que podrían estar… —*fuera de vuestro alcance*, estuvo a punto de decir, pero la impertinencia de las palabras bloqueó su garganta—. Que podrían estar ocultas para alguien de vuestra posición.

Don Carlos suspiró para sus adentros, felicitándose por aquel giro, que implicaba una posible traición por parte de otros más que una imperfección del príncipe.

Pasó un momento que se fue prolongando, pero el príncipe no contestó. Don Carlos abrió los ojos, pero sin atreverse a levantar la mirada. En aquella postura veía solo el pie del príncipe, firmemente plantado en el suelo.

¿Por qué no dice nada? ¡Maldito sea! El temblor volvió a aparecer, haciéndose más pronunciado. Don Carlos estaba seguro de que no podría controlarlo, esconderlo de su señor. El silencio roía los nervios del Toreador, acabando con su paciencia.

¡Se lo contaré todo! Me confiaré a su misericordia.

Don Carlos obligó a su boca a abrirse para hablar, pero las palabras que oyó no fueron suyas ni del príncipe.

La voz era la de un hombre, un hombre grande con un profundo tono de barítono que intentaba imitar la de un niño pequeño:

—¿Puedo jugar yo también?

Al momento, olvidando todo protocolo, don Carlos se giró para ver la cabeza de Terrence Hill saliendo por detrás de la puerta, ligeramente entreabierta. Pero la voz no era la del ghoul, y había algo raro en su expresión: tenía los ojos saltones, y su mandíbula, que colgaba suelta, subía y bajaba, pero no en coordinación con las palabras.

Entonces la puerta se abrió del todo, y don Carlos vio el puño en torno al cuello de Hill, y la enorme figura a la que pertenecía el puño: había tenido que agacharse para entrar y arrastraba a Hill como un muñeco sin vida, lo que era más o menos el caso. Tras el coloso estaba el albino, con expresión severa, y detrás de él, otros que iban y venían para mirar por encima de sus hombros.

El hecho de que los vampiros del Sabbat estuviesen en la guarida del príncipe fue al principio demasiado para la comprensión de don Carlos. Pasaron tres segundos antes de que se le ocurriese mirar al príncipe. Seguramente el vampiro más antiguo acabaría con los intrusos.

Pero pasó otro momento sin que el príncipe se moviese. Ni cuando el albino se abrió paso en la estancia, ni cuando el gigante arrojó el cuerpo de Hill al suelo, revelando que el cuello del ghoul había sido retorcido como un sacacorchos, hasta dar dos vueltas completas.

Solo tras una segunda mirada comprendió don Carlos que las sombras que rodeaban al príncipe eran demasiado oscuras; oscurecían un lugar al que hubiese debido llegar la luz de la bombillas. Y aunque la luz estaba quieta, las sombras se movían: se enroscaron en torno al cuerpo del príncipe, como serpientes hechas de oscuridad, boas que sujetaban los brazos y piernas de Thatchet a su silla. Una banda flotante de viscosa negrura cubrió la parte inferior de su cara, pero sus ojos muy abiertos y los sonidos entrecortados de su garganta sugerían que aquellas sombras con vida propia también se movían por su interior. Por primera vez en su existencia como no muerto, una vaga náusea empezó a insinuarse en las entrañas de don Carlos.

El albino se adelantó, con una sierra en la mano. El gigante fue hacia el centro de la habitación y el espacio se hizo de pronto muy pequeño. Las demás criaturas del Sabbat siguieron al albino: una cosa aracnoide y de piernas arqueadas, emaciada hasta el punto de que casi todos los huesos parecían visibles, y cuya piel oscura le daba el aspecto de haber sido churruscada y sacada del horno justo antes de la inmolación completa; la otra iba casi totalmente oculta bajo un largo abrigo y un sombrero de ala ancha bien calado, a pesar del calor veraniego.

—Mi príncipe —zumbó el albino, parodiando la conversación que había escuchado—, perdonad la intrusión, pero vuestro asistente dijo que podíamos veros. —Hizo un gesto hacia el cuerpo inerte de Hill, enarcando una ceja ante la falta de respuesta del príncipe—. Quizá se ha equivocado —siguió en el mismo tono monocorde—: parece un poco cansado. Le vendrían bien unas vacaciones.

Don Carlos solo podía parpadear, atónito. La cosa parecida a una araña soltó una risita ante el chiste malo del albino. El gigante no parecía haber cogido el chiste, pero

rio una vez imitando a su compañera.

¿Y los ghouls? se preguntó don Carlos. *¿Dónde están los guardias?*

—No habrá más interrupciones —dijo el albino mirándole, como si le hubiese leído el pensamiento.

Don Carlos echó un vistazo a Hill. *Todos los guardias… y sin ruidos de lucha.* El *coup d'etat* que había imaginado no iba tener lugar en el futuro. Estaba ocurriendo ya.

—Todos los tipos de la Camarilla tenéis el mismo problema —comentó el albino despreocupadamente, mientras se acercaba a menos de treinta centímetros del príncipe cautivo—. Teméis demasiado a vuestros antiguos. —Alzó la sierra, inspeccionando brevemente la hoja a la tenue luz, y la puso contra el brazo izquierdo de Thatchet, justo bajo el codo. Las sombras se apartaron alrededor de la hoja, pero sin liberar el brazo del príncipe.

El albino empezó a trabajar con la sierra, moviéndola hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, y cortando la carne limpiamente. Don Carlos apartó la vista —podía beber sangre, pero aquello estaba muy alejado de tal carnicería— pero no pudo eludir el desquiciante chirrido de la sierra contra el hueso.

—Hmm —se dijo el albino—. ¿Es el cúbito o el radio? No lo recuerdo. Pero no importa: los dos van a caer.

El chirrido empezó de nuevo, con más fuerza esta vez. Terminó de cortar el primer hueso y empezó con el segundo. Pero el rítmico movimiento se detuvo con un crujido.

—Vaya, me temo que la he fastidiado con este —murmuró el albino—. Pero ya sabéis lo que dicen: práctica, práctica, práctica.

Un golpe seco junto al pie de don Carlos atrajo su atención. Bajó la mirada para ver la mano y antebrazo izquierdos del príncipe, con un muñón de hueso roto saliendo de donde debía haber estado su codo.

Don Carlos retrocedió de un salto, y, en contra de lo que le aconsejaba su prudencia, miró al príncipe. No al lugar donde el albino había empezado a serrarle el otro brazo, sino a la cara. Si estaba intentando gritar, el sonido no había atravesado todavía el velo de sombra que rodeaba su boca. Sus ojos estaban muy abiertos por el dolor, pero aquello no era todo. Don Carlos había esperado ver miedo y arrepentimiento ante el final de lo que había podido ser una existencia eterna. Pero todo lo que pudo distinguir en aquellos ojos extraviados fue odio. Thatchet no miraba al albino, ni al desastre de su brazo derecho: había fijado su mirada en don Carlos, y el odio de aquellos ojos iba dirigida hacia el Toreador tanto al menos como hacia las bestias del Sabbat.

—Muy bien —dijo el albino, levantando la mano derecha del príncipe—. Ya ves, mi amigo de la Camarilla: vuestros antiguos no son nada que temer una vez han sido convenientemente desarmados.

La cosa como una araña se rio de nuevo. El sonido era como el de uñas rascando una pizarra. El gigante resopló como un enorme niño idiota, y el Sabbat del abrigo siguió en silencio.

—Delona, trae mi caja de herramientas y una alargadera —ordenó el albino. Su piel blanca estaba salpicada de rojo, aunque había bastante poca sangre en el suelo, considerándolo todo. Al parecer el príncipe no se había alimentado recientemente, pues salía poca sangre de los muñones, que ya se estaban empezando a curar gracias a la potencia de la vitae.

La cosa araña salió de la habitación, pero el albino cambió súbitamente de opinión y la llamó de vuelta:

—Me temo que no tenemos tanto tiempo.

Del mismo modo abrupto, el albino pasó su atención y su inquietante mirada rosa a don Carlos.

El Toreador estaba intentando negar lo que había visto con todas sus fuerzas. Pero los brazos cortados, el segundo de los cuales acababa de dejar caer el albino al suelo, no desaparecían, y los monstruos del Sabbat permanecían allí de forma innegable.

—Os marcháis, entonces —dijo don Carlos, intentando no parecer demasiado ansioso.

El albino asintió.

—Queda muy poco que hacer en Richmond. Dentro de una hora, ningún antiguo de la Camarilla sobrevivirá aquí.

La atrevida declaración tardó un momento en calar. *Ningún antiguo de la Camarilla…*

Don Carlos volvió a darse cuenta de su error. Tal y como no había una misión de exploración para preparar un futuro golpe, tampoco se trataba de un ataque dirigido a dejar sin líder a los Vástagos de la ciudad.

Ningún antiguo de la Camarilla sobrevivirá…

Si lo que decía el albino era cierto, si todos los antiguos iban a ser destruidos, la purga llevaría a los vampiros de la generación de don Carlos a tomar las riendas del poder. Estaba deseando iniciar su ascenso como peón del Sabbat, pues un peón, con el tiempo, podía convertirse en reina… o en príncipe.

—Necesitaréis a alguien que se quede aquí para estar al tanto de la situación en la ciudad —sugirió—. Serán débiles al principio, pero un contacto en el interior puede

ser muy valioso con el tiempo.

Y con el tiempo, pensó, *podré echaros*.

El albino no respondió, sino que se volvió hacia el príncipe, todavía prisionero de las sombras. Agarrando uno sus mechones de pelo para echarle la cabeza hacia atrás, puso la hoja de la sierra sobre la laringe de su cautivo.

—Me temo que la hoja está ya un poco embotada —dijo, y empezó a cortar.

Despacio.

Cada movimiento, hacia delante y hacia atrás, enviaba temblores a través del cuerpo del príncipe. Sus ojos se abultaron hasta que don Carlos creyó que se le iban a salir de las órbitas. Pero la sombra siguió manteniéndole inmóvil, indefenso.

Don Carlos cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos, el albino, un pálido Perseo que acababa de vencer a la gorgona, sostenía en alto la cabeza del príncipe, libre por fin de la sombra.

—No necesito ningún contacto en el interior —dijo triunfante el albino, sonriendo por primera vez. La visión heló el corazón de don Carlos—, pues *no habrá* interior. No atacamos y destruimos a los antiguos de vuestra ciudad solo para seguir nuestro camino y dejaros tranquilos, cambiando solo los nombres de los debiluchos de la Camarilla a cargo de todo. Esta noche os damos la patada. A todos.

Don Carlos empezó a protestar, pero sintió una gran presión en el cuello. Estaba siendo alzado en el aire por la mano del gigante en torno a su garganta. Y el albino ya le había olvidado, desechándole como si fuese basura.

¡Puedo ayudaros! ¡Dejadme ayudaros!, quiso decir, pero su voz ya le había abandonado.

—Esto debería ser suficiente para ponerme por delante de Hardin en nuestra pequeña apuesta —dijo el albino mientras miraba la cabeza del príncipe. Después se giró y observó pensativo a don Carlos—. Bueno, puede que una más…

Sábado, 26 de junio de 1999, 2:13 am
Cerca de los muelles, Washington D.C.

La Gran Enchilada.

Hardin no estaba muy impresionado con la ciudad, todavía no. Era demasiado silenciosa y tranquila para su gusto. Había sirenas parpadeando en la distancia, al menos cada diez o quince minutos, y aunque estaba a veinte metros del pequeño bar al otro lado de la calle, las notas graves de alguna vieja canción de Sammy Hagar retumbaban en su pecho. Pero echaba algo en falta.

Hardin había oído que todo en Washington era o miseria o esplendor, que no había término medio. Estaba en un vecindario tosco y de clase obrera, del tipo que se queda en los márgenes en torno a los lugares de poder. Los bajos edificios eran en su mayoría de ladrillos de cenizas o ladrillos viejos, y todos tenían barrotes o puertas metálicas para cubrir los cristales. Sospechaba que el esplendor le hubiese gustado todavía menos.

El puñado de gente que estaba en el exterior del bar no se fijó en Hardin cuando cruzó la calle. A cada dos pasos, el cartel de neón en la ventana se encendía y apagaba:

Purgatorio
Purgatorio
Purgatorio

Qué jodidamente mono, pensó. *¿No es como un grupo de la Camarilla?* Se ocultaban tras su pequeña Mascarada para protegerse de los mortales —*¡Mortales! Putos cajeros automáticos de un banco de sangre*—, y luego no podían resistirse a dejar pistas parpadeantes para los que sabían verlas.

Purgatorio
Purgatorio
Purgatorio

A cada paso, a cada destello del cartel, Hardin se sentía más cabreado. *Son demasiado estúpidos… demasiado jodidamente monos… para vivir*.

Había bastantes motos aparcadas como para que Hardin reconociese el lugar como un punto de reunión Brujah aun sin el cartel luminoso de «Vampiros aquí». *Al menos sabes de qué van los Brujah*, pensó. *Alguien que quiere patearte el culo. Quizá tenga una razón y quizá no. Pero en realidad no importa*.

Al menos los Brujah tenían redaños. Y los Anarquistas, al menos algunos, los que no eran unos mariconcetes llorones. De hecho, Hardin casi prefería a algunos de los toscos tipos de la Camarilla que a sus propios antiguos Lasombra, que tendían al extremo más finolis de la escala. Los Brujah podían tener una oportunidad… en general; no los del bar aquella noche.

Purgatorio

Purgatorio

—Purgatorio, mi culo peludo —murmuró Hardin mientras entraba en el atestado local.

Se detuvo justo al cruzar la puerta. La música, alta cuando había estado al otro lado de la calle, ahogaba todas las conversaciones salvo las que fuesen a gritos, y el humo de la sala era casi tan denso como cualquier sombra que él pudiese invocar. No intentó abrirse paso hacia el interior. En lugar de ello, se relajó y dejó que su visión se desenfocase: las siluetas se hicieron menos definidas, las líneas se emborronaron y las numerosas figuras ante él asumieron aspectos muy distintos. La escena no era del todo distinta a un caleidoscopio en movimiento; la espesa capa de humo parecía adoptar distintos colores y patrones, confundiendo la ya caótica atmósfera, pero a través de aquel filtro, Hardin vio lo que había oculto de la visión normal: quién era un mortal, un ghoul o un Cainita. Las diferencias no siempre eran claras ni precisas, y algunas requerían más atención que otras. Los colores y esquemas cambiaban, pasando de uno a otro y otro, y muchos de los clientes del bar se movían también.

Pero Hardin no necesitaba información exacta, sino una impresión general.

La parte delantera del bar estaba llena sobre todo de mortales, con uno o dos ghoul por medio. Hacia el fondo del local, en lo más denso del humo y las sombras, había vampiros. Al menos seis o siete, quizá un par más.

Hardin dejó que sus ojos volviesen a enfocarse, y se giró con una forzada sonrisa hacia una de las clientes más próximos, que podía ser una ghoul, un perro de guardia de los vampiros del fondo, o no. Hardin no estaba seguro de que aquella mujer de los vaqueros cortados y la media camiseta lo fuese, pero había una posibilidad. Con un grácil giro de muñeca, un cuchillo mariposa apareció abierto en su mano. Puso la otra

mano en el hombro de la mujer, y después le clavó la hoja en el abdomen, justo por debajo del ombligo. Su cara mostró sorpresa al principio, pero entre el ruido y la confusión, nadie más pareció darse cuenta de lo que había hecho Hardin. Incluso cuando cortó hacia arriba con fuerza inhumana, rasgando su estómago, su sujetador y su garganta, y ella cayó al suelo, hubo solo confusión entre los clientes, no alarma… otra borracha vomitando o colocada. Si alguien reparó en la sangre, sus avisos quedaron ahogados por la música.

Desmond y Rojo, junto con Jake, Greasy y Amber, formaron a empujones un muro a lo ancho del bar. Al unísono, sacaron sus escopetas recortadas y abrieron fuego.

La primera descarga segó a la clientela. Cuerpos, vasos y mesas explotaron. La segunda tuvo un efecto muy similar. Hardin se asombró de la rapidez con que se había despejado la mitad del bar aunque nadie hubiese salido por la puerta. Los clientes que no estaban muertos yacían heridos o se había parapetado.

Por primera vez, los gritos se oyeron por encima de la música, que había pasado a ser una canción de los Righteous Brothers.

«Y no hay ternura, como antes, en las yemas de tus dedos.»

Dos aullantes Brujah se lanzaron como misiles desde las sombras del fondo, pero los tiradores no habían perdido ni un instante en recargar, y los cinco impactos de escopeta detuvieron a ambos Vástagos, enviándoles de vuelta en la dirección contraria.

«Intentas no mostrarlo, ne-na…»

Los hombres de Hardin concentraron su fuego en el fondo del bar, pero con la dispersión y la rapidez de los disparos, ni una pulgada estaba libre del fuego devastador… solo detrás de la barra. Y Hardin estaba preparado cuando el camarero apareció con su propia escopeta.

«Has perdido ese sentimiento de amor, whoa-oa, ese sentimiento de a-mo-or…»

El machete de Hardin rajó la nuez del hombre antes de que pudiese apretar el gatillo.

«Has perdido…»

Amber barrió el bar con sus tres siguientes disparos, y la música enmudeció. Oyeron más disparos en el exterior. Hardin sonrió: Lonnie y los demás estaban haciendo su tarea de bloquear las salidas traseras desde fuera.

Unas pocas descargas más acabaron con todo. Incluso aquellos Vástagos o mortales que se habían parapetado tras mesas volcadas estaban despedazados. Rojo y Desmond dispararon una y otra vez sobre los cuerpos tendidos: no tenía sentido darle

una oportunidad a un vampiro. Ni uno de los juerguistas de la Camarilla, suponiendo que fuesen armados, había devuelto un solo disparo.

Un notable silencio cayó sobre el Purgatorio.

—Dos minutos, chicos —dijo Hardin—. Conseguid la sangre que podáis y nos vamos. —Pensó por un momento recoger algunas cabezas más, pero no quería entretenerse y que llegase la policía. Además, había muchos otros vampiros en D.C., y la diversión acababa de empezar.

Domingo, 27 de junio de 1999, 12:05 am
Casa capitular del Arcanum, Georgetown, Washington D.C.

El Canciller Abrahm Yrul se aseguró de cerrar bien la puerta delantera, y se volvió hacia su coche aparcado en la calle. La seguridad de la casa capitular no era un asunto intrascendente. Era un punto que había discutido con cierta regularidad con los demás Arcanistas.

—¿Y qué hay de nuestra seguridad *personal*? —había preguntado Geoffrey Truesdell aquella misma noche—. Deberíamos construir un aparcamiento subterráneo: así no tendríamos que andar por la calle a esas horas.

Era cierto que los Arcanistas tendían a entrar y salir a todas horas del día y de la noche. La investigación, aunque careciese de avances sensacionales, podía desplazar fácilmente el sentido del tiempo, como bien sabía Abrahm. Llevaba un largo día… tres largos días, de hecho, sin salir de la casa. Algunos asociados juraban que vivía allí, y Abrahm se preguntó si no estarían en lo cierto.

—¿Sabes por cuántas ordenanzas municipales y despachos oficiales tendríamos que pasar para hacer algo así? Además, tendríamos que resituar las bóvedas, exponer la casa a contratistas externos, disponer seguridad para una entrada *mayor*… — Cuando acabó de contar inconvenientes con los dedos de una mano, Abrahm pasó a la otra.

Por supuesto, todos eran conscientes de la violencia que había estallado en la zona sur de la ciudad la noche anterior… no, aquello no era cierto, comprendió: había varios Arcanistas que estaban completamente inmersos en sus estudios, como llevaban varios días, y que *no* tenían la menor idea de qué ocurría en el ancho mundo más allá de las paredes de la casa capitular. Pero la *mayoría* de los Arcanistas se habían enterado de los actos de violencia aparentemente relacionados con las drogas que se habían iniciado cerca de los muelles y se habían extendido después como un

incendio. Y había informes de nuevos derramamientos de sangre aquella noche.

Abrahm observó la calle vacía. La situación era claramente peligrosa, aunque aquello fuese Georgetown, y ninguno de los incidentes hubiese tenido lugar a menos de ocho kilómetros de la casa. Abrahm se sintió mejor, de todas formas, cuando estuvo a salvo dentro de su Jaguar y accionó el bloqueo eléctrico de las puertas.

Los golpes en la ventanilla le sorprendieron. No había habido nadie en la calle, pero había un hombre extraño golpeando pacientemente con el índice la ventanilla de Abrahm. El dedo del hombre era blanco, como su cara. Sus ojos color rosa miraban más allá del cristal.

¿Cómo no le he visto?, se preguntó el canciller. *¿Cómo?* El hombre, obviamente un albino, prácticamente brillaba en la oscuridad. Con todo, Abrahm no sentía deseos de bajar el cristal y hablar con el hombre; pero tampoco quería parecer descortés. A modo de compromiso, saludó educadamente con la cabeza, pero siguió girando la llave de contacto.

La mano blanca atravesó la ventanilla con una lluvia de fragmentos de cristal y se cerró sobre la garganta de Abrahm Yrul. El claxon del Jaguar sonó brevemente cuando la rodilla del canciller se apretó contra el volante.

El silencio volvió rápidamente al coche vacío, las llaves todavía en el contacto.

Domingo, 27 de junio de 1999, 12:49 am
Aeropuerto nacional Reagan, Washington D.C.

El avión apenas se había detenido cuando Parménides-Ravenna y Vykos se marcharon en la limusina que había estado aguardando.

—Una noche encantadora para ver los monumentos, ¿no crees? —preguntó Vykos, pasando un dedo por el borde interior de la rodilla de Parménides.

Estaba muy orgullosa de aquella rodilla. Habiéndola construido y reconstruido varias veces a lo largo de las pasadas noches. Ahora Parménides podía caminar con cierta dificultad y la ayuda de un bastón de puño de bronce. Aun así, su grado de recuperación era notable.

—Sé que es terriblemente incómodo, pero es culpa tuya —le recordaba una y otra vez—. Había planeado que estuvieses completamente recuperado y en plena forma a estas alturas. —La prolongada y vehemente resistencia de Parménides a sus cuidados, señaló, había complicado las cosas innecesariamente, y causado un dolor innecesario. Aquello último lo decía con una beatífica sonrisa en sus facciones.

Parménides había ignorado aquellos comentarios, como ignoró el de los monumentos. Era consciente de que sería una noche encantadora para cualquier cosa que desease Vykos.

—Oh, no te enfurruñes —dijo ella tocándole la barbilla—. Puedo ponerte una sonrisa en la cara —añadió con picardía.

Era verdad, por supuesto. Podía hacer —y de hecho hacía— lo que quisiera con la forma física de Parménides. El Assamita imaginó que una sonrisa sería una nimiedad, pero supuso que Vykos no se pondría manos a la obra en aquel momento, pues más de uno de sus caprichos pasajeros habían resultado (para ella) merecer varias horas de trabajo.

A pesar de la juguetona amenaza, Parménides siguió mirando por la ventana,

ignorando no solo a su anfitriona, sino también a su reflejo sobre el cristal, la imagen que era, pero no era, la suya. Se había sumido en el silencio, en cualquier solaz que pudiese encontrar allí, desde su transformación. Condenada Vykos. Pero por supuesto era Parménides quien más condenado parecía, entregado a aquel demonio por los suyos. Su mente era todavía incapaz, quizá cada vez más, de sondear la situación. No había nada firme, ni siquiera su propio reflejo, en torno a lo que construir una versión razonable de la realidad. Así que miraba desafiante, siendo el silencio su única fortaleza, su único desafío… sabiendo muy bien que, si su nueva ama lo deseaba, también podría derribar aquellos muros.

Pasaron junto al monumento a Washington, «una encantadora chuchería mortal», oyó que lo llamaba Vykos. Parecía capaz de llevar la conversación ella sola, y más que dispuesta a hacerlo. Su voz entraba y salía de la consciencia de Parménides, como había hecho desde el momento en que él había sentido sus dientes en la garganta. ¿Había sido realmente unas pocas noches atrás? Le parecía un tiempo más largo que sus arduos años de adiestramiento, más que todos sus años como mortal y no muerto sumados. Ya no sabía si los sonidos que oía eran palabras de verdad pronunciadas o el eco de su voz llenando los huecos de su mente. Intentó retirarse más hacia el interior, pero fue llevado de vuelta mediante una firme presión en su milagrosa rodilla semifuncional.

—*Eso* es un verdadero monumento —dijo Vykos.

La limusina había reducido la marcha. Parménides miró a través del cristal, a través de aquella otra cara, pero no vio más que una gran casa destruida por el fuego. La admiración de Vykos por aquella ruina le extrañó, pero menos que si hubiese sido cualquier otra persona. A pesar de lo estrecho que había sido su contacto, no tenía más posibilidades de descubrir sus pensamientos que de volver a su vida mortal.

Siguieron su camino, la limusina recorriendo estrechas calles con coches aparcados a cada lado. Parménides no había reparado en qué momento habían salido de la parte de la ciudad llena de monumentos y museos —algo antes del edificio quemado— pero desde luego ya estaban lejos de aquella zona.

Al poco rato, el coche se detuvo. Los reflejos de las luces danzantes llamaron la atención de Parménides. Se apartó de su ventana para ver otra escena de destrucción, aquella en pleno desarrollo. Al final de la siguiente manzana, varios fuegos ardían incontrolablemente. Los camiones de bomberos bloqueaban la calle. Arcos de agua se alzaban en la noche, cayendo con poco efecto entre las llamas. Hombres sudorosos con cascos y gruesas chaquetas se afanaban en su tarea. Quizá pudiesen contener el incendio en aquella manzana. Quizá no.

El pecho de Vykos se elevó y cayó con un profundo suspiro.

—La destrucción de la arquitectura humana es algo trivial —dijo Parménides. Sus palabras, menos cortantes de lo que había pretendido, sonaron vagamente patéticas. Su fuerza parecía embotada por los confines de la limusina, la naturaleza aislada del habitáculo que amortiguaba casi por completo los sonidos de aquel infierno.

Vykos se volvió hacia él con una encantadora sonrisa.

—Estás vivo, mi *philosophe*. —Le acarició tiernamente la mejilla—. Y tu mente parece intacta. Sabía que estabas hecho de un material más duro —añadió, pero sin aclarar a qué se refería con el *más*. Dedicó su atención al edificio en llamas—. Tienes razón, por supuesto. Qué perspicaz. —Apartó la mirada del fuego el tiempo suficiente para pellizcarle la mejilla—. Es una de las razones por las que te aprecio tanto. Las construcciones mortales son tan volátiles… Pero esto —dijo, golpeando el cristal con el dedo para dar énfasis a sus palabras—, esto es un *verdadero* monumento… un monumento al príncipe Ventrue de la ciudad.

Aquello sumió a Parménides en el caos. Tuvo de nuevo la sensación de que las palabras de Vykos habían bailado a través de su mente sin cruzar el espacio entre ambos. El fuego y el humo dieron paso a un remolino de colores.

Vitel.

El nombre surgió por sí solo, como si lo hiciera de entre las llamas.

Vitel.

—Sí —dijo Vykos suavemente—, Marcus Vitel.

Parménides no se había dado cuenta de que había pronunciado el nombre en voz alta. Y se encontró apoyando la cabeza en el regazo de Vykos, un chiquillo en busca de consuelo. Ella le acarició el pelo.

—Era su refugio —dijo la Tzimisce.

—*Uno* de ellos.

—Sí, querido. Pero no te preocupes por ello.

Sus dedos le masajearon las sienes, aliviando el latido que había llegado a aceptar como parte de la consciencia.

Vitel. Marcus Vitel. Príncipe.

Parménides abrió los ojos. Estaba sentado junto a Vykos. La limusina se movía de nuevo. Recorrían un kilómetro tras otro; las residencias dieron paso a edificios profesionales que dieron paso a galerías de mala nota que dieron paso a casas de empeño y licorerías…

A lo largo del cambiante escenario del exterior, Parménides recorrió las piedras miliares de su mente, intentando aferrar los pensamientos que habían surgido.

Vitel. Príncipe Vitel.

Pero había más. En algún lugar de las profundidades de su mente, había más. De aquello estaba seguro… tanto como podía estarlo de cualquier cosa. El coche se detuvo. Antes de que Parménides pudiese separarse por completo de su paisaje interno, Vykos abrió la puerta, y el mundo exterior asaltó sus sentidos de golpe.

La limusina había sido muy silenciosa, un mundo tranquilo en sí misma. Pero el caos aullaba más allá de aquellos confines. El olor a humo reclamó su atención al mismo tiempo que el sonido de las lejanas sirenas. Se habían detenido ante otro edificio en llamas. *Otro refugio… Príncipe Vitel*. ¿Cuántas guaridas ocultas podía tener el príncipe de una ciudad tan importante? Posiblemente docenas. Aquel edificio, o lo que quedaba de él, parecía ser alguna reliquia de la exigua historia que tanto apreciaban los americanos.

Salir de la limusina no fue sencillo ni indoloro, pero Parménides se sintió obligado a seguir a Vykos. Había otros en la escena… todos Sabbat, los más notables un inexpresivo albino y otro Cainita más bajo que jugaba con un cuchillo entre los dedos. No prestaron atención a Parménides, una ofensa por la que empezó a irritarse antes de darse cuenta de que ya no era un representante del Clan Assamita a sus ojos… y quizá ni siquiera a los suyos propios. Era Ravenna, ghoul al servicio de la Dama Sascha Vykos. Sin ser reconocido, se acercó a la Tzimisce.

—Ha sido la más dura resistencia hasta el momento —dijo el albino, dando a Vykos una gran bolsa empapada de sangre—. Una de las putas chiquillas del príncipe. Ahora solo ganas por una —comentó a su compañero del cuchillo.

Nadie parecía preocupado por los testigos. Parménides detectó varias figuras entrando y saliendo de las sombras de la manzana. Al parecer, los testigos potenciales estaban siendo neutralizados. Parménides observó también que las sirenas que había oído se estaban alejando en la distancia.

—La policía y los bomberos tardarán un rato en llegar —explicó el albino, adivinando los pensamientos de Parménides-Ravenna—. Tienen mucho de lo que ocuparse.

Al oír aquello, Parménides comprendió que habría otros fuegos, muchos otros fuegos, algunos ardiendo cerca y probablemente otros extendiéndose por la ciudad. El humo formaba un manto en el cielo. Podía saborear la ceniza que cubría el suelo como una fina capa de nieve.

Príncipe Vitel.

Uno de sus refugios.

—Muy bien —dijo Vykos—. Acabad aquí y moveos. —Todavía mirando al albino, entregó la bolsa ensangrentada.

Vykos apenas miró la cabeza de la bolsa.

—Son como gatitos que me traen un ratón que han matado —dijo del albino y su compañero. No aclaró si había hecho la misma comparación con Parménides en su primer encuentro.

Una vez hubo salido del santuario de la limusina, Parménides no pudo seguir bloqueando lo que le parecía un mundo de violencia que se enfrentaba a él desde el semblante reflejado en el cristal. Estaba acostumbrado a la violencia, por supuesto, y a la muerte —o al menos lo había estado—, pero las llamas, el humo, el sonido de los disparos, los cuerpos en la calle… todo aquello le perturbaba. Quizá fuese la tenue e incomprensible voz del fondo de su mente lo que le intranquilizaba. O podía ser que Ravenna no fuese tan inmune a tales atrocidades como había sido Parménides. Los kilómetros y los minutos se fundían desesperadamente.

Vykos percibió su intranquilidad.

—Solo es la segunda noche de gobierno Sabbat —señaló con un gesto conciliador, como para insinuar que su benevolente reinado restauraría pronto la paz y el orden.

Cuando la limusina se detuvo de nuevo, estaban otra vez cerca de la Galería. Vykos admiró el monumento a Washington durante un instante.

—Yo no hubiese podido hacerlo mejor. ¿Quién sino los americanos iba a erigir un falo gigante en honor al padre de su nación? —Se encogió de hombros y abrió la puerta.

La calle ante el Hotel Presidencial era una escena más corriente que las que había visto Parménides durante aquella larga noche… corriente a primera vista. Un portero uniformado permanecía ante la puerta principal. Había un inusual nivel de actividad, y cada pocos minutos una ambulancia o un coche patrulla pasaba a toda velocidad con sus luces y sirenas. Pero la sobrenatural y experimentada visión de Parménides detectó detalles que cualquier mortal y muchos Cainitas hubiesen pasado por alto: una espesa sombra aferrada a los costados del hotel, una capa de negrura aparte de la oscuridad habitual; y cerca de donde se había detenido la limusina había otro hombre uniformado… pero no como el portero del hotel, o como un agente de la policía de Washington D.C., sino con el oscuro equipo de batalla de un legionario del Cardenal

Ambrosio Luis Monçada de Madrid.

El legionario se inclinó ligeramente.

—Consejera Vykos. —Como los demás, no prestó atención al ghoul Ravenna—. Lo tenemos atrapado en el interior —dijo, adornando sus torvas palabras con un matiz de orgullo profesional.

—¿Atrapado? —Vykos enarcó una ceja—. Lo dudo, comandante Vallejo.

Vallejo pareció sorprendido por aquella negación de la situación tal y como él la conocía, pero no perdió la firmeza.

—Lleva más de una hora acorralado, pero no nos hemos acercado a él… de acuerdo con sus órdenes.

—Ha pedido parlamentar, Consejera Vykos.

Aquello hizo que Vykos enarcase las dos cejas a la vez.

—¿Sí? Ese diablo…

Estaba claro que a Vallejo no le gustaban aquellas desenfadadas maneras. Incluso se dignó mirar brevemente a Ravenna, quizá en busca de refuerzos dada la seriedad de la situación.

—¿Doy la orden de proceder, Consejera?

Vykos se pasó la lengua por el labio superior.

—No, creo que todavía no… Parlamentar…

—Consejera Vykos —se apresuró a decir Vallejo, súbitamente muy preocupado—, no puede estar considerando… —Se interrumpió ante la cortante mirada de Vykos; no iba a decirle a ella lo que podría o no considerar.

—Retira a tus hombres, comandante. Oiré al Príncipe de Washington. —Alzó una mano para desechar las protestas de Vallejo—. No tiene nada que ganar matándome.

—Ni nada que perder —añadió Vallejo, pero sin insistir—. ¿Qué tenemos que ganar *nosotros*?

—*Nosotros* podemos ganar un príncipe de la Camarilla cautivo, quizá dispuesto a colaborar, en lugar de otro cadáver, de lo que creo que ya tenemos un buen surtido. Ravenna —ordenó Vykos—. Saca los teléfonos y el… trofeo del coche.

Parménides-Ravenna se apresuró a cumplir la orden, aunque cada paso era una agonía, y el apoyo de su bastón no hacía nada por aliviar la rigidez que sentía desde los pies hasta las caderas. Efectivamente, había dos teléfonos móviles en el coche, y ya estaba familiarizado con el trofeo.

—Ahora —dijo Vykos metiéndose uno de los teléfonos en un profundo bolsillo— parlamentaré con el príncipe. Supongo que querrá ver a su chiquilla —hizo un gesto hacia el saco ensangrentado—, a su *hija*, como las llama. Hm. Qué hermosura. —Se

detuvo por un momento, como pensando—. Llamaré en breve: si he confirmado ciertas debilidades, pediré a Vallejo que suba a la hija del príncipe. En tal caso, comandante, dé a sus legionarios la orden de avanzar, y le capturaremos.

—Sí, Consejera.

—Si, por el contrario, quiero seguir hablando con él, pediré a Ravenna que suba a la hija del príncipe. Después nos iremos y usted podrá atacar y acabar con él.

Vallejo volvió a asentir.

Parménides retrocedió un paso, con una extraña sensación de flojera en las piernas. Solo el bastón le impedía caer al suelo. Ni Vykos ni Vallejo parecieron reparar en aquella súbita debilidad. El latido había vuelto a aparecer en sus sienes, surgido de ninguna parte, de pronto más doloroso.

¿Entendido?

La palabra resonó en su mente. ¿O acababa de pronunciarla Vykos? Parménides no podía saberlo. Clavó la mirada en la acera, temiendo que, si descuidaba la vigilancia, cambiase bajo sus inseguros pies.

¿Entendido?

Asintió con la cabeza, ignorando si estaba respondiendo al sonido o a la memoria.

Bien.

Vykos ya no estaba a su lado. Había dejado atrás al portero, que no se fijó en ella, mirando de hecho en otra dirección como si no la hubiese visto. Era posible, sabía Parménides. No era un truco especialmente extraordinario para los no muertos.

Vallejo también se había apartado. Cuánto, Parménides no lo sabía. El mundo estaba girando, y él hacía todo lo posible por permanecer en pie. Y siempre las palabras, siempre llamándole…

Llamaré a Ravenna.

Vitel. Príncipe Marcus Vitel.

La voz en su mente le estaba hablando, estaba acercándose. Era una voz familiar y tranquilizadora.

Llamaré a Ravenna, y matarás a Vitel. Al Príncipe Marcus Vitel.

Vykos. Ella le había dicho todo aquello antes, lo que parecía mucho tiempo atrás. Y las palabras seguían con él.

Matarás a Vitel.

Parménides se agitó. El bastón. Si conseguía agarrar el bastón con la fuerza suficiente, no se caería. Sus dedos aferraron la cabeza de bronce y acariciaron el resorte que liberaría el estoque: el bastón se convertiría en una estaca de roble de un metro de largo, con punta de bronce y una empuñadura de bronce para afianzar el

golpe. Lo había sabido pero no lo había sabido.

Le matarás, mi philosophe. Le matarás por mí.

Un coche patrulla pasó a toda velocidad. Sus luces brillaron a través de los párpados de Parménides. No recordaba haber cerrado los ojos. El lamento de la sirena atravesó la niebla, resonando en sus oídos, pero no pudo alejar la voz, más cercana que el más íntimo de los deseos.

Le matarás por mí.

¿Dónde está Vallejo? se preguntó. ¿Podría ver el Lasombra si algo iba mal? ¿Si Parménides se había vuelto loco? ¿Cogería el legionario al ghoul Ravenna si se desplomase en la acera? *¿Por qué no él?* Por un momento, temió haber gritado la pregunta. No podía estar del todo seguro de no haberlo hecho. *¿Por qué no el legionario? Él podría matar a Vitel*.

La juguetona risa de Vykos le llegó como un golpe… ¿o era otra sirena de una ambulancia o un camión de bomberos?

Sí, Vallejo podría matarle, pero es el hombre del cardenal, y la gloria iría a parar al cardenal. Si quiero cosechar las recompensas de la ciudad, el golpe deberá ser dado por mi mano… o por mi asesino. Mi *philosophe*.

Parménides se había encolerizado ya. Hubiese roto sus ataduras, pero estaban metidas en su propia carne. ¿Cómo se atrevía a tratarle así, y con un fin tan mezquino?

Oh, no es el fin, mi joven romántico. Es solo el principio.

Su corazón ardía. Se lo hubiese arrancado del pecho, arrojándolo a los fuegos del infierno antes de ponerlo en la mano de Vykos.

Pero si ya lo tengo en mi mano. Shh, Ravenna. Te has cansado. Descansa, mi Ravenna.

Descansa, mi Ravenna.

Descansa. Ravenna.

Ravenna.

—¡Ravenna!

Vallejo le agarró del hombro, clavándole las uñas en la piel.

—El teléfono —dijo el Lasombra con firmeza. No había crueldad en su voz ni en su semblante. Sencillamente no soportaba le debilidad. Ni tampoco Parménides… antes—. El teléfono, Ravenna.

Estaba sonando. Parménides lo sostuvo ante él, como si mostrase un arma asesina a todos los presentes. Vallejo le miró, esperando.

Maldito seas. No lo sabes, pensó Parménides. Entonces, sorprendentemente, de pie ante el hotel, con el teléfono zumbando en la mano, le embargó un sentimiento

que no había conocido en siglos: la compasión. *No lo sabes… que nunca lo sepas*.

Miró a la cara a Vallejo, esperando encontrar piedad a cambio de su tácita compasión, pero se topó con la seria convicción de que la tarea fuese llevada a cabo. La voluntad abandonó a Parménides-Ravenna. El teléfono se acercó a su cara. Era su propia mano la que lo sostenía. Apretó el botón de «hablar», pero no pudo emitir un sonido.

—Ravenna, el príncipe quiere ver a su hija. Tráela arriba.

El teléfono desapareció, cogido por Vallejo. Ravenna se inclinó hacia la acera, descansando su peso sobre el bastón, y cogió la bolsa, que había dejado una mancha de sangre en la acera.

El portero no se fijó más en él que en Vykos. Parménides, incluso en sus primeras noches, hubiese podido afectar de igual forma al mortal, pero aquella noche no le quedaban fuerzas. Avanzó rígidamente, cada paso confirmando la perfecta alineación de hueso y ligamento. El vestíbulo estaba desierto, salvo por la empleada tras el mostrador principal, que no le prestó atención. Ravenna siguió un rastro que le había dejado Vykos, y los ojos mortales no hubiesen podido ver el camino ni el caminante.

Siguió el rastro hasta dejar atrás la tienda de regalos a oscuras y los ascensores, y llegó a un corredor privado con un ascensor separado del resto. Las puertas estaban abiertas, esperándole. Hizo girar la llave que sobresalía de la consola e inició su ascenso.

Llamaré a Ravenna, y matarás a Vitel.

El tiempo se extendía ante él. El hotel no era particularmente alto —la sexta planta servía como ático—, pero la luz sobre la puerta parecía moverse a regañadientes de PB a 1 y después a 2. A medida que los números crecían, lo mismo pasaba con la agitación de Ravenna. Pensó en Vallejo. El español no vacilaría en matar al príncipe si Vykos se lo decía. Pero, a causa de los juegos de poder, él había sido preparado para ello. Agarró el bastón como si fuese su salvación. El pequeño resorte estaba al alcance de su dedo. Estaba listo para matar: era el arte que había estudiado durante años y años, que había practicado incontables veces. Pero lo que había sido natural en él, su propósito y su pasión, le llenaba de temor. Se encogió ante la tarea que le aguardaba.

Porque ella lo quiere de mí, comprendió.

Le matarás por mí.

Vykos quería que lo hiciese, y Parménides-Ravenna se resistía a servir a su capricho. Por lo que ella le había hecho, por lo que sus amos le habían dejado hacerle, debería abrirle la garganta y quemar su negro corazón. Su odio hacia Vykos ardía fieramente, casi tanto como su odio a sí mismo… pues sabía que haría lo que le

ordenase.

Le matarás por mí.

—Sé fuerte, joven Assamita.

La voz no le sorprendió ni le alarmó. Flotaba a su alrededor como una susurrante luz de luna.

—Sé fuerte, tus amos no te han olvidado.

Por segunda vez aquella noche, Parménides-Ravenna fue incapaz de hablar.

La pequeña luz pasó del 4 al 5.

—Iré a ti. Yo, o mis hermanos.

Parménides-Ravenna miró hacia el techo del ascensor. ¿Qué criatura estaba al otro lado, llamándole, hablando de sus amos? Parménides hubiese roto el techo, exigiendo ver a quien le hablaba así… pero el cuerpo de Ravenna estaba roto, y sus piernas apenas podía sostenerle.

—¿Tienes noticias que darme para tus amos?

Parménides-Ravenna miró la luz inexpresivamente.

Del 5 al 6.

—Habla, joven Assamita.

Sonó una campanilla, y las puertas empezaron a abrirse. Sus labios se separaron, pero estaban más secos que el peor desierto de sus primeras noches.

—Yo soy… fuerte —susurró al fin.

Las puertas permanecieron abiertas. Con paso vacilante, Ravenna entró en el lujoso refugio de Marcus Vitel, Príncipe de Washington D.C. La engañosa sonrisa de Vykos le dio la bienvenida.

Le matarás por mí.

Vitel era una figura impresionante. La gran calidad de su traje no se le pasó por alto a Parménides, ni las fuertes líneas de su cara, con mechones grises en el pelo. Miró los ojos azul oscuro del príncipe. Un asesino seguro de sí mismo podía hacerlo —mirar a los ojos a un antiguo de la Estirpe y no retroceder—, pero la confianza de Parménides en los fundamentos más básicos de su existencia previa se había desmoronado. Se quedó inmóvil. Ante aquel príncipe de la Camarilla, aquella criatura habituada a fascinar con sus órdenes, Parménides no podía seguir adelante. Sus articulaciones se anquilosaron y no pudo moverse. Todo lo que pudo hacer fue no soltar la bolsa que llevaba. La mera idea de *un faux pas* así era vergonzosa.

—Mira lo que has hecho, mi príncipe —dijo Vykos en el más coloquial de los tonos—. Has asustado a mi pobre ghoul. ¿Y si se muere de miedo aquí mismo? No tienes idea de los extremos a los que he llegado para conseguir un buen ayudante.

Ven, Ravenna —llamó, extendiendo una mano.

Vitel observó a Parménides en silencio mientras el Assamita obligaba a su cuerpo a avanzar. De hecho, la mirada del príncipe se clavó en la bolsa que llevaba, sin apartarse de ella.

No estaba lejos de ellos —no habían entrado en el ático para conversar con comodidad, de acuerdo con lo que solía establecer el decoro—, pero a cada paso bajo la fija mirada el príncipe, la bolsa parecía hacerse más pesada, como si la desdichada cabeza hubiese desarrollado un cuerpo, y el peso completo de la chiquilla del príncipe estuviese allí.

Por doloroso que le resultase moverse, a Parménides le servía para pensar menos en que la cabeza podía resbalar de su mano, y en el repulsivo ruido que haría contra el suelo.

Su mente recorría las posibilidades. El príncipe, quisiera reconocerlo o no, sabía ya sin duda lo que había en la bolsa ensangrentada. Parménides podía arrojársela: Vitel cogería instintivamente la cabeza de su chiquilla, y él aprovecharía su momento de distracción para atacar. Pero aquello tenía una cierta falta de dignidad. Podía atacar mientras entregaba la bolsa…

—Ve, Ravenna —repitió Vykos.

Llamaré a Ravenna, y matarás a Vitel.

Sus palabras le estremecieron, revelándole lo fácilmente que había caído en el acostumbrado esquema mental puesto ante la perspectiva de matar. Una repentina ola de duda pasó sobre él, y hubo desafío en su corazón. Sintió el impulso, la *necesidad*, de atravesar con el bastón no al príncipe, sino a Vykos.

La Tzimisce observaba a Vitel, contemplando con un placer apenas velado cómo ascendía el dolor hasta sus ojos, ribeteados por lágrimas de sangre. La bolsa estaba lo bastante cerca del príncipe como para que pudiese tocarla. No tenía más que alargar la mano.

Le matarás por mí.

Parménides no podía oír a causa del latido en sus sienes. Vio en su mente a una sonriente Vykos contemplando su pecho atravesado por la estaca. Su corazón saltó, pero la mano sobre el bastón se mantuvo firme, como lo habrían estado sus piernas cuando sus huesos y tendones estaban unidos.

Le matarás por mí.

El príncipe, presa del dolor, suspiró profundamente. Parménides apretó el resorte, liberando su arma, y atacó. Pero un momento demasiado tarde. Vykos aulló de frustración cuando el príncipe apartó de un golpe la estaca destinada a su corazón. El

bastón le hirió en el hombro.

El dorso de la mano de Vitel se estrelló contra la cara de Parménides. El asesino, debilitado por su enfermedad, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Vykos chilló y atacó al príncipe con sus garras, pero él ya se había dado la vuelta, arrojándose al vacío. Su cuerpo, atravesado por el bastón, rompió uno de los grandes paneles pintados de la Galería. Antes de que Parménides pudiese ponerse de rodillas, Vitel había desparecido. Reinaba un silencio de muerte.

Un gran temblor se apoderó de Parménides. La debilidad de sus piernas le impedía mantenerse en pie. Vykos se apartó del lugar por el que había saltado el príncipe y se reunió con su pupilo. Lágrimas sangrientas rodaron por las mejillas del Assamita, cayendo y filtrándose por la alfombra.

Soy fuerte, había dicho al mensajero de sus amos. Tan fuerte que no podía liberarse; tan fuerte que no podía desafiar a su nueva ama; tan fuerte que su patético desafío solo había llevado a un completo fracaso en lo que era su llamada.

Vykos le puso una suave mano en el rostro. No había ira ni recriminación en su tacto. Ella no podía saber la traición que seguía ardiendo en su corazón, su odio… y su amor.

Ella le atrajo hacia sí, apretando su piel febril contra su fresco vientre.

—Soy débil —lloró Parménides, las palabras amortiguadas por la tela del vestido de Vykos. Los sollozos sacudían su cuerpo rígido—. Soy débil.

—Calma, calma, mi *philosophe*. No tengas miedo —respondió ella, acariciándole las sienes y pasándole una mano por el cabello—. Ya te redimirás.

Poco después, Vallejo contempló la ventana rota e informó de que el príncipe había huido.

Miércoles, 30 de junio de 1999, 12:51 am
El castillo, Instituto Smithsoniano, Washington D.C.

Sascha Vykos se sentó en lo alto del empinado tejado de la única torre del Castillo. Contemplaba la ciudad a sus pies. Su ciudad, se recordó.

El atrevido plan que habían preparado en Madrid tantos meses atrás había dado frutos por fin. Por orden de Monçada, había viajado hasta aquel Nuevo Mundo, asumiendo el mando de las fuerzas Sabbat alrededor de Atlanta. Había presionado en favor de una despiadada campaña relámpago, aplastando toda resistencia a lo largo de la Costa Este, ahuyentando a los vampiros ante ella. Había arrebatado el control de la ciudad más fuerte del continente a sus enemigos y sus titiriteros Antediluvianos.

Y ahora, por fin, tenía tiempo para descansar… para regocijarse en las victorias, honrar a los caídos y preparar sus fuerzas para las pruebas que se acercaban.

Podía sentir bajo ella el sonido de un órgano experimental de vapor, una de las curiosidades de la colección del Smithsoniano. Todos sus invitados estaban bien atendidos. Les había visto llegar, solos y en pequeños grupos.

Desde su aventajado mirador, tenían un aspecto pequeño e inseguro, como si temiesen la perspectiva de caminar abiertamente por las calles de lo que muchos de ellos seguían considerando un baluarte enemigo. *Y quizá, en cierto modo, tengan razón*, pensó Vykos, con una maligna sonrisa cruzándole el rostro.

Polonia y su secuaz, Costello, habían vuelto de su «misión de reconocimiento» —a Buffalo, o Atlantic City, o donde fuese—, donde habían puesto a prueba las defensas de la Camarilla, encontrándolas sin duda muy favorables. No había otra explicación para el entusiasmo de Polonia, por lo general siempre reservado. Aquel juego de conquista y dominio era a la vez contagioso y adictivo.

Borges y Sebastian habían llegado por separado, cada uno desde su propia ciudad. Vykos no había tenido objeciones al acuerdo confidencial que había convertido al

protegido de Borges en Obispo de Atlanta. Incluso había sumado Savannah al lote, aunque parecía ser que Borges se había reservado la preciada ciudad portuaria para él.

Los acuerdos fueron rápidos. El hecho era que necesitaba asegurarse de que aquellos dos ambiciosos conspiradores permaneciesen terriblemente ocupados y fuera del encuadre mientras la campaña proseguía al norte de Atlanta. Lo último que quería era tener que bregar con las sutiles manipulaciones y traiciones de los Lasombra mientras luchaba contra las fuerzas de la Camarilla.

Incluso el venerable Borges, cuyos ojos no se abrían a la vida sino a su sombrío subtexto, había aprovechado rápidamente el trato propuesto por Vykos, llegando al extremo de firmar el acuerdo con su propia sangre. El querido y viejo Borges.

Bolon y Vallejo estaban también presentes, por supuesto. Raramente dejaba que sus comandantes se alejasen de ella aquellos días. Quedaba mucho por hacer para asegurar la capital de la nación. Quizá después de una semana podría prescindir de uno de los dos para dedicarlo a la tarea de preparar las defensas para el inevitable contraataque.

La formidable capilla Tremere de Washington seguía alzándose desafiante, y para ser sinceros, las fuerzas de Vykos, tan dispersas y desorganizadas en la victoria como las de la Camarilla en la derrota, carecían por el momento de la cohesión necesaria para enfrentarse a aquellos enemigos. Con el tiempo, esperaba Vykos, privada del apoyo de la Camarilla, la capilla acabaría marchitándose. Ahora se daba por satisfecha con que los Tremere no se hubiesen alineado en defensa de Vitel, su rival durante tanto tiempo.

Vykos estaba jugando con la idea de enviar a Bolon de vuelta al sur durante un tiempo, para unir a la fraccionada Coalición Nómada. El grupo se había disgregado tras la inoportuna muerte de Averros. Vykos sonrió al recordarlo.

Si alguien podía ganarse el respeto de las belicosas y ferozmente independientes manadas nómadas, era el formidable Bolon.

Vallejo, por supuesto, era una especie de regalo de su patrón el cardenal, y no uno que pudiera darse por sentado. Pero habiendo asegurado tanto en una sola semana —¿y qué era una semana para alguien como Monçada, un manipulador tan astuto que organizaba sus maquinaciones por siglos?—, seguramente no querría arriesgar sus ganancias llamando a Vallejo a Madrid.

Si llegaba a darse un conflicto de intereses con el cardenal, Vykos no se hacía ilusiones sobre el bando que escogería el curtido veterano. Vallejo seguiría sus órdenes sin hacer preguntas aunque llevasen a la completa destrucción, especialmente después de la huida de Vitel. Vykos había reprendido al Lasombra muy suavemente,

pero su orgullo estaba herido. No obstante, Vallejo esperaría de *ella* que siguiese las instrucciones del cardenal con el mismo entusiasmo. Vykos esperaba no tener que desengañarle nunca.

Temblaba incontrolablemente. Aquel lugar era el único donde podía sentir una razonable medida de intimidad. Por tercera vez aquella noche, desdobló la carta. El extraño pergamino tenía un desconcertante matiz rojizo, y crujía como las hojas secas bajo la brisa nocturna.

Mi querida Vykos,

¿Cómo puedo expresar la intensidad de mis sentimientos hacia ti en este momento? Ante la misma idea de tu proximidad, me siento consumido por un irresistible anhelo. Mis manos tiemblan de anticipación por nuestro encuentro. Si pudiese acariciar el inigualable arco de tu garganta, mi mayor deseo se vería cumplido.

Pero no puede ser. Cuando pienso en todo lo que has arriesgado por mí, me siento a la vez humillado y avergonzado. Es una carga demasiado pesada para soportarla. Quizá me entiendas si te digo que no puedo permitir que sigas poniéndote en peligro por mí. Prefiero ir a la pira antes que ser la causa de que te magulles tu delicado tobillo.

Debes sacarte esa idea de la mente. Seguramente habrá bastantes diversiones en Atlanta como para mantener ocupados tus pensamientos. Espérame allí y me reuniré contigo, quizá en otoño. Sí, he oído grandes cosas sobre tus operaciones en Georgia. Me gustaría ver cómo ha quedado.

Querida mía, cada noche que pasamos separados me consume como el sol del mediodía. ¿Por qué tienes que atormentarme así? Sabes que te he entregado las llaves de mi oscura alma. No hay nada que pueda negarte.

Pero si tienes que venir llevando el fuego y la espada a los lugares secretos de mi corazón, ven cuanto antes. Prefiero rendirme a unos brazos como los tuyos que apartarlos.

«¡Ah, amor, seamos sinceros
el uno con el otro! Pues el mundo, que parece
yacer ante nosotros como una tierra de sueños,
tan variados, tan nuevos, tan hermosos,
no tiene alegría, ni luz, ni amor,
ni certeza, ni paz, ni alivio del dolor…»

Desechada, la carta se agitó al viento en la mano de Vykos. La mirada de la Tzimisce era distante, y pasaba por encima de la Galería, hacia algún punto imaginario a media distancia. Apenas reparó en los incendios que seguían fuera de control en diversas partes de la ciudad. Había ruido de sirenas, fuego de ametralladora y cristales rotos por todas partes. Un helicóptero de control de disturbios sobrevolaba la Casa Blanca.

«Y aquí estamos en una sombría llanura,
barrida por confusas alarmas de lucha y huida,
donde ejércitos ignorantes chocan durante la noche.»

Vykos no se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta hasta que alguien tosió discretamente tras ella. Una cabeza asomaba por la ventana de la torre. Parménides torció el cuello para mirarla.

—Es la hora, mi dama. ¿Bajamos con ellos?

Vykos echó una larga y última mirada sobre la ciudad en silencio y se levantó, bajando por el empinado tejado hasta la ventana.

Aceptó el brazo de Parménides y permitió que le ayudase a entrar, aunque el Assamita parecía el más frágil de los dos: la aprensión se hizo obvia en su rostro mientras bloqueaba el avance de la Tzimisce hacia la escalera.

—Intentarán matarte, ya lo sabes.

—Lo sé —respondió ella, inclinándose como una conspiradora—. Pero no saben que esta noche tengo mi póliza de seguros.

Parménides apartó la cara rápidamente.

—Oh, tus sentimientos vuelven a estar heridos. ¿Cuál es el problema, mi joven romántico, mi *philosophe?*

Él se giró con rabia.

—¿Cómo puedes preguntarlo? ¿De qué puedo servirte… así? —Frustrado, se golpeó las piernas tullidas con el bastón.

Vykos parpadeó, esperando que cayese al suelo, pero Parménides se mantuvo firme.

—Creo —le contestó deliberadamente— que así tendrá que ser. No te preocupes, no me fallarás.

Él no pudo sostener su mirada.

—Nunca lo has hecho.

Vykos le tomó del brazo, y juntos bajaron por la estrecha escalera de caracol hasta

donde esperaban los dignatarios del Sabbat, reunidos para reconocer y proclamar a Sascha Vykos como Arzobispo de Washington, D.C.

Viernes, 2 de julio de 1999, 1:22 am
Manhattan, ciudad de Nueva York

La jaula descendió en la oscuridad del pozo de servicio. Witgenstein se mentalizó para el interminable viaje. Por muchas veces que lo hubiese hecho antes, nunca era más fácil.

Intentó ocupar sus pensamientos limpiando las elaboradas puertas de bronce. El ascensor de servicio a «la guarida del dragón» era una auténtica reliquia. De alguna manera, había eludido todos los intentos de remodelación y modernización desde los años 20. Witgenstein sabía que nadie vería, y mucho menos apreciaría, los resultados de su trabajo, pero aplicó el trapo con una dedicación reservada por lo general a los automóviles antiguos.

El pozo bajaba casi cinco kilómetros, directo al vientre de la Bestia. Las prensas de impresión del *Times* eran una de las maravillas de la ingeniería moderna. Las atronadoras máquinas eran tan enormes que sus vibraciones alcanzaban proporciones casi sísmicas. Ponerlas en marcha hubiese derribado de inmediato no solo el edificio en el que estuviesen instaladas, sino también los de los alrededores.

Al final, las prensas habían tenido que ser hundidas en el mismo lecho de piedra de la isla. La inamovible base que facilitaba los enormes rascacielos de la ciudad también ocultaba maravillas en sus confines más profundos.

Witgenstein supo que el ascensor estaba llegando al fondo del pozo por la súbita sensación de vértigo. Los estrechos confines del pozo se cerraban sobre él, dejando arriba la difusa lejanía. A pesar de todas las veces que había experimentado aquella alarmante sensación, nunca dejaba de producirle la impresión de que su jaula de bronce estaba siendo abandonada sobre la roca.

Witgenstein obligó a sus ojos a abrirse de nuevo, maldiciendo su necedad. Guiñando los ojos en las sombras, podía distinguir la ominosa presencia de los

dragones dormidos.

Parecían llenar el gran espacio abierto. Hebras de vapor se elevaban de sus cuerpos, retorciéndose mientras ascendían en el aire húmedo y frío.

Supo que algo iba mal. A la incierta luz de su lámpara, las prensas parecían tener un brillo húmedo. Gruesos y viscosos jirones de lo que parecían algas ahogaban los titánicos engranajes. Pero aquello era imposible. Las prensas podían reducir a pulpa los brazos de un hombre fuerte antes de que nadie tuviese tiempo de parar las máquinas… suponiendo que alguien fuese tan incauto de no mantenerse a una respetuosa distancia de los gigantes.

Para detener las prensas, aquellas algas debían ser tan gruesas como árboles.

El ascensor de servicio llegó al agua y siguió bajando a un ritmo más pausado. Las aguas apagaron la lámpara eléctrica, mientras Witgenstein aferraba la manilla de la puerta. Pero la parte inferior de la jaula ya había sido rodeada por las algas, impidiendo la apretura.

Con el tiempo, la jaula desapareció bajo la musgosa superficie, y hasta el eco de los esfuerzos de Witgenstein dejó de oírse.

Abajo, lo que se había agitado por la incesante vibración de las prensas volvió a sus meditaciones.

Notas

[1] Las entradillas aparecen en negrita cuando la historia avanza normalmente; y en cursiva cuando se hace algún retroceso temporal para narrar otros sucesos anteriores (o revisar los mismos desde otra perspectiva). (N. del E. D.) <<

[2] Si la imagen que continúa a este texto no es legible, dice lo siguiente:

COPIA DE ARCHIVO

20 de junio de 1999

Ref: Investigación

Breve charla con Rolph a través del enlace de SchreckNET. Informa incursión en la fiesta Toreador de Atlanta será en la medianoche 22/6. Alguna actividad Sabbat en la ciudad, confirmada por diversas fuentes, coincidente con el informe.

~ Movimiento desde Miami

El golpe debería permitir a Rolph contactar c/hombre de Hesha -(ref: EoH); Emmett también planea de acuerdo con ello, informa acuerdos finalizados; puntos de investigación que resolver; cumplimiento depende llegada reunión Solsticio; anfitriona V. Ash.

~ Verger

Nota: asistencia Julius; obvio resultado probable interacción Julius-JBH, referencia cruzada y matriz de interacción, ref: Julius-Victoria Ash;

Julius-Eleanor Hedge;

V.Ash-E.Hedge;

V.Ash-Thelonius/Kantabi;

~ Actualizar archivo: Hazimel

~ Actualizar archivo: Petrodon

** Nota: preguntar Rolph ref: General (Mal.)*

La imagen no es la original que venía en el libro en papel, ha sido realizada a semejanza a partir de esta (N. del E. D.) <<

[3] Juego de palabras intraducible del inglés. (N. del T.)

La frase exacta en inglés es: *Marcus wasn't sure what they were talking about, but the mention of a* ***seal*** *made him think of a trip he'd taken to Sea World as a boy, and of the* ***seals*** *that had tossed balls back and forth without ever dropping a single one*. El juego de palabras radica en que «sello» se dice «seal» en inglés, y «foca» también. (N. del E. D.) <<